
EL OBSEQUIO
Inesperado
DE PAPI
AVA GRAY

EL OBSEQUIO INESPERADO DE PAPI

AVA GRAY

Copyright © 2025 por Ava Gray

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

 Formateado con Vellum

TAMBIÉN POR AVA GRAY

El Bratva Valkov Serie

Robada por la Bratva || Cautiva por la Bratva

Los Millonarios Machos Alfa Serie

Un Bebé Secreto con el Mejor Amigo de Mi Hermano || Simplemente Fingiendo || Amando al hombre que debería odiar || El Millonario y la Barista || Regresando a Casa || Doctor Papi || Bebé Sorpresa || Amo Odiarte || Otra Oportunidad || Una Falsa Novia para Navidad || Curiosamente Complicada || Una Mala Elección || Una Buena Elección || Una proposición de San Valentín || SELLada por un beso || Una Sorpresa Inesperada para el Jefe || Gemelos para el Playboy || Cuando nos volvamos a ver... || Las Reglas que Violamos || Un Bebé en Secreto con el Hermano de mi Jefe || Comienzos Helados || Un Multimillonario Zorro Plateado || Cautivada por el Mayor || El secreto del jefe: un bebé || El Escándalo del Bebé del CEO || El Obsequio Inesperado de Papi

La Mafia Multimillonaria Serie

Embarazada de un Mafioso || Robada por la Mafia || Reclamada por la Mafia || Organizado por la Mafia || Encantada por la Mafia

Amor en Vacaciones Serie

Un Milagro Navideño en Silver Hills || Feliz, Alegre y Oh Tan Pícara

Relaciones Festivas de Medianoche Serie

Un Regalo Prohibido por Navidad || Una Ganga Navideña || Un bebé escandaloso para el multimillonario

Corazones de Harén Serie

3 Papás SEAL por Navidad || Chispas de Amor en Pueblo Pequeño || Los Papás que la Protegen

ÍNDICE

Blurb

1. Sterling
2. Cecelia
3. Sterling
4. Cecelia
5. Sterling
6. Cecelia
7. Sterling
8. Cecelia
9. Sterling
10. Cecelia
11. Sterling
12. Cecelia
13. Sterling
14. Cecelia
15. Sterling
16. Cecelia
17. Sterling
18. Cecelia
19. Sterling
20. Cecelia
21. Sterling
22. Cecelia
23. Sterling
24. Cecelia
25. Sterling
26. Cecelia
27. Sterling
28. Cecelia
29. Sterling
30. Cecelia
31. Sterling
32. Cecelia
33. Sterling

34. Cecelia
35. Sterling
36. Cecelia
37. Sterling
38. Cecelia
39. Sterling
40. Cecelia
41. Epilogo

BLURB

Cuando un multimillonario se convierte en tutor legal de un niño de la noche a la mañana, me veo involucrada en esta complicada situación.

Solo para complicarla aún más.

Sterling Alexander debía ser simplemente un proyecto.

Ya sabes, ¿un padre primerizo que no sabía nada sobre la crianza de los hijos?

Como trabajadora social en servicios familiares, no se me permitía quedarme mirando sus abdominales perfectos como si quisiera acostarme con él.

Y sin embargo, lo miraba.

Ah, y también me acosté con él... *varias veces*.

Lo único que me había prometido no hacer era enamorarme.

Seguramente eso podía mantenerse prohibido, ¿verdad?

Error.

El tipo tenía mil millones de euros y también mi corazón.

Y ahora estaba a punto de recibir otro regalo...

Un regalo que lo convertiría en padre una vez más.

1

STERLING

El sudor me escocía los ojos. Eso era bueno. Ese era el objetivo.

Esquivaba y lanzaba directos, expulsando saliva y sudor con cada resoplido. La música heavy metal atronaba, y el ritmo marcaba la cadencia intensa de mi entrenamiento. Izquierda, derecha, finta a la derecha otra vez, gancho.

Mi puño golpeó el saco de cuero. Se balanceó antes de volver a su posición, sujeto por resistentes cuerdas elásticas.

Mantenía las luces bajas y el termostato al máximo. Este entrenamiento necesitaba ser brutal, necesitaba llevarme al límite. No entrenaba por diversión. Esto era terapia, y hacía mucho más por mi bienestar mental que sentarme en un despacho bien amueblado fingiendo mantener conversaciones agradables.

No era de los que exteriorizan la oscuridad interior. Eso llevaba a las emociones, y las emociones no eran bienvenidas. La ira sí lo era, pero no en la buena sociedad. Si algo era yo, era educado cuando trataba con otras personas. Pero a solas...

Llevaba mi cuerpo hasta el límite. Este era mi control de la ira, aquí era donde liberaba mi rabia. Mis pecados eran absueltos en un bautismo de sudor. Estaba empapado en sudor.

Castigaba el gran saco vertical, sintiendo cada impacto en los nudillos. Bajo los ligeros guantes de boxeo, mis nudillos estaban

vendados, pero después de esta tarde, estarían rojos, si no hinchados. Eso no podía ser. Tendría que ponerme hielo en las manos. Un caballero no tenía las manos callosas de un pugilista.

Los caballeros eran aburridos. Debería saberlo. Me criaron para ser uno. Criado para ser encantador, de carácter apacible, para no levantar la voz, para nunca...

Gruñí y ataqué a mi oponente con una serie de rápidos y contundentes directos. El estúpido saco permanecía en su sitio y aguantaba la paliza fruto de mi frustración y las pequeñas molestias de la última semana que necesitaban ser exorcizadas. También había fantasmas que necesitaban encontrar su camino fuera de mi mente y pensamientos.

Fuera de estas paredes, era el hombre que mis padres me habían criado para ser. Responsable, inteligente, agudo, pero nunca sarcástico. Destacaba en las cortesías de la charla intrascendente, conocía los bailes sociales apropiados, qué tenedor era para la ensalada, y que debía levantarme siempre que una dama entraba en la sala. También conocía la diferencia entre una mujer y una dama. Era una línea sutil de matiz social, pero también significaba que sabía cuándo tratar a una mujer como una dama y cuándo tratarla como una igual.

Mientras masacraba el saco de boxeo, me liberaba de las restricciones sociales que me fueron impuestas.

Cuando la canción terminó, cambié del saco a una comba. Pasé de lo anaeróbico a lo aeróbico, manteniendo la quemazón, el sudor fluyendo. Una vez encontrado el ritmo, pude subir de nivel hasta prácticamente correr en el sitio mientras la cuerda giraba a mi alrededor. Solo paré cuando uno de los mangos se me escapó de la mano.

Tomando eso como una clara señal de que era hora de cambiar de actividad, me sequé las manos con la toalla que colgaba de mi cintura. Levantando los brazos, empecé a trabajar con la pera de velocidad más pequeña que colgaba a la altura de mis ojos.

Las luces del gimnasio de casa parpadearon. Ignorando la simple petición de atención de mi asistente, Wayne, continué con los rápidos golpes rotatorios en la pera de velocidad. La quemazón

anaeróbica se filtraba profundamente en los músculos de mis hombros, no es que tuviera grasa que quemar.

Las luces parpadearon apagándose y encendiéndose, como el anuncio silencioso en un teatro. Hora de parar lo que sea que esté ocurriendo y atender al espectáculo. Wayne sabía que no me gustaba que me interrumpieran.

Esquivé hacia la derecha y asesté un gancho de izquierda a la pera de velocidad antes de girarme para lanzarle una mirada fulminante.

—Más vale que sea importante —dije mientras me sacaba el auricular de la oreja derecha.

—Tiene una entrega —dijo con su tono preciso y cortante.

—Pues fírmala. —Me volví a poner el auricular.

—Me temo que no puedo, señor Sterling. —Su voz sonaba amortiguada tras la pared de música que creaban los auriculares.

—¿Qué? —Me quité ambos esta vez—. ¿Es una citación judicial? —No se me ocurría ninguna razón por la que debieran entregarme una orden judicial.

—No, no lo es. Pero es algo que no puedo aceptar en su nombre.

—De acuerdo. —Saqué la toalla de mi cintura y me limpié el sudor que me corría por la cara. Extendiendo el brazo, le indiqué que me guiara.

Subí las escaleras corriendo y le adelanté en el camino hacia la entrada—. ¿Tienes dinero para la propina? No llevo efectivo encima. Seguramente quieran propina. ¿Por qué no se ha ocupado el conserje de la entrada?

—No creo que esperen propina. Me temo que tiene que ver con su hermana.

Me detuve y solté un profundo suspiro. Argene. Asentí. Ella era una de las razones de mi brutal entrenamiento de hoy. Probablemente estaría en mi mente durante futuras sesiones semanales durante un tiempo.

—Ya está muerta —dije sin emoción—. ¿Qué otros problemas puede causar?

Wayne no respondió. Alzó las cejas y levantó la mano, indicando que lo descubriría muy pronto. Tensé los abdominales, esperando

que esto pudiera ser la entrega final, sus cenizas. La autopsia se había completado hacía semanas. El nivel de alcohol y otras sustancias en su sistema había sido desmesurado. El cóctel indicaba que solo intentaba pasarlo bien, no suicidarse.

Tenía sentido. A Argene le encantaba la fiesta, para detrimento de su capacidad para tomar decisiones inteligentes. Llevaba años limpiando sus desastres, arrastrándola a centros de rehabilitación, solo para que se escapara. Cuidaba de Argene porque ella había logrado hacer lo que yo no. Se había liberado de las expectativas que venían con nuestro apellido.

Cuando cumplió veintiún años, me desentendí de ella. Me había roto el corazón demasiadas veces, y ahora tenía un negocio y una reputación que proteger. Ella iba a hacer lo que quisiera. Era evidente que nunca podría cambiar eso. Así que me distancié, física y emocionalmente.

Nuestros padres llevaban mucho tiempo fallecidos. Ella se había perdido el funeral de papá. Al parecer, había estado de fiesta en aguas internacionales y perdió el helicóptero que la habría llevado de vuelta a un aeropuerto.

Incapaz de cortar completamente los lazos con Argene, me encargué de gestionar su fideicomiso para que siempre tuviera fondos, sin importar en qué lío se metiera, pero dejé de preocuparme por si se iba de juerga en un yate en el Mediterráneo o se recluía en un ashram buscando la iluminación. Ya no viajaba por todo el mundo arrastrando su cuerpo ebrio e inerte de vuelta a Estados Unidos para que se desintoxicara.

No era lo que ella quería. Ya tenía edad suficiente para tomar sus propias decisiones, por malas y vergonzosas que fueran. Estaba bastante seguro de que esto tampoco era lo que ella habría querido, ser un montón de cenizas guardadas en una cajita.

La cajita era lo peor de todo. Haría los arreglos para esparcir sus cenizas en algún lugar. La verdadera pregunta era ¿dónde? Argene había luchado por ser un espíritu libre, pero estaba atrapada por una familia y unas expectativas a las que no sabía cómo estar a la altura.

Me llevaría sus cenizas la próxima vez que pudiera tomarme un fin de semana largo. Siempre había amado Ibiza. Quizás eran las

playas, quizás las fiestas. El último verano antes de que descubriera las drogas, lo habíamos pasado en las Islas Baleares. Ese había sido el último verano en que mamá había estado viva. La última vez que creo que Argene había sido verdaderamente feliz.

—¿Necesita que firme un paquete?

La mujer de aspecto severo en la puerta sostenía un bebé regordete contra su cadera y me tendía un portapapeles. —¿Es usted Sterling Alexander?

—Soy yo —cogí el portapapeles y garabateé mi nombre junto a la flecha que indicaba una línea vacía—. ¿Es el día de llevar a tu hijo al trabajo? —pregunté, mirando al niño. Era mono, si te gustaba ese tipo de cosas, con ojos grandes y labios pequeños fruncidos.

Miré alrededor y no vi ninguna caja o bolsa en el suelo. —¿Tiene una entrega para mí? ¿Es Argene?

—No —se movió y colocó a la niña en mis brazos.

Tomé a la pequeña, esperando que la mujer necesitara acceder a mi paquete.

—Su madre era Argene Alexander. Usted es su pariente más cercano.

—¿Qué? —miré a la niña en mis brazos—. ¿Qué se supone que debo hacer con un bebé?

—Le sugiero que la alimente y le cambie el pañal.

2

CECELIA

—Dr. Gareth te recomendó encarecidamente, Cecelia.

Se me encogió el estómago mientras seguía a mi nueva supervisora por el pasillo. Me alegraba que el Dr. Gareth me hubiera dado una buena recomendación, pero el hecho de que Greta Nelson pareciera conocerle, y el tono de su voz indicaba que la recomendación venía con cierto nivel de expectativas, me ponía súper nerviosa.

Este era mi primer trabajo fuera del laboratorio de escritura de la universidad. Ser tutora de escritura apenas había sido un trabajo. Principalmente enseñaba a otros estudiantes cómo pasar sus trabajos por un verificador de plagio y cómo usar la versión del campus de Pro Writer Aid. Ni siquiera había tenido un trabajo en un restaurante de comida rápida.

—¿Conoces al Dr. G? —pregunté.

—Nos gusta contratar a graduados de la Estatal. Sabemos que han recibido una educación apropiada en servicios sociales. El Dr. Gareth fue presidente de nuestra junta directiva hace unos años. Cuando está dispuesto a recomendar a un recién graduado, prestamos atención.

Supongo que entender el sentido del humor excéntrico del Dr. G había dado sus frutos. Mi tía siempre había preferido la televisión

con humor británico seco o películas de ciencia ficción obscuras. Así que eso fue lo que vi mientras crecía. Yo entendía sus referencias cuando el resto de la clase se quedaba mirándole y preguntándose cómo los comentarios sobre *Lost in Space* podían considerarse filosofía. *Lost in Space*, no tanto, pero *Forbidden Planet* definitivamente era una referencia.

Greta caminaba con rápida determinación, con un montón de carpetas apretadas contra su pecho. Señaló varios lugares de la oficina mientras continuábamos caminando.

—Los aseos de señoras están por ahí —señaló en una dirección, y luego en otra—. La fotocopiadora y el café están al final de ese pasillo.

Entramos en un gran espacio de trabajo con dos filas de escritorios, sin siquiera paredes de cubículos que los separaran. Se detuvo junto al tercer escritorio de la segunda fila.

—Estás aquí.

Eché un vistazo al espacio de trabajo. La mayoría de los escritorios estaban bajo montones de papeles. Solo unos pocos trabajadores estaban en sus puestos. Volví una mirada preocupada hacia la Sra. Nelson.

—¿Dónde está todo el mundo? —Había oído que agencias como esta estaban siempre con falta de fondos y de personal, pero... hice un recuento rápido... había doce escritorios. Otras tres personas estaban en la sala, y al menos dos de los escritorios se utilizaban claramente para almacenar documentos.

—El resto está fuera con sus clientes. Pasarás la mayor parte de tu tiempo trabajando directamente con tus asignaciones.

—Oh. Pensaba que iba a ser más una trabajadora de oficina. Supongo que no me di cuenta —logré decir.

—No te preocupes, estarás bien. Vamos a empezar poco a poco, solo un cliente.

—¿Pero clientes? —interrumpí—. No he recibido ninguna formación, Sra. Nelson.

—Llámame Greta, y no, no tenemos ninguna formación. Aprenderás sobre la marcha —abrió y cerró varios cajones, sacando

una grapadora, un dispensador de cinta adhesiva y otros materiales de oficina. Los colocó a la vista.

—¿Ni siquiera me vas a poner delante de vídeos de formación? ¿Protocolos?

Greta hojeó su colección de carpetas. Me entregó una carpeta azul oscuro.

La abrí. Tenía fotocopias en bolsillos y otro conjunto de fotocopias sujeto con esas pestañas de perforar y doblar en lugar de una carpeta de tres anillas.

—Esta es la información que necesitas. Lee todo antes de visitar a tu cliente. Estos son los formularios que tendrás que rellenar —me entregó otra carpeta—. Haz copias. Estos son tus originales. Harás copias nuevas cada vez. Si accidentalmente te olvidas y rellenas este conjunto, no te preocupes, hay un conjunto completo de todos los originales en la sala de fotocopias.

—¿No está todo en línea? ¿No puedo simplemente descargar los formularios según los necesite? —pregunté.

Greta dejó escapar un suspiro y luego una pequeña risa.

—Todo esto debe parecerte terriblemente anticuado. Pero es temporal, te lo prometo. Hemos estado un poco desbordados desde que tuvimos que trasladarnos a toda prisa. Nuestras oficinas anteriores se inundaron, y simplemente hemos estado intentando ponernos al día. La sala de servidores quedó completamente destruida. Y descubrimos por las malas que lo único que estaba almacenado en la nube era la cabeza de nuestro informático. Estamos reconstruyendo a partir de copias que los empleados habían guardado en sus portátiles.

—Suena horrible —compadeciéndome.

—Peor que horrible. Perdimos mucho en la inundación, pero no tenemos idea de cuánto habíamos perdido antes debido a la incompetencia del departamento. Nos está dejando en la edad de piedra.

Asentí.

—Ah, de acuerdo. Eso tiene sentido —era difícil tener una base de datos de documentos cuando la base de datos había sufrido un cortocircuito.

—Por el lado positivo, aprenderás a hacer las cosas a la antigua usanza, con bolígrafo, papel y archivando documentos por triplicado. Así que si la red vuelve a caerse, ya sabrás qué hacer sin perder el ritmo.

—Me dijeron que me darían un portátil.

—Oh, no. No mientras el sistema esté caído. No hay nada que acceder en línea —dijo.

—Entonces, ¿no me necesitáis para ayudar con la entrada de datos?

—Te necesitamos para ayudar con... —se tomó un momento para hojear los archivos que llevaba en brazos. Sacó uno de los más gruesos—. Georgie Alexander —anunció mientras me entregaba el archivo.

Acepté la carpeta y empecé a revisar las páginas de notas. Una foto de un bebé estaba sujeta en el interior de la portada del archivo.

—La pequeña Georgie —dijo Greta—. Encontraron a su madre con una sobredosis. Es muy triste, de verdad. Su tío tiene la custodia temporal de emergencia mientras localizan al padre biológico.

Deslicé mi dedo por el borde de la foto. Georgie. Era adorable, con rizos cortos y ondulados, los ojos azules más grandes que había visto jamás y una pequeña boca en forma de corazón de cupido. Parecía más una muñeca que un bebé humano.

—Visitarás a la familia y les ofrecerás asistencia mientras se adaptan —continuó Greta, describiendo los aspectos básicos de mi asignación.

—¿Qué tipo de asistencia?

—Cualquier cosa, todo. En casos como estos donde la tutela se estableció en una directiva en vida...

—¿Una qué?

—Directiva. No es exactamente un testamento, pero es similar. La madre de Georgie indicó que su hermano mayor cuidaría de la niña si algo le pasara a ella o al padre. Y debido a ciertos aspectos legales, el patrimonio está intentando localizar al padre, y tenemos que asegurarnos de que la niña esté debidamente atendida.

—Pero si no está en el sistema...? —comencé a preguntar.

—La niña no está oficialmente en el sistema estatal, así que no podemos asignarla a una familia de acogida. Esas familias ya han pasado por evaluaciones rigurosas. Georgie es uno de nuestros casos del sector privado. En realidad somos una agencia privada. Eras consciente de eso, por supuesto.

—Entonces, ¿simplemente me presento y me aseguro de que Georgie esté bien?

Greta asintió. —Tengo entendido que la dejaron con un tío que no estaba preparado para ella. Todo está en las notas. Tienes una cita mañana, así que tienes tiempo para informarte.

Greta dejó con cuidado su brazo lleno de archivos sobre el escritorio, los clasificó y sacó algunos más, dejándolos a un lado. —Eso debería ser todo lo que necesitas. Te dejo con ello. La carpeta verde tiene tus gastos de viaje y formularios de kilometraje.

—Gracias —estaba bastante segura de que no lo decía en serio. Después de todo, me había empujado a la parte más profunda de la piscina sin preguntar si sabía nadar. En este caso particular, no sabía. No sabía qué debía hacer durante una inspección domiciliaria. ¿Solo estaba haciendo una inspección?

Me senté y puse el bolso que llevaba al hombro sobre el escritorio frente a mí. Miré las carpetas. Ninguna tenía etiqueta. Todas eran de diferentes colores. Abriendo los cajones del escritorio, localicé un rotulador Sharpie y notas adhesivas. No sabía cuál era la política para escribir en las carpetas, así que etiqueté las notas adhesivas y las pegué en los frontales de las carpetas correspondientes.

Separé los archivos en dos montones, uno para hacer copias y otro para leer. Ni siquiera sabía qué hacer con la mitad de los formularios. Abrí la carpeta con *PROCEDIMIENTOS* garabateado en la pegatina amarilla de su portada. Con suerte, después de leer esto, sabría un poco más sobre qué hacer.

Intenté revisar el protocolo, pero mi mente seguía volviendo a Georgie. Si tenía una transferencia clara de custodia, ¿por qué estábamos involucrados? Dejé a un lado la carpeta azul y cogí la que tenía la foto de Georgie dentro.

Su expediente parecía una tragedia romántica, una pobre niña rica perdida en un sistema burocrático. Tal como dijo Greta, estábamos involucrados porque parecía haber un padre biológico implicado en la custodia. Necesitaban localizarlo y, por lo que leí, parecía que no tenían su identidad, pero alguien sí.

Pobre niña pequeña.

Pasé la página y leí el nombre de su tío que tenía la custodia. Sterling Alexander. Tragué saliva. No, no podía ser correcto, ¿no sería *el* Sterling Alexander que había multiplicado la fortuna de su familia con una fortuna aún mayor a través de la tecnología de streaming online?

Era él. Así que, para nada pobre.

3

STERLING

—¿Cuándo se supone que va a llegar la niñera? —me presioné las sienes con los dedos. Un dolor de cabeza martilleaba en mi cerebro. La bebé había pasado la mañana berreando.

Se despertó llorando y no paró.

Entre Wayne y yo nos las arreglamos para cambiarla y ponerle ropa limpia. Eso no detuvo su llanto. Él la sostuvo en su regazo mientras yo intentaba meterle compota de manzana en la boca, y eso tampoco detuvo su llanto. Nada consolaba a la niña.

Para cuando se quedó dormida, creo que todos estábamos agotados.

—No creo que sea una niñera —dijo Wayne mientras me ofrecía un frasco de pastillas para el dolor de cabeza y un vaso de agua.

Me tomé el doble de la dosis recomendada y luego vacié el vaso.

—Entonces, ¿por qué envían a alguien? Creí que dijo que enviarían a alguien de la agencia para ayudar. Me suena a niñera —murmuré.

—¿Le apetecería...

—Un Bloody Mary —solicité al instante—. Con extra de Tabasco.

—¿Es prudente beber alcohol tan temprano?

—Considéralo un brunch. Fríe algo de bacon y mete un par de lonchas en la bebida. No creo que pueda enfrentarme a los

supervegetales esta mañana. —Me detuve y me giré para observarlo. El hombre era imperturbable. ¿Cómo era posible que no necesitara un trago fuerte después de la mañana que habíamos soportado?

Me quedé de pie en el salón y miré a la niña dormida. Supongo que llamarla niña era ser generoso. Todavía tenía la cara redonda de un bebé y ni siquiera parecía poder caminar aún.

Estaba desparramada en el suelo, con sus bracitos regordetes por encima de su cabeza. Dormía donde se había desplomado. No quería que se cayera, así que dejarla en el suelo parecía la mejor idea. Simplemente se quedó sentada y lloró hasta que se desplomó de agotamiento.

—Yo igual, pequeña. —Una parte de mí simpatizaba con ella. Lo mejor era rendirse, dormir e intentarlo de nuevo más tarde.

El olor a bacon friéndose llegó desde la cocina. Seguí el olor justo a tiempo para ver a Wayne dar los últimos toques a mi bebida.

—Ah, está usted aquí. Su bebida —dijo, entregándomela—. ¿Es prudente dejar sola a la señorita Georgie?

—Está dormida, y solo estamos a unos metros de distancia. No es como si hubiéramos salido del apartamento dejándola dormir en el suelo.

Tomé mi bebida y regresé tranquilamente al salón. Tenía razón, y el suelo parecía tan poco digno. Pero no quería arriesgarme a despertarla si intentaba moverla. ¿Y dónde la pondría? Había pasado la noche en un cesto de la ropa junto a mi cama.

Me puse en cuclillas y observé su pequeño rostro. Se parecía exactamente a Argene cuando nació. Podrían ser gemelas, o clones. Tampoco había sabido qué hacer con Argene en ese momento. Y ciertamente no era como si nuestra madre me hubiera animado a interactuar con una niña pequeña.

No era apropiado, como ella lo habría expresado. Yo tenía catorce años y luchaba, como todos los adolescentes atrapados entre ser un adulto y seguir queriendo ser un niño. Papá habría dicho algo un poco más duro. Algo como: "Los hombres de verdad no cuidan de bebés, eso es trabajo de mujeres. No eres una mujer, ¿verdad?". Eran muy tradicionales en sus costumbres. Algo contra lo

que mi querida Argene se había rebelado. Desafortunadamente, eso había incluido ir también en contra de mí.

Esta bebé dormida en el suelo era todo lo que me quedaba de Argene. Había una especie de simbolismo con Georgie dormida en su miseria en el suelo y yo mirándola desde arriba, sin saber cómo proceder. Eso resumía bastante bien mi relación con Argene: sin saber cómo proceder.

El interfono sonó. Normalmente lo ignoraría, pero mis entrañas ya se estaban retorciendo de nervios esperando a que alguien viniera y averiguara qué se suponía que debía hacer con esta niña.

—El conserje dice que la mujer de la agencia está aquí. Viene subiendo ahora mismo —anunció Wayne.

Me dirigí hacia el ascensor. Sonó y una adolescente estaba allí, con aspecto de asombro y confusión a la vez.

—¿Sr. Alexander? —le preguntó a Wayne.

Resoplé. Me levanté, alzando mi copa hacia ella. —Ese soy yo. Sterling. ¿Quieres una copa?

Me miró, con una mueca de desprecio en su bonito rostro. Su mirada luego se dirigió a Wayne, de vuelta a mí y, finalmente, a la bebé dormida en el suelo.

Salió apresuradamente del ascensor, dejó sin ceremonias una pila de carpetas en la mesa auxiliar más cercana, y se apresuró hacia la bebé, cayendo de rodillas antes de poner su cara justo frente a la de Georgie.

—¿Está dormida? —La mujer se giró y miró hacia donde Wayne y yo estábamos de pie.

—Sí. Podría haberlo preguntado simplemente.

Se levantó y se alisó la falda. Fingí que no lo notaba, o que no había estado mirando su trasero curvilíneo cuando estaba en el suelo.

—¿Por qué está en el suelo y no en una cuna? —espetó.

Solté un suspiro brusco. —Está en el suelo porque se desmayó de tanto llorar. Hemos tenido una mañana difícil. No quería molestarla. No hay cuna.

—¿Y cuánto vodka lleva ese Bloody Mary? —No había forma de eludir el tono crítico en su voz. Tal vez era mayor de lo que pensé al

principio.

Levanté una ceja y me giré para mirar a Wayne.

—Nada, señorita.

—¿Qué? —preguntamos al unísono.

—Nada. Lo preparé con vodka sin alcohol. Pensé que con la visita de esta mañana, sería lo más prudente —dijo Wayne.

Una parte de mí estaba cabreado por no haberme dado cuenta de que faltaba vodka en la bebida, y otra parte estaba asombrada de cómo este hombre me cubría las espaldas en pequeños detalles.

—Muéstremelo —espetó la señora de la agencia.

Wayne inclinó la cabeza y nos guió hasta la cocina. —El señor Sterling mantiene un bar bien surtido —comenzó Wayne.

—Oh, estoy segura de que sí —replicó ella.

—Eso incluye provisiones para sus conocidos que eligen no beber alcohol. Cuando está en período de entrenamiento, el señor Sterling también se abstiene de bebidas alcohólicas, aunque sigue disfrutando de cócteles.

Una vez en la cocina, le mostró la botella de licores sin alcohol.

—Tengo bacon extra. ¿Le gustaría que le preparara uno? —ofreció Wayne.

Ella miró desde la bebida que yo aún llevaba hasta la botella y luego sonrió a Wayne. —Como no huelo café, si no es una terrible molestia, sí, por favor.

Se volvió hacia mí, y la sonrisa que iluminaba su rostro desapareció inmediatamente. —Mis disculpas por sacar conclusiones precipitadas sin tener todos los hechos, señor Alexander.

—Por favor, llámeme Sterling. —Extendí el brazo, indicando que deberíamos volver al salón. Tomé asiento y le indiqué que ella también lo hiciera.

Reunió sus carpetas en sus brazos y se posó en el sofá. La mujer necesitaba un bolso si planeaba cargar con el equivalente a un archivador lleno de documentos.

—Entonces, ¿exactamente cómo va a poder ayudarme? —pregunté. No parecía precisamente una niñera, y no podía entender cómo todo ese papeleo sería beneficioso.

Georgie eligió ese momento para comenzar a retorcerse, y luego volvió su llanto de sirena de angustia.

Dejé mi bebida y la levanté. Nunca se me había permitido sostener o jugar con Argene hasta que fue mayor y caminaba. Su hija quedó colgando de sus axilas con mis manos alrededor de su diminuta caja torácica.

—¡Así no se sostiene a un bebé que llora! —dijo la señora de la agencia, levantándose de golpe de donde estaba sentada.

Cogió a la niña de mis manos y de inmediato la envolvió con sus brazos y comenzó a arrullarla y mecerla.

—Está empapada. ¿Dónde está el cambiador? —exigió.

Negué con la cabeza.

—¿Pañales? ¿Tiene alguno?

—Señorita. —Wayne apareció de repente con la bolsa de pañales en mano.

—Gracias. ¿Dónde la cambia? —preguntó.

Me encogí de hombros. —Donde sea.

Cuando puso los ojos en blanco, cambié de opinión otra vez. No podía tener más de diecinueve años. ¿Por qué habían enviado a una cría?

—¿Donde sea? ¿Como si le cambiara el pañal en el sofá, en la mesa de la cocina, en el suelo?

—Oh, no, en la mesa no, pero tendría la altura adecuada. Hasta ahora, solo la he cambiado en la cama.

—¿Tiene una cama?

—Mi cama —aclaré.

—¿Dónde está su baño? —preguntó.

—Yo le mostraré. Por aquí —intervino Wayne.

Ella se volvió para seguirle.

Yo la seguí a ella.

—¿Cuándo fue la última vez que le dio un biberón, o tomó algo de comer?

—Tomó algo de compota de manzana anoche. Y tratamos de darle un poco esta mañana, pero se negó a comer.

—¿Ningún biberón?

Negué con la cabeza. —Nadie dijo nada sobre biberones.

Wayne abrió la puerta del baño. Ella pasó junto a él, colocó la bolsa de pañales en la encimera, y luego puso a Georgie a su lado. La bebé no había dejado de llorar, pero estaba mucho más tranquila. La joven nunca quitó la mano de la niña mientras rebuscaba en la bolsa y sacaba lo que parecía una mini esterilla de yoga, y luego un pañal. Con lo que parecían habilidades profesionales, puso a Georgie sobre la esterilla y le cambió el pañal en un santiamén.

Después procedió a quitarle la ropa con la que yo había luchado para vestir a la bebé. La sostuvo en alto. —Esto está mojado. Además, la tela es super áspera. ¿Ha estado inquieta?

—Inquieta habría sido agradable —admití.

—Señor Alexander, no parece que sepa lo que está haciendo. Mi primer informe no va a tener muy buen aspecto.

—¿Informe? ¿A quién va a informar sobre mí? ¿Qué tal si empezamos por quién es usted? —pregunté.

—Lo siento mucho. Me pilló desprevenida lo que parecía un desastre, y luego su bebida... Ha sido culpa mía. Soy Cecelia Harrison de Servicios Infantiles. Soy su gestora de caso.

4

CECELIA

¿Qué demonios estaba pensando Sterling Alexander?

Estaba allí de pie observándome mientras cambiaba el pañal a la pequeña Georgie como si fuera algún tipo de arte performativo o algo así. Su cara burlona y la forma en que sostenía ese falso cóctel sin alcohol me hizo pensar que se estaba tomando todo esto como una broma. A mí no me hacía ninguna gracia.

—Oh, ya lo sé, ya lo sé —le arrullé a la pobre criatura. Estaba temblando, tan alterada. Acababa de despertarse, estaba confundida, no sabía dónde estaba, y otra persona desconocida le estaba hablando.

—¿Hablas idioma bebé? —comentó Sterling con sarcasmo.

Le lancé una mirada fulminante. —Hablo el idioma del miedo y el hambre, y ella tiene ambos —acerqué a la niña contra mí, rodeándola con mis brazos de forma protectora. Necesitaba saber que alguien iba a cuidar de ella—. ¿Cómo vuelvo a la cocina desde aquí?

Le pregunté al hombre mayor. Nunca antes había conocido a un mayordomo en la vida real. Apenas creía que no fueran algo inventado para películas de superhéroes. Ya había tomado una decisión respecto a Sterling Alexander. Se deslizaba por la vida gracias a su encanto, su buen aspecto y el dinero familiar. Nada de

eso iba a convencerme, y desde luego no tenían ningún efecto en la bebé sollozante que tenía en mis brazos.

A ella no le importaba el dinero. Le importaba el confort, la comida y la seguridad.

—¿No deberías vestirla primero? —preguntó Sterling, haciendo gestos inútiles con las manos.

—Tiene hambre. Se va a manchar toda de comida. No veo razón para que esté vestida, solo para tener que limpiarla de nuevo —me detuve al entrar en la cocina desde una dirección diferente a la de antes. Aquella vez, me había preocupado por la bebida diurna de Sterling. Esta vez, estaba pendiente de Georgie y...— ¿Dónde está su trona?

—No tiene una —admitió Sterling.

—¿Por qué no?

Abrió mucho los ojos mientras me miraba. Las expresiones que bailaban por su rostro eran casi cómicas. Los ojos muy abiertos dieron paso a una frente arrugada, y luego a una inexpresividad estoica. Me miró con una completa falta de emoción. Era más atractivo cuando sentía algo.

—El último día y medio ha sido un poco abrumador. Te esperaba ayer, y tenía la impresión de que tu agencia proporcionaría el apoyo necesario.

—Apoyo, sí. Muebles, no —me volví hacia el mayordomo, Wayne —. Tengo entendido que tenéis compota de manzana, ¿podrías preparar un pequeño cuenco? ¿Tenéis cereales o avena?

—Tenemos avena rápida. ¿Desea que prepare algo? —preguntó.

—Sí, hazla dulce, con sirope de arce si tenéis.

—¿No es malo darle dulces a la niña? —preguntó Sterling.

Por lo que a mí respectaba, podía quedarse al margen de esta conversación. Eché un vistazo a su ropa cara y tuve una idea muy malvada.

—Necesitamos que coma. No tiene los mismos gustos que un adulto, y no conozco su historial más allá de los detalles específicos de cómo llegó a tu vida. ¿La criaron sin azúcar y solo con alimentos orgánicos caseros, o su madre le ponía Coca-Cola en el biberón? Dijiste que no estaba interesada en comer antes. O estaba

demasiado alterada —acaricié su suave cabello. Ya no lloraba, pero se aferraba a mí como un mono—, o no le gustaba la comida. Probemos algo que sea más probable que esté dispuesta a comer. No sé tú, pero la avena sin nada no resulta muy apetecible.

—La compota, señorita —Wayne colocó un pequeño cuenco en la encimera y después puso una cuchara junto a él.

Miré alrededor. Había una mesa de tamaño normal con sillas al otro lado de una barra. Le dirigí a Sterling una mirada intensa, desvié los ojos hacia el cuenco y luego asentí con la cabeza. —Bien, voy a necesitar tu ayuda. Vamos.

Me giré y esperé que fuera lo suficientemente inteligente como para coger la comida de Georgie y seguirme. Puso el cuenco junto a la silla en la que me senté, manteniendo a Georgie en mi regazo todo el tiempo.

—¿Tienes hambre? Vamos a probar un poco de compota de manzana, ¿vale? —la acomodé y pensé que iba a hacerse daño por la forma en que agarró mi mano y mordió la cuchara. Ambos hombres recibieron más miradas fulminantes de mi parte—. ¿Que no tenía hambre? ¿Siquiera lo intentasteis?

Georgie estaba hambrienta. No podía llevar la compota del cuenco a su boca lo suficientemente rápido. No pasó mucho tiempo antes de que casi termináramos el cuenco.

—¿Cómo va esa avena? —pregunté.

—Casi lista, la estoy volviendo a llevar a ebullición —comenzó Wayne.

—¡No! —prácticamente chillé—. Ella no puede tomar comida caliente como los adultos. No sabe cómo soplar la cuchara para enfriarla. Si está demasiado caliente para metértela en la boca directamente de la cazuela, está muchísimo más caliente para ella. Una buena regla es totalmente cocinada, totalmente recalentada, pero no servir más caliente que la temperatura corporal. Al menos mientras estáis aprendiendo.

—¿Aprendiendo? —preguntó Sterling.

—Sí, aprendiendo, y por lo que me encontré esta mañana, tenéis mucho que aprender si vais a cuidar adecuadamente de Georgie.

—Pero pareces tenerlo todo bajo control —señaló.

Poco sabía él que estaba fingiendo y recurriendo a mi amplia experiencia como canguro. Al menos sabía dar consuelo a un bebé y no ponerle ropa áspera de día de foto y esperar que no protestara.

—Sí —dije—, pero soy yo quien la está cuidando. Tú necesitas ser capaz de hacer esto sin que yo esté presente.

Wayne se acercó a la mesa con un cuenco de avena humeante.

Le miré fijamente. —¿En serio? Está echando vapor.

—Sí, señorita.

—¿Has escuchado algo de lo que acabo de decir? Coge una cuchara limpia y ponla en tu boca —exigí.

Wayne cogió una cuchara, tomó un poco de avena y comenzó a soplar excesivamente para enfriar el bocado. No fue hasta que se lo metió en la boca e hizo contacto visual conmigo que mis palabras anteriores le hicieron efecto. —Oh, ya entiendo. La meteré en el congelador un momento. Eso debería enfriarla.

Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza. —Se aplican las reglas básicas de seguridad alimentaria, pero debes recordar que ella va a meter sus manos en la comida o se la llevará a la boca sin pensarlo. Es tu trabajo como adulto protegerla, cuidarla, proveer para ella. Si es algo que no puedes manejar, haremos otros arreglos para ella.

El ceño de Sterling se frunció y su expresión se oscureció. —Eso no será necesario. Ella se quedará conmigo.

—Bueno, entonces, será mejor que empieces a tomar nota —dije.

Wayne trajo la avena enfriada a la mesa.

Levanté a Georgie y se la entregué a Sterling. Al menos no dudó en cogerla, pero no sabía cómo sostenerla.

—¿Has cogido a un bebé alguna vez?

—No, no se me permitió cuando nació mi hermana menor. No se consideraba importante. Los hombres no...

—¡Ay, en serio? ¿Los hombres no? Yo... voy a callarme antes de decir algo que me haga perder el trabajo. Los hombres sí lo hacen, constantemente. Y tú vas a aprender cómo cogerla y alimentarla ahora mismo.

Le indiqué dónde poner sus manos y cómo sujetarla para que se sintiera segura. Georgie gimoteó y extendió sus brazos hacia mí.

—Estás bien —le dije—. Tu tío te tiene. Él te mantendrá a salvo. —Levanté la mirada hacia el rostro de Sterling. Sus ojos me tomaron desprevenida mientras me observaba intensamente. Momentáneamente desconcertada, tropecé con mis siguientes palabras y le guié en cómo alimentarla.

Como era de esperar, Georgie al principio rechazó la avena. Pegajosos grumos de avena fueron a parar a todas partes. Intenté reprimir mi sonrisa cuando cayó sobre los pantalones de diseño de Sterling. El hombre se lo merecía. Pero después de algunos momentos complicados, los dos consiguieron dominar toda la rutina de dar de comer al bebé y comer avena.

—Esto será más fácil la próxima vez cuando no tenga hambre. Puedes probar con un poco de arroz y mantequilla, y alimentos que pueda coger con los dedos como Cheerios. Tiene edad suficiente para comer sólidos. Corta las cosas en trozos pequeños. Apenas entiende para qué sirven sus dientes, y no tiene molares. ¿Cuántos vasos con boquilla tiene?

—Había uno en la bolsa que nos dio la señora de la agencia —contestó Wayne ya que Sterling estaba concentrado en Georgie, como debía ser.

Solté un suspiro. —¿Tenéis un bloc de papel y un bolígrafo? —pregunté—. Necesitamos hacer algunas listas de compras, y vosotros dos tenéis deberes.

—¿Deberes? —preguntó Sterling, levantando la mirada de alimentar a la bebé.

—Sí, necesitáis algunos libros sobre crianza y averiguar qué puede y querrá comer. Y no os limitéis a comprar los libros. Leedlos también. Ahora, vamos a comenzar a hacer una lista de muebles y otros artículos que necesitaréis antes de que yo vuelva.

5

STERLING

Después de haber sido puesto en mi sitio por alguien que apenas tenía la edad legal para beber, me quedé de nuevo a solas con la bebé. Esta vez fue más fácil. La niña no lloraba tanto. Era adorable cuando no sonaba como toda una flota de sirenas de camiones de bomberos.

Estaba sentada en mi regazo, alimentada, limpia y recién despertada de otra siesta. Parecía dormir como un gato, a la mínima oportunidad. Examiné una lista de libros sobre crianza, seleccionando diferentes títulos. Mi carrito de compras online se estaba llenando.

No tenía ni idea de cuándo tendría la oportunidad de leer tanto. —No puedo creer que esa chiquilla me haya puesto deberes —me quejé.

—Nos ha puesto deberes a los dos. No creo que le gustara que la llamaras chiquilla, señor Sterling.

Odiaba que Wayne me corrigiera, especialmente cuando tenía razón.

Cecelia. Lógicamente, sabía que debía tener al menos unos veintitrés años. Después de todo, su trabajo requería un título universitario. Pero era menuda y curvilínea. Casi hasta el punto de

ser una distracción. Menos mal que su duro comportamiento había frenado ese tren de pensamientos.

—¿Puedo coger a la señorita Georgie un rato? —preguntó Wayne.

Levanté a la pequeña de mi regazo y se la entregué. Wayne la cogió y comenzó inmediatamente a balbucear con ella. También parecía sentirse más cómodo con ella después de la visita de Cecelia. Quizás su actitud brusca y directa nos había hecho prestar más atención.

—La señorita Georgie debería tener algunos juguetes, una pequeña muñeca o algo. No hay nada aquí para mantenerla entretenida —dijo Wayne.

—Lo añadiré a la lista de la compra. —Era una lista considerable y seguía creciendo. Las numerosas listas que Cecelia me había dejado tenían de todo, desde comida y platos hasta ropa y muebles —. Probablemente solo compraré la mitad de la ropa. Georgie solo está aquí temporalmente.

Estaba pensando en voz alta. ¿Qué iba a hacer con todos los muebles de bebé una vez que la agencia encontrara a su padre?

Wayne estaba cantando algo y bailaba torpemente con la bebé en sus brazos.

—Parece que le estás cogiendo el truco —comenté.

—Es una cosita dulce. Me siento mal por cómo fue ayer y esta mañana. No fui tan útil como podría haber sido —admitió Wayne.

Por otro lado, yo tampoco había sido muy bueno. —Ambos estábamos mal preparados para lidiar con la entrega de un bebé. ¿Nunca has trabajado para una familia con niños?

—Absolutamente no, y nunca he tenido ninguno propio. No tengo experiencia tratando con bebés.

—Parece que lo estás haciendo bien. Sin embargo, quiero recordarte que no eres una niñera. —Bromeé un poco—. Va a acaparar toda tu atención si no tienes cuidado.

—¿Quizás deberías considerar contratar una niñera? —sugirió Wayne. Olfateó de manera bastante dramática antes de volver su atención a la bebé en sus brazos—. Por favor, contrata una niñera.

—Se acercó a donde yo estaba examinando un catálogo online de muebles para bebés.

Podía oler la razón por la que apoyaba tan enfáticamente la contratación de una niñera.

—Te compraré un nuevo Lexus —empecé.

—Ya conduzco un Mercedes. Un Lexus sería una degradación —respondió con una risa irónica.

—Puedes usar el jet cuando quieras —contraataqué.

Levantó una sola ceja crítica ante mi débil intento de soborno. No estaba en su descripción de trabajo cambiar pañales.

—De acuerdo. —Me puse en pie y cogí a Georgie de sus brazos. Mi pupila, mi responsabilidad.

—Mientras le cambio, échale un vistazo a esa web. Parece que puedo pedir un conjunto completo a juego de todos los muebles que necesitaremos. Me gustaría tu opinión sobre el estilo y qué habitación debería convertirse en un cuarto de bebé temporal para Georgie.

No podía decidirme entre el conjunto blanco o el de cerezo oscuro. Ninguno de los dos encajaba con mi estética personal. Ni siquiera sabía si podría encontrar muebles de bebé de estilo Mid-Century Modern. ¿Existía tal cosa? Necesitaba muebles para Georgie inmediatamente. Eso no me daba el lujo de contratar a un decorador de interiores para encontrar algo que me gustara en mi ático.

No sintiéndome cómodo equilibrando a Georgie en la encimera del baño como Cecelia había hecho con tanta habilidad, desenrollé la esterilla cambiadora en el suelo del baño. Para un cuerpo tan pequeño, creaba un desastre apestoso. —¿Cómo ha cabido todo esto en tu cuerpecito?

Georgie hizo un sonido como un gorgoteo, casi una risita. Empezó a patear con sus pies, pero le agarré las regordetas piernas para evitar que se agitara.

Contuve la respiración y la limpié. Tuve que cambiarle la ropa, otra vez. Tal vez mi decisión de no pedir toda la ropa que Cecelia había puesto en la lista de compras no era el mejor plan. Este era el cuarto cambio de ropa de la bebé hoy.

Tiré la ropa sucia a la bañera y el pañal a la basura. —Eres una pequeña chinche apestosa, ¿verdad? —le pregunté mientras la volvía a levantar en mis brazos.

Soltó una risita y me agarró la nariz. Eso era adorable.

—Vamos a vestirte y a encargar más ropa para ti. —No estoy seguro de por qué le hablaba. No es como si pudiera entenderme o responderme. Movía la boca como si estuviera hablando, con algún que otro balbuceo saliendo mientras su pequeña lengua entraba y salía de su boquita en forma de capullo de rosa.

El buen humor de Georgie pareció durar hasta que volvimos al salón donde tenía instalado mi portátil. La versión gruñona de la bebé reapareció cuando me senté y empecé a desplazarme por las páginas web para encontrar aquella donde había comprado la ropa.

—¿Tienes hambre otra vez? Acabas de comer, ¿qué? ¿Hace cuatro horas? —Con un suspiro resignado, la acomodé para poder llevarla y cogí el portátil. Los muebles y la ropa no iban a pedirse solos.

—¿Has conseguido que traigan comida para bebés? —le pregunté a Wayne mientras cambiaba mi ubicación del salón a la mesa de la cocina.

—Sí. Como no sabía qué le gustaría, pedí variedad. ¿Tiene hambre?

Me encogí de hombros lo mejor que pude mientras la sostenía. —Creo que sí. Cecelia dijo que Georgie ya debería poder comer algunas cosas sola —comenté.

—Sí, pero creo que eso es algo que quizás debería esperar hasta que la señorita Georgie tenga una trona donde pueda estar segura.

Tenía razón. —Vale, ¿qué tienes que pueda darle?

—Tendré arroz y nuggets de pollo calientes en unos cinco minutos. —Wayne continuó murmurando por lo bajo, y estoy seguro de que le oí quejarse sobre tener nuggets de pollo en su cocina.

Ni siquiera sabía por dónde empezar. Abrí otra pestaña en mi navegador y escribí *servicios de niñera en Dallas*. La lista que apareció era extensa. Encontrar una niñera iba a ser todo un desafío. Tendría que contactar con los Servicios Sociales para que me ayudaran a localizar una.

Niñeras, ropa, comida, muebles. Esta niña requería mucha atención y dinero. ¿Cómo se las habría arreglado Argene? Tenía dinero de sobra, pero mi hermana nunca había sido de las que se centran en proyectos a largo plazo. Quizás eso cambió cuando tuvo a Georgie.

Observé a la pequeña en mi regazo mientras se ponía inquieta. Había querido a mi hermana aunque realmente no la conocía. Ahora nunca la conocería. Otra oportunidad perdida.

¿Llegaría a conocer a la persona en la que esta niña se convertiría? ¿Aparecería su padre y se la llevaría, dejándome preguntándome cómo era ella realmente? ¿Crecería sintiéndose como un pájaro enjaulado como su madre?

Wayne puso un pequeño plato frente a nosotros. Había un montón de arroz blanco y pequeños cubos de...

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Nuggets de pollo y arroz —respondió.

—Pensaba que los nuggets de pollo eran trozos de carne procesada fritos.

—Lo son, señor Sterling. Los he cortado en trozos pequeños para que no supongan un riesgo de asfixia y la señorita Georgie pueda comer sola.

Como si hubiera estado esperando a que Wayne le dijera que esa era su comida, Georgie se inclinó hacia delante y agarró la comida con ambas manos. Por suerte, yo tenía una mano alrededor de su cintura sujetándola en mi regazo. Pude apretar mi agarre y evitar que se lanzara al suelo.

Trozos de comida se esparcieron por todos lados. Sus habilidades motoras finas aún no estaban completamente desarrolladas. Pero consiguió llevar algo de comida de sus manos a su boca. Alcanzó más trozos de pollo.

—Definitivamente le gustan los nuggets de pollo.

También parecía gustarle el arroz, aunque hacía un desastre aún mayor.

—Wayne, creo que necesitamos una trona aquí inmediatamente. No creo que Georgie pueda esperar a que se entregue una.

—Sí, señor Sterling. Me ocuparé de eso.

6

CECELIA

—¿Greta? —llamé a la puerta abierta de mi supervisora mientras entraba en su despacho.

El espacio era pequeño, con estanterías a lo largo de una pared y archivadores en las otras dos. Todo estaba repleto de montones de expedientes que necesitaban ser archivados, pero según tenía entendido, todo el espacio disponible estaba ya ocupado.

—Pasa, Cecelia. ¿Qué tal tu primer día? —Greta no levantó la vista de los papeles que tenía delante.

—Eh, de eso quería hablarte —dije. Cogí un montón pequeño que había en la otra silla del despacho y lo aparté con todo el cuidado posible antes de sentarme—. Mi caso es un poco complicado.

—¿En qué sentido?

—Por lo que parece, el señor Alexander no recibió ningún aviso de que iba a ser responsable de un bebé. ¿No es habitual avisar al tutor para que pueda prepararse?

—Mmm-hmm. —Greta emitió un sonido afirmativo, como invitándome a continuar.

—Cuando llegué, la niña estaba durmiendo en el suelo. Y no había, bueno, nada para ella. Revisé las notas y... ¿De verdad le

entregamos una niña y le dijimos: «Toma, es tuya, cuídala hasta que encontremos a su padre»?

Greta me miró con el ceño fruncido. —Déjame ver. —Rebuscó entre uno de los montones de su escritorio. Cuando encontró la carpeta que buscaba, la abrió y comenzó a hojear las páginas—. Ah, ya veo. Sí. Vale. —Cerró la carpeta y levantó la vista, atrapando mi mirada con la suya.

—Eso es exactamente lo que ocurrió.

Solté un jadeo y me preparé para tener una reacción bastante indignada. Pero Greta mantuvo mi atención.

—En el testamento se estipula que Sterling Alexander debe hacerse cargo de la niña a menos que el padre se presente para hacerlo. Y el patrimonio de la fallecida está siendo gestionado por abogados que se aseguran de que eso es exactamente lo que está sucediendo.

—No tenía muebles para bebés. Ni biberón, y solo un vasito con boquilla, ¿y simplemente le dejamos caer un bebé encima? Creía que se suponía que debíamos asegurarnos de que los niños estuvieran bien atendidos —me costaba creer que estuviéramos actuando en el mejor interés de la niña.

—¿Estaban maltratando a la niña? —preguntó Greta.

—Estaba durmiendo en el suelo —le recordé.

—Los niños duermen en el suelo constantemente. ¿Estaba herida?

—Estaba angustiada —respondí.

—¿Estaba siendo desatendida?

Abrí la boca y volví a cerrarla. No podía decirle que cuando llegué, la bebé estaba dormida y Sterling Alexander estaba allí con un cóctel falso en las manos porque su mayordomo sabía que era mejor no servirle vodka mientras luchaban por cuidar de un bebé. No podía decírselo porque no había nada malo en esa situación.

Ninguno de los dos hombres parecía saber qué hacer, pero ella llevaba ropa y tenían alimentos adecuados disponibles para ella.

—¡No tienen ni idea de cómo cuidar a un bebé! —solté de golpe.

Greta se rio. —La mayoría de la gente no la tiene, especialmente cuando es algo inesperado. ¿Cómo manejaste la situación?

Eché un vistazo a su despacho, sintiéndome de repente como si quizás no hubiera hecho lo suficiente. Intenté recordar todo.

—Le cambié el pañal, le puse ropa más cómoda. Les señalé que los bebés y la moda no combinan. Necesita estar con tejidos cómodos y suaves. Les mostré a ambos cómo sostenerla, um...

—¿Ambos? ¿Había alguien más allí?

—Sí, Sterling Alexander tiene un mayordomo. Me llamaba señorita Cecelia. Muy distinguido, elegante. Él se encargaba de toda la cocina, así que me aseguré de que entendiera qué alimentos debía darle para empezar.

—Eso está bien. Tiene dos adultos cuidándola, alguien que sabe preparar comida. Entonces, ¿exactamente cuál es tu preocupación? —Greta me miró como si yo fuera la desorientada y no Sterling Alexander.

Parpadee varias veces, tratando de realinear mis expectativas con la realidad.

—Debería hacer un seguimiento con él mañana —dije.

—Por supuesto. Eso esperamos de ti.

—Supongo que necesito que me aclares con qué frecuencia debo estar allí. Ellos son mi único cliente. ¿No debería tener varios clientes? —pregunté.

Greta asintió. —Ya veo. No en nuestro grupo. Harás un acompañamiento intensivo hasta que decidas que tu cliente está preparado. Claramente, no consideras que el señor Alexander esté listo para la tarea que tiene entre manos. Debes estar disponible para enseñarle a cuidar del bebé. Pasarás varias horas a la semana según su disponibilidad. Luego, por supuesto, tienes todos los informes que debes presentar. Después de eso, tendremos algunos otros proyectos en la oficina para que trabajes. Pero por ahora, queremos que te centres en una familia a la vez.

Estaba confundida. —Pensaba que tendría varios casos para manejar a la vez —admití.

—Sí y no. ¿Mencioné la inundación y la pérdida de nuestros servidores, verdad?

Asentí. —Sí, lo hiciste.

Greta miró hacia el techo. —¿Cómo puedo decir esto y mantener la profesionalidad? —Dejó escapar un suspiro profundo—. Como puedes ver, todo es un poco caótico. Cuando digo un poco, me refiero a todo lo contrario. Es una maraña de relaciones íntimas.

Solté una risita. No pude evitarlo. —Quieres decir un follón de...

Greta agitó las manos frenéticamente, interrumpiéndome a mitad de palabra. —Nunca decimos la palabra con F aquí. Y sí, eso es precisamente lo que quiero decir. No puedo asignarte otras familias en este momento porque no puedo acceder a los registros.

Sentí que mis ojos se abrían como platos. ¿En qué me había metido?

—Nos ha llevado una semana llegar a donde estamos ahora. Espero que la próxima semana estemos mejor con los servidores y tengamos acceso a una base de datos funcional, excepto por el problema de almacenamiento físico. Eso va a llevar más tiempo. Mientras tanto, podrás concentrarte en un caso a la vez.

—Oh —fue todo lo que se me ocurrió decir. Esto no era nada parecido a lo que pensaba que me estaba metiendo. Tenía imágenes de trabajadores sociales sobrecargados, visitando familia tras familia, casi como un vendedor puerta a puerta. Pero supongo que esa era la diferencia entre los servicios sociales públicos y las agencias con financiación privada. Al menos tenía trabajo—. Así que, en realidad, estaré trabajando con Sterling Alexander más estrechamente de lo que pensaba.

Greta asintió. —Voy a advertirte desde ya, no te enamores.

—¿Qué? —Sterling Alexander era un tipo atractivo, pero también era un ego sobredimensionado con patas. Yo era completamente inmune a cualquier encanto que él creyera poseer. No creía que hubiera ningún peligro de enamorarme de él.

—Del bebé. Siempre es tan difícil no crear un vínculo con los niños en situaciones como estas. Estás tan involucrada en su bienestar, y a veces, acabas pasando mucho tiempo con la familia. No eres su amiga. Estás ahí para asegurarte de que sepan y puedan hacer lo que necesitan. Eres más como una entrenadora de vida, pero en un marco práctico —continuó Greta.

Asentí. —Georgie es adorable. Entiendo lo que dices —podía ver el peligro de crear un vínculo con la bebé. Ya sentía mucha empatía hacia su situación. Y era una pequeña monada con ojos grandes y esos rizos ondulados que solo he visto en bebés—. Fortaleceré mi determinación contra ella y sus formas manipuladoras.

—Los bebés no son manipuladores —me corrigió Greta al instante.

—Lo sé —balbuceé—. Solo estaba diciendo, como que, ella sería la que intentaría hacer que me vinculara con ella a propósito. Lo siento, mal chiste, soy pésima contando chistes. Hay una razón por la que no soy cómica.

Greta me dedicó una media sonrisa. Estaba perdiendo su tiempo, y era hora de que me diera cuenta y me marchara.

Me levanté. —Gracias por aclararme algunas cosas. Iré a terminar los pocos informes que tengo y los entregaré.

—Recuerda, por triplicado, y en las bandejas etiquetadas en la sala de la fotocopiadora —dijo mientras me despedía con un gesto de su despacho.

¿Por triplicado? No, yo iba a quedarme con un juego completo de esos documentos. Necesitaba organizar un sistema de archivo inmediatamente en mi escritorio. No había nadie en la sala de escritorios cuando regresé. Me senté y comencé a clasificar lo que necesitaba.

Había algunos materiales de oficina que no estaban guardados en el cajón del escritorio que quería. Decidí que era seguro rebuscar en los escritorios que obviamente solo servían para apilar cosas. Localicé un dispensador de cinta adhesiva con cinta y un quitagrapas.

Organicé mis carpetas en el cajón. No iba a necesitar llevarlas todas de un lado a otro, solo algunas. Necesitaba conseguir un bolso o algo así. Y blocs de notas. Necesitaba blocs para tomar apuntes.

Dejé mi escritorio y fui a la sala de la fotocopiadora para ver si podía encontrar más material de oficina. Abrí otro armario que estaba repleto de papel para la fotocopiadora, pero no había blocs de notas. —¿Cómo sería este lugar antes de su épica inundación? —

Realmente esperaba que hubiera estado más organizado que esto y que todo volviera al orden pronto.

7

STERLING

Cecelia de la agencia estaba sentada en el suelo jugando al cucú-tras con Georgie. Sus archivos estaban apilados sobre la mesa de la cocina, dejados allí desde que llegó a la cita de hoy como si estuviera preparada para una batalla. Yo no quería pelear. Lo que quería era recuperar la paz y la tranquilidad que tenía antes de que Georgie irrumpiera en mi vida.

Definitivamente no estaba preparado para tener un niño. Algo tan simple como el cucú-tras había estado fuera de mi alcance. Por supuesto, sabía cómo jugar, cubrirme los ojos y fingir que no sabía que el bebé estaba sentado frente a mí, y luego mover mis manos y actuar feliz y sorprendido de poder ver al bebé de nuevo.

El problema era que no se me había ocurrido. Había conseguido contratar a un investigador privado para encontrar a su padre, pero no se me había ocurrido jugar con ella.

Las interacciones con Georgie se habían limitado básicamente a comer, cambiarla y acostarla. No parecía interesada cuando intentaba leerle. No entendía la mayor parte de lo que le decía, así que ¿qué importaba lo que le leyera? Yo estaba leyendo. No le interesaban los análisis tecnológicos ni los informes financieros que tenía que revisar. Tenía que leer ese material para mantenerme al día en la industria.

Los libros sobre bebés que Cecelia me había impuesto decían que debía leerle al bebé.

Estaba haciendo mi parte. Georgie no participaba como se esperaba.

Y ahora estaba trepándose por encima de la mujer de la agencia, apartándole las manos de los ojos y riendo como si fuera lo más divertido que jamás hubiera visto. El maldito cucú-tras era hilarante.

—Tenía la impresión de que ibas a inspeccionar la situación de vivienda —dije con sarcasmo—. No me di cuenta de que esto era una cita de juegos.

Georgie agarró las manos de Cecelia y se las apartó de la cara. La bebé soltó un chillido de deleite.

Cecelia no dirigió su mirada hacia mí. Mantuvo su rostro sonriente en Georgie todo el tiempo. Incluso la inflexión de su voz era para la bebé, aunque las palabras eran definitivamente para mí. —Hay tiempo de sobra para que recorra y evalúe el apartamento —¿o es un piso?— en busca de problemas de seguridad. Georgie claramente necesitaba algo de interacción. ¿Le has estado leyendo?

Gruñí. —Sí, le leo.

—¿Juegas con ella?

—No sabía que eso fuera un requisito —admití.

Los ojos de Cecelia se encontraron con los míos. —Es una bebé. Por supuesto que es un requisito. Necesita estimulación mental. ¿Al menos hablas con ella cuando la alimentas?

—¿De qué? ¿De fluctuaciones del mercado en el desarrollo tecnológico? No es precisamente una experta. —Crucé los brazos y fulminé a la mujer con la mirada.

Ella hizo una expresión de dolor, abriendo la boca para regañarme al principio, pero luego la cerró, se mordió los labios y cerró los ojos. ¿Estaba contando hasta diez antes de volver a hablar? ¿La había llevado al límite?

Si lo había hecho, sus límites eran muy estrechos. ¿Por qué alguien como ella había entrado en servicios sociales si no tenía paciencia?

Observé y esperé. Cecelia me entretenía. Grosero, lo sé, pero su irritación conmigo era casi cómica. Me sentí tentado a provocarla

solo para ver cómo respondería. Era una respuesta infantil, un mecanismo profundamente arraigado en mi ser que me hacía actuar de forma impropia. Algo dentro de mí me llevaba a tirar de las coletas cuando era niño y a burlarme de las chicas con aparatos y sujetadores de entrenamiento cuando llegué a la secundaria. En algún momento, esa necesidad se convirtió en algo un poco más visceral.

Me gustaban las chicas, y ahora me gustan las mujeres. Y había algo en Cecelia que sacaba al niño pequeño que llevaba dentro. Era como si no supiera cómo comportarme con ella, así que quería molestarla. Provocarla. Hacerla enfadar. Cualquier cosa para que me prestara toda su atención.

—Señorita Cecelia. —Comencé a hablar antes de que llegara al número diez, o lo que fuera que estuviera contando—. Es más que consciente de que estoy fuera de mi elemento aquí. Su agencia lo sabe, pero por algún vacío legal en el que mi hermana se amparó, tengo la custodia de Georgie hasta que se pueda localizar a su padre. Mire a su alrededor. No estoy orientado hacia los niños. Mis amigos no tienen hijos. Confío en su ayuda para superar esto. Así que no, no se me había ocurrido jugar con la bebé.

Tal vez si me ponía a su merced, ¿me miraría de nuevo? Me parecía muy atractiva la forma en que la luz se refractaba en sus ojos.

Ella soltó un suspiro. Supongo que había terminado de contar.

—No puedes ser tan desesperanzador como te estás haciendo parecer. He leído casi todo en el expediente de Georgie, y habrías sido un adolescente cuando nació su madre.

—No fui una parte integral de la infancia de Argene —admití—. Mis padres tenían fuertes opiniones sobre lo que abarcaban los roles de género. Pensaban que mi masculinidad se vería dañada si jugaba con un bebé.

Cecelia parpadeó varias veces. —¿Tu padre no jugaba contigo? ¿No cambiaba pañales?

—Definitivamente no. —Me reí.

Cecelia se levantó, se sacudió su curvilíneo trasero y luego cogió a la bebé. —Vale, enséñame el lugar. Veamos qué has logrado hacer.

E intentaré pensar en algunas formas rápidas de ponerte al día con lo de tener un bebé. —Me tendió a Georgie.

Miré fijamente a la bebé y luego dirigí la mirada hacia Cecelia.

Cecelia dejó escapar un suspiro exasperado. —Cógela. Necesitas vincularte con ella, no simplemente ser su cuidador.

Tomé a la bebé. Protestó. Nos miramos a los ojos. ¿Qué se suponía que debía hacer con este pequeño ser humano? Ella hizo el primer movimiento: me agarró y tiró de mi nariz.

—Ay. —Agarré sus manos y las aparté de mi cara.

Ella lloró.

—¿Ves? —me quejé—. Siempre es así.

—¿Siempre eres así? —preguntó Cecelia.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Estaba explorando tu cara. No te pareces a nadie que ella conozca.

—Me agarró la nariz.

—Sí. También me agarró la mía. Es algo que los bebés suelen hacer. Si te hace daño, debes ser suave.

Solté las manos de Georgie. Ella las puso de nuevo en mi cara. Esta vez, las pasó por la barba incipiente antes de ir a por mi nariz.

—¿Por qué siempre es la nariz? —hice una mueca.

—Suave —arrulló Cecelia. Apartó con cuidado las manos agarradoras del bebé de mi nariz.

Georgie miró a Cecelia, y luego a mí. En lugar de agarrarme la cara, me acarició como si fuera un perro o un gato.

—Alguien debe haberle enseñado eso. A dar palmaditas suaves. Debe haber tenido una mascota.

—Me siento como un gato o algo así —me quejé.

Georgie hizo algunos ruidos. Eran sus intentos de hablar. Nos llevó un tiempo, pero casi logró decir zumo de una manera que Wayne o yo podíamos reconocer. Estos eran sonidos diferentes a cualquier cosa que hubiera escuchado de ella anteriormente.

—¿Gatito? —dijo Cecelia.

Georgie repitió los sonidos.

—Debe haber tenido un gatito.

—No voy a conseguirle un gato —dije.

—Mejor no. Después de todo, no le has conseguido ningún juguete. ¿Por qué no me muestras lo que has logrado conseguirle? —dijo Cecelia.

—Viste la trona en la cocina. Déjame enseñarte el dormitorio.

—¿Conseguiste un cambiador? —preguntó Cecelia mientras me seguía por el pasillo.

—Conseguí un dormitorio entero para ella —dije. Abrí la puerta de la habitación de Georgie y me hice a un lado, permitiendo que Cecelia entrara primero.

Toda su cara se iluminó mientras miraba alrededor. —¿Lograste amueblar completamente una habitación infantil en dos días?

—No es mi estilo, pero eso no importa realmente. No tuve tiempo de pintar, y sentí que los muebles blancos iban bien con las paredes —dije.

Cecelia cruzó la habitación y abrió la cómoda. —Incluso conseguiste ropa.

—Tengo más encargada. Gasta ropa mucho más rápido de lo que esperaba.

—No compres en exceso. Georgie se quedará sin estas antes de lo que piensas. —Sonrió, y esta vez, era dirigida a mí.

El mismo impulso profundo que me hacía querer provocarla ahora se pavoneaba con la atención.

—Necesitas más pañales —dijo Cecelia mientras continuaba inspeccionando la habitación, abriendo cajones y arrastrando las yemas de los dedos sobre cada superficie, tocando todo.

Reprimí el impulso de gruñir y exigir que me tocara de la misma manera. Me acerqué por detrás e inhalé su aroma.

Se giró de repente. No me había dado cuenta de que me había acercado tanto. Ahí estaba ella. Su pecho rozó el mío mientras tomaba una respiración repentina y brusca. Mi mirada se dirigió a sus labios. Cada vez que intentaba pensar en cuáles eran mis intenciones, me encontraba mirando sus labios y preguntándome a qué sabría.

Bajé los párpados y me incliné hacia delante.

Georgie me agarró la nariz de nuevo y sus dedos presionaron mis ojos cerrados. Me estremecí y di un paso atrás. Mi reacción inicial

fue la de atacar, golpear manos. En cambio, envolví cuidadosamente los pequeños dedos de Georgie en mis manos. —Eh, cuidado, eso está unido.

Cecelia se apoyó contra el cambiador. Podía ver su pulso acelerado en el cuello, y sus pechos subían y bajaban con su respiración rápida. —¿Ves? Se te puede enseñar. —Rió nerviosamente.

Prefería mucho más su risa que su ceño fruncido.

8

CECELIA

Estaba sentada en el suelo con una película puesta en la televisión. Cómo me gustaría tener una mesa más grande que me permitiera extender mis materiales de scrapbooking. Necesitaba ver lo que tenía y poder acceder a ello mientras actualizaba y decoraba mi agenda.

Vivía pendiente de mi agenda. Me ayudaba a organizarme con las clases y asegurarme de no perderme ningún examen. Todavía adoraba mi agenda. Contenía todas mis notas de organización personal, como cuándo era el día de pago y cuándo tendría suficiente dinero para pagar mis facturas. También guardaba pequeñas anotaciones como aquella vez que pensé que Sterling Alexander iba a besarme.

Eso era para mí. No era un documentar-documentar-documentar para poder construir un caso contra él por ambiente laboral hostil, ni nada por el estilo. No, esa nota era para que yo supiera que alguien como él podía sentirse atraído por alguien como yo.

Me incliné y cogí un montón de libros de pegatinas. Estaba hojeando una colección de *Girl Boss* y frases de afirmación positiva cuando sonó un fuerte golpe en mi puerta.

—¿Qué demonios? —No esperaba a nadie—. ¡Un segundo! —grité mientras me desenredaba del desastre de mi sesión de

manualidades.

Volvieron a llamar a la puerta.

—Sí, sí, sí. He dicho que esperes. —El aire abandonó mis pulmones cuando abrí la puerta de golpe y vi a Sterling Alexander allí parado con pinta de superespía.

Estaba guapísimo, y me costó cada gota de mi comportamiento profesional no distraerme por lo atractivo que era ese hombre cada vez que me encontraba en su lujoso ático del centro de la ciudad. Sospechaba que era propietario del apartamento, y muy probablemente, del edificio entero. Pero ahora no estaba en el trabajo, y él llevaba un esmoquin.

Tragué saliva con dificultad e intenté hablar.

—Bien, estás en casa. —Entró de golpe con un portabebés en las manos. Georgie miraba a su alrededor con los ojos muy abiertos. Tenía un patito de peluche que mordisqueaba. Bien, al menos le había conseguido un juguete.

—Señor Alexander —conseguí articular con voz ronca—. ¿Qué hace usted aquí?

—Necesitas cuidar de Georgie. —Continuó adentrándose en mi pequeño espacio y miró a su alrededor—. Este sitio es un desastre. ¿Cómo se supone que vas a vigilarla? Has dejado unas tijeras en el suelo, ¿y tienes el valor de criticar mi casa?

Colocó el portabebés en el suelo en medio del salón.

—¿Tienes algo que puedas darle de comer? —Sacó una cartera del bolsillo interior de su chaqueta.

Seguía parpadeando en estado de shock. El hombre parecía un modelo de moda nupcial o algo así con su esmoquin, y continuaba hablando como si yo supiera lo que estaba pasando.

Empezó a sacar billetes del fajo de su cartera. Extendió el puño con un montón de billetes hacia mí. Con la otra mano, alcanzó la mía y la agarró. Sentí como si mil descargas eléctricas me pincharan la piel. Colocó el dinero en mi mano.

—Con esto deberías poder pedir algo a domicilio. No tienes pañales aquí, ¿verdad? —Examinó el área alrededor del portabebés de Georgie. Estaba cubierta de pegatinas, troquelados de papel,

barras de pegamento y washi tape, pero no había pañales ni biberones.

—Ah, dejé el bolso de los pañales en la limusina. Vuelvo enseguida.

Se marchó.

Georgie hizo un sonido alegre de risita, y la miré. Me sonrió. Era bueno verla contenta. Supongo que las cosas estaban mejorando en su casa.

Sterling volvió a entrar directamente, como si tuviera todo el derecho de ir y venir a su antojo por mi apartamento.

—Bolso de pañales —anunció mientras colocaba el bolso junto al portabebés.

—¿Qué está haciendo aquí? —Por fin recuperé el sentido.

—Necesitas...

—Eso ya lo ha dicho, pero no responde a mi pregunta. —Le miré fijamente, con mi comportamiento profesional de vuelta con más fuerza que nunca. Había dejado completamente de lado su evidente atractivo físico para verle como mi cliente. Dejé de mirarle como a un hombre atractivo y empecé a mirarle como a un cliente que no debería estar aquí.

—Tengo un evento esta noche. Necesitas cuidar de Georgie. Ese es tu trabajo, ¿no?

Solté un largo suspiro y sacudí la cabeza con amplios movimientos que casi me marearon.

—¿Cuántas veces tengo que decirle que no soy una niñera?

—Sí, lo sé. Pero cuando llamé a tu agencia para que enviaran a una niñera para cuidar de Georgie, me dijeron que tenía que ponerme en contacto contigo.

—Señor Alexander, Sterling, mi lugar de trabajo está cerrado. Lo está desde hace horas. Si les llamó, ¿por qué me entero yo ahora?

—No tengo tiempo, Cecelia. Cuida a la niña. Volveré tarde. Ya llego tarde tal como está la situación.

Se giró para marcharse.

—¿Adónde va? —exigí saber.

Se dio la vuelta y parecía que estaba considerando lo que dije, dándose cuenta de que no podía simplemente dejar a Georgie en mi

apartamento.

—Cierto. —Metió la mano en el bolsillo interior y sacó una postal doblada y me la entregó—. Aquí está toda la información.

A regañadientes, cogí la postal. Era roja y dorada, y antes de que tuviera la oportunidad de leer nada en ella, Sterling salió de mi apartamento y cerró la puerta tras él.

El descaro... el arrogante... ¿Cómo se atrevía? Dejé caer la postal y salí corriendo por la puerta tras él. El hormigón del exterior era áspero para mis pies descalzos. Bajé corriendo las escaleras e hice lo posible por cruzar el aparcamiento hasta donde estaba él, junto a una limusina que le esperaba.

Estaba desabrochándose la chaqueta y riéndose. Pude ver a alguien dentro del coche esperándole. Se deslizó dentro del coche.

—¡Espere! —grité mientras él se inclinaba para agarrar la manilla de la puerta.

Hizo una pausa y me miró.

Le miré fijamente a él y a la mujer sentada a su lado. Era impresionante, con mucha joyería cara, maquillaje ahumado y un vestido rojo de diseñador. Se me encogió el estómago. Iba a tener que poner una pegatina sobre mi pequeña nota de memoria de que este hombre había intentado besarme. Ese era un recuerdo que era mejor olvidar.

—¿Acaba de dejar sola a la niña? —preguntó la mujer.

—Está en su sillita, no va a ir a ninguna parte. Y ahora mismo, tú tampoco deberías —gruñí.

—Podemos hablar de esto más tarde, Cecelia. Me están esperando, y llegamos tarde —me reprendió Sterling.

—Podemos hablar de esto ahora —dije—. ¿Cómo has averiguado siquiera dónde vivo?

—Vuelve adentro, Cecelia. Te compensaré por tu tiempo.

—¿En serio? ¿Crees que esto es por dinero? Sterling, simplemente no puedes presentarte así y esperar que cuide de Georgie porque tienes que ir a una fiesta.

—No es una fiesta. Vuelve adentro. No tengo tiempo para esto.

Cerró la puerta de golpe. Tuve que saltar hacia atrás para evitar que mis dedos quedaran atrapados en la puerta o que la limusina

me pasara por encima de los dedos del pie.

—¿Pero qué demonios? —grité mientras se alejaban.

Crucé el aparcamiento con cuidado, las pequeñas piedras clavándose en la planta de mis pies mientras caminaba cojeando. No podía creer la arrogancia de ese hombre al dejar a Georgie así sin más. Como si yo estuviera preparada para cuidar de su hija. ¿Era algún tipo de venganza porque la agencia para la que trabajaba básicamente le hizo lo mismo cuando se la dejaron a él?

—¿Qué es esto, pequeña? —le pregunté a la bebé cuando volví dentro. Protestó y pataleó. No la culpaba. Yo tampoco querría estar atada a una sillita.

Lancé una mirada a mi desorden. No era seguro sacarla. Y de todas formas, ella no debería estar aquí. No es como si me hubiera llamado para planificar que yo la cuidara. No se suponía que debía hacer ese tipo de cosas, pero honestamente, si me lo hubiera pedido, lo habría hecho. Pero ¿esto? Esto no estaba bien.

Con un resoplido y un gruñido, empecé a recoger mis cosas. —Necesito asegurarme de que no puedas alcanzar nada peligroso —le dije a Georgie.

Empezó a quejarse más, y luego puso una cara, y... Suspiré. Necesitaba un cambio de pañal. Cogí la bolsa y comencé a revisarla. Todo era nuevo y seguía envuelto en plástico y en sus envases originales. Me dio la impresión de que era una de esas bolsas de pañales prellenas. Tenía todo lo que debería tener, incluidos los pañales. El primero que saqué era para un bebé recién nacido. Era demasiado pequeño para Georgie.

Seguí buscando y sacando más pañales. Había una pequeña colección de pañales de diferentes tamaños. Encontrando uno que pensé que le quedaría bien, preparé todo antes de sacar a Georgie de la sillita.

—Vale, cariño, es hora de cambiarte. Y luego creo que tendremos que ir a averiguar qué se cree que está haciendo el tío Sterling. Puede que mi tiempo no le parezca importante, pero es mi tiempo. Y por muy adorable que seas, no eres mi responsabilidad. No es que no quiera pasar la tarde jugando contigo. Tenía planes, aburridos y solitarios planes con pegatinas y mi agenda, e iba a haber vino y

helado más tarde. Se trata más de establecer límites. Solo porque tu tío sea guapo y rico, no significa que pueda salirse con la suya.

Ella gorjeó.

Lo tomé como una señal de acuerdo.

9

STERLING

—Ahora vuelvo —le dije a Katherine, mi acompañante de la noche. La dejé charlando con Maurice Hunt para ir en busca de más champán. Maurice me había abordado temprano, asegurándose de conseguir una promesa financiera del patrimonio Alexander. Solo que yo aún no había accedido a nada. Había un juego que debía jugarse. Reglas de compromiso, por así decirlo. Existía cierto nivel de conversación que debía mantenerse, quizás incluso una presentación a la que asistir. Parecía de mal gusto sacar el talonario y hacer mi contribución antes de que empezaran todas las festividades. Afortunadamente, esta noche no había un escenario con atril para discursos. Esta noche se trataba solo de charlas y hacer contactos.

Katherine sonrió y dejó que su mano se deslizara por mi brazo antes de agarrar mis dedos y apretarlos. Hasta ahora, exceptuando la confusión y la ligera incomodidad relacionada con que Cecelia cuidara de Georgie, lo estaba pasando estupendamente. Katherine había dejado muy claro que esperaba volver a casa conmigo cuando termináramos aquí.

¿Podría dejar a Georgie con Cecelia toda la noche? No creía que eso fuera una opción. Después de todo, Cecelia no parecía estar de acuerdo con la idea, de todas formas. Así que, agilizar esta velada

parecía una buena idea. De ese modo, aún podría presumir de mis habilidades de baile y hacer girar a Katherine por la pista, llevarla de vuelta a casa para una seducción apropiada, y regresar a casa de Cecelia a tiempo para recoger a Georgie antes de medianoche.

Hubo un pequeño alboroto a mi izquierda, pero siempre alguien se emborrachaba en estos eventos. Especialmente si habían tenido una hora feliz privada en su limusina de camino hacia aquí. Tener mucho dinero no siempre significaba que la gente supiera comportarse adecuadamente. Como si el dinero excusara decisiones desastrosas, como llegar achispado a un baile benéfico. Se suponía que este era un evento elegante, una recaudación de fondos para los amigos del museo infantil. Y como tal, aquellos con bolsillos profundos estábamos invitados.

Ignorando el alboroto, me acerqué con paso despreocupado hacia Maurice y Katherine, con la intención de hacer una promesa económica que o bien convertiría a Maurice en mi mejor amigo durante el resto de la velada o me lo quitaría de encima. Esperaba que fuera lo segundo.

—¿Qué está pasando allí? —preguntó Katherine mientras le ofrecía la copa que le había traído.

Eché un vistazo por encima de mi hombro y me encogí de hombros. No lo sabía ni me interesaba particularmente.

Justo entonces, un par de mujeres ruidosas pasaron junto a nosotros cuchicheando sobre la madre de un hijo de alguien y sobre cómo las jóvenes de esta generación actual no tienen sentido del decoro. Negué con la cabeza. Si había una situación de madres de hijos ajenos, probablemente tenía más que ver con las mentiras que la pobre chica se había creído que con cualquier otra cosa. Seguramente, algún tipo hizo promesas y se olvidó de contarle a su esposa que había dejado embarazada a su amante, o no cumplió con los pagos de manutención. De cualquier manera, no era algo a lo que pretendiera prestar atención.

Estaba aquí para contribuir y divertirme mientras lo hacía. Los cotilleos no eran lo mío.

Los dedos de Katherine se clavaron en mi brazo. —Sterling — siseó mi nombre entre dientes apretados.

—Katherine, ¿qué ocurre? ¿Estás bien?

—Es esa mujer —dijo. Su mano se tensó sobre mi brazo.

—¿Qué mujer? —Me giré para mirar hacia la zona donde se estaba produciendo el alboroto. Cecelia venía como una tromba hacia mí con Georgie en su silla portabebés colgando de su mano—. Mierda.

—Dijiste que era tu niñera. No está actuando como una niñera, Sterling. ¿Hay algo que necesites contarme?

No me gustó el tono de su voz. Me estaba acusando de no ser sincero. Eso no me agradaba mucho, especialmente después de que ya había bromeado sobre que la situación parecía un poco demasiado extraña para ser real.

Solté un largo suspiro. —No estoy seguro de lo que estás insinuando, y no sé por qué está aquí. Disculpa —dije. Me ajusté la chaqueta y me dirigí hacia Cecelia. Fuera lo que fuese lo que pensaba que estaba haciendo, tenía que parar ahora mismo.

—Necesita irse —dije al acercarme a ella.

Se detuvo en el borde del espacio entre las mesas y la pista de baile. Me fulminó con la mirada y me tendió la silla del coche.

—Coja a Georgie y váyase a casa. Discutiremos esto más tarde.

—No, señor Alexander, no lo haremos. Podemos hablar de esto ahora mismo delante de todo el mundo, o...

Cogí la silla del coche con una mano y con la otra agarré el brazo de Cecelia. La alejé del centro del evento hacia la pared del fondo. No íbamos a hacer esto con público.

—Quíteme las manos de encima. —Cecelia se retorció bajo mi agarre. Era suave, y mis dedos se clavaron más profundamente en su brazo—. Me está haciendo daño.

Aflojé mi agarre. Mi intención no era lastimarla, solo moverla.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté—. Dije que volvería más tarde.

—No sé qué cree que es mi trabajo, señor Alexander, pero no soy la canguro de Georgie ni su niñera. Se ha extralimitado.

—Me he extralimitado. Culpa mía. Estoy en medio de algo aquí. Entonces, ¿volverías a llevarte a Georgie? Te daré la llave del ático.

Puedes llevarla allí donde están todos sus juguetes, y podemos discutir esto cuando regrese.

—Sigue diciendo eso, pero no creo que realmente esté escuchando nada de lo que digo.

—Sterling, ¿quieres contarme qué está pasando realmente aquí? —Katherine se unió a nosotros, con una expresión tensa en su rostro.

No iba a estar contento si el pequeño numerito de Cecelia se interponía en mis planes.

—¿Es cierto lo que sigo escuchando? ¿Eres la madre del bebé? —preguntó Katherine.

Cecelia dejó escapar un resoplido bastante poco femenino por la nariz. —¿Qué? ¿Estás de broma?

—Katherine. —Intenté mantener la voz baja—. Te dije que es de la agencia.

—No soy la madre de Georgie. ¿No te contó sobre el bebé en la limusina? Quiero decir, estabas allí cuando la abandonó conmigo.

Me di la vuelta y miré con ira a Cecelia. —No abandoné a Georgie contigo. Te la dejé para que la vigilaras durante la noche.

—Eso no es algo a lo que yo accediera, por lo tanto, abandono infantil —replicó Cecelia.

—¿Por qué está ella aquí, entonces? —preguntó Katherine.

—Estoy aquí porque Sterling cree que puede hacer lo que le dé la gana. Y no soy un subordinado al que pueda dar órdenes.

Katherine miró a Cecelia mientras hablaba. Una mueca de desprecio afeaba su hermoso rostro, como si estuviera mirando algo desagradable. Intenté ver lo que ella veía cuando miraba a Cecelia. Solo que yo no veía a alguien que mereciera esas muecas.

La ropa de Cecelia, aunque perfectamente razonable en cualquier otro momento, no era apropiada justo aquí y ahora, como un grano en la frente de una reina de la belleza el día del concurso. Sus vaqueros resaltaban sus curvas, y su camisa era un poco demasiado ajustada en el pecho. A mí me parecía encantadora.

Katherine obviamente pensaba lo contrario. Se volvió hacia mí antes de hablar. —Necesitas ocuparte de tu empleada. No me

importa realmente lo que tengas que hacer, pero esto es vergonzoso.

—No trabajo para él —espetó Cecelia.

Katherine apenas miró a Cecelia antes de fijar sus ojos en los míos. —Ocúpate de esto, Sterling, y deshazte de la niña, o llamaré a un coche para que me lleve a casa.

Entrecerré los ojos mirando a Katherine. No me gustaba cómo se estaba comportando con Cecelia. No era fan de que Cecelia estuviera allí, pero lo estaba, y tenía que lidiar con ello. La amenaza inútil de Katherine encima de todo lo demás estaba mal sincronizada. En ese preciso momento, no estaba centrado en si vería su vestido rojo en mi suelo esta noche. Estaba un poco más preocupado por cómo rectificar la situación con la que ahora me veía obligado a lidiar.

—No hagas eso, Katherine. No es necesario llamar a un coche —dije con calma.

—Bien —cruzó los brazos y nos miró por encima de la nariz a Cecelia y a mí como si esperara que actuáramos para ella.

Coloqué con cuidado el portabebés de Georgie en el suelo. Fue la primera vez que me di cuenta de que la bebé estaba plácidamente dormida. Al menos una de nosotros no se inmutaba por todo lo que estaba ocurriendo.

—Cecelia, por favor, llévate a la bebé. Estoy en una cita y necesito que cuides de Georgie por mí.

—No puedo —comenzó Cecelia—. Quizás si me hubieras hablado antes de esto...

—Sí, puedes. Y lo harás —Katherine cogió el portabebés y se lo empujó a Cecelia. El movimiento fue brusco y nervioso.

Georgie empezó a llorar.

—¿Ves lo que has hecho? La mocosa está llorando, y tú tienes que irte. Cógela y vete —dijo Katherine.

No me gustaba ver a Georgie angustiada, especialmente cuando ella no tenía nada que ver con todo esto.

—Katherine —gruñí.

Cecelia había vuelto a colocar el portabebés en el suelo y se arrodilló junto a él, tratando de consolar a Georgie.

—¿Está todo bien por aquí? —Robin Johnson, copresidente del evento junto con Maurice, se unió a nosotros con calma como si simplemente estuviéramos charlando sobre el tiempo.

10

CECELIA

Estaba allí para dejar las cosas claras, y mientras todos hablaran por encima de mí y no escucharan nada de lo que decía, el mensaje se perdía. Georgie estaba disgustada, y yo parecía ser la única a quien le importaba. Quizás esta no había sido una de mis decisiones más inteligentes.

La cita de Sterling era un despreciable ejemplo de esnobismo. Aunque, a decir verdad, yo era invisible para alguien como ella. Formaba parte de la población trabajadora y estaba por debajo de su consideración. Lo que sea. No necesitaba que se entrometiera en mi intento de conversar con Sterling. Y realmente no necesitaba que alterara a la niña.

Desabroché a Georgie y la saqué de la sillita. Hice todo lo posible por calmarla. Mientras cuidaba de la pequeña, una señora mayor se acercó y comenzó a hablar en voz baja. Mi intento de hacer que Sterling entendiera que no podía dejar a Georgie conmigo jamás llegaría a buen puerto.

Por la inicial mirada de triunfo en el rostro de su acompañante, supuse que me echarían del evento en cualquier momento.

La señora mayor se volvió hacia mí con una sonrisa. La cita arrugó la cara, frunció los labios y literalmente gruñó. No estaba segura de lo que estaba pasando. Georgie sollozó y se calmó, pero

ahora estaba completamente despierta y mirando todas las luces brillantes y colores que nos rodeaban.

—¿Hablas en serio? —dijo la cita—. Ya está, voy a llamar a un coche.

—Katherine, no llames a ningún coche —dijo Sterling. Sonaba exhausto.

—No creo que puedas decirme nada que me haga cambiar de opinión sobre marcharme.

Sterling negó lentamente con la cabeza.

—No intento hacerte cambiar de opinión. No llames a un coche. Llévate la limusina.

—¿Qu...? —Su voz sonó estridente al principio antes de bajarla a un susurro—. ¿Qué crees que va a pasar aquí, Sterling? Esta velada está arruinada.

Él asintió.

—Sí, lo sé. Llévate la limusina. Yo cogeré un coche. No deberías sufrir más molestias.

—No pienses que esto significa que puedes llamarme después —dijo antes de girarse con un dramático movimiento de pelo y alejarse furiosa.

—Qué niña tan encantadora —dijo la mujer mayor como si el drama del momento anterior no hubiera ocurrido justo delante de ella. Extendió las manos para coger a la pequeña—. ¿Puedo?

Le entregué a Georgie.

—No he tenido en brazos a un bebé desde que mis nietos eran pequeños. Es tan preciosa —arrulló a Georgie—. ¿Cómo se llama?

—Se llama Georgie —respondí antes de que Sterling tuviera oportunidad.

—No sabía que tenías una niña —continuó arrullando con el mismo tono de voz. La gente siempre hablaba de forma extraña alrededor de los bebés. Yo no era diferente.

Sterling se aclaró la garganta.

—No es mía.

La mujer mayor dejó de balancearse de un lado a otro y dirigió una mirada neutral a Sterling. Reconocí una mirada de desaprobación cuando la veía.

—Es la hija de mi difunta hermana. Solo tengo la custodia temporal. Robin, te pido disculpas por lo que ha ocurrido —empezó Sterling.

—Creo que vosotros dos necesitáis hablar sin interrupciones adicionales. Me llevaré a Georgie, y vosotros id a bailar y a hablar.

Robin se alejó con Georgie en brazos.

—Bien —dije mientras Sterling me agarraba del brazo otra vez.

Colocó su brazo alrededor de mi espalda y comenzó un baile lento y giratorio. Me llevó un momento darme cuenta de que estaba valseando conmigo. Una vez que comprendí lo que estábamos haciendo, dejé de tropezar con mis pies y comencé a bailar.

—Has arruinado mi cita —dijo con tono severo.

Estar tan cerca de él, incluso con él enfadado así y yo enfadada con él, seguía confundiendo a mi cuerpo. No debería haber sentido mariposas en el estómago, y mi pulso no debería haberse acelerado.

—Aunque no tenía intención de arruinar tu cita, necesitaba hacerte entender mi punto. No es mi culpa que dejaras a Georgie sin avisar o que tu cita no fuera comprensiva.

—¿Qué se suponía que debía hacer con ella? —preguntó Sterling.

—No lo sé, era tu cita.

—Me refiero a la niña —gruñó.

—Vamos, Sterling, eres un hombre inteligente. No estarías donde estás hoy si no lo fueras. Y estoy segura de que tu mayordomo, asistente, Wayne, también es un hombre inteligente. De alguna manera, creo que si vosotros dos hubierais dedicado algo de pensamiento a la situación, podríais haber encontrado una solución.

—Llamé a la agencia —dijo Sterling.

Bailaba bien. Casi lo odiaba por ello. Moverse tan suavemente por la pista en sus brazos no debería haber sido tan agradable. Pero lo era, y me gustaba demasiado. Estábamos tan cerca que era difícil mantener el contacto visual. No podía evitar mirar su boca.

—No trabajo para ninguna agencia de personal.

—Me dijeron que tú me ayudarías. Que debería preguntarte a ti —dijo.

Suspiré. Él no quería hacer el trabajo duro, así que interpretó eso como que yo cuidaría de la niña.

—No querían decir que yo cuidaría de Georgie. Querían decir que me preguntaras cómo encontrar una niñera. Por cierto, ¿cómo descubriste dónde vivo? ¿Te lo dijo la oficina?

Si alguien en el trabajo le había dicho dónde vivía, iba a montar un escándalo. Esa era información que no deberían estar compartiendo.

—Me estaba quedando sin tiempo —prácticamente gruñó—. Wayne hizo una búsqueda inversa o algo así. Consiguió tu dirección por internet.

—Mira, lo entiendo, cuidar de Georgie es más complicado de lo que esperabas. Pero tomar atajos que interfieren con otras personas, que interfieren con mi vida, no va a ayudar. Quizás habría estado disponible para ayudar esta noche si me lo hubieras pedido. Pero no lo hiciste. No puedes hacerme esto. No lo voy a tolerar. Georgie es tu responsabilidad, no la mía.

—Me he extralimitado —admitió.

—Gracias por reconocerlo. —Ambos permanecimos en silencio durante mucho tiempo después de eso. El viento se había escapado de mis velas indignadas. Decir que se había extralimitado era quedarse muy corto. Nunca conseguiría una disculpa de un hombre como Sterling Alexander. Una admisión de la acción era lo mejor que iba a obtener.

Apretó sus brazos a mi alrededor, y apoyé mi cabeza en su hombro. Esto era demasiado cómodo, demasiado emocionante.

—Tener a Georgie en mi vida ha sido más difícil de lo que podría haber anticipado.

No dije nada, dejando que hablara.

—No estaba preparado. Nada podría haberme preparado para enterarme de la muerte de Argene. Era tan joven y llena de vida. Era mucho más joven que yo. No tenía idea de que tuviera una hija. Solo estoy dispuesto a admitir que no sé lo que estoy haciendo porque es completamente obvio.

Sus palabras eran murmullos bajos y suaves contra mi mejilla. Quería inclinarme hacia él. Cualquier cosa para acercarme más y dejar que esos susurros de aliento se convirtieran en roces de sus labios contra mi piel. No podía, no debería estar pensando estos

pensamientos que tenía sobre él y sus labios y mi cuerpo. Necesitaba ser profesional.

—Sé que tener a Georgie es difícil. Si es demasiado, necesitas hacérmelo saber. Lo ideal sería que ella se quedara contigo, pero si no puedes, si no eres capaz de cuidarla, tienes que decírmelo. Piénsalo durante el fin de semana. Podemos encontrar una situación de acogida para ella hasta que se localice a su padre biológico.

—¿Qué sucede si no se le localiza? —Su voz era áspera.

—Será colocada con una agencia de adopción. No es lo que su madre quería, pero si es lo mejor para la niña, es lo que debemos hacer.

Dejó de bailar y me miró con ceño fruncido. Sus brazos me enjaulaban. —No.

—Créeme, es mejor que la críen personas que quieran tenerla cerca, y no alguien que la considera una carga. —Me aparté de su abrazo y miré alrededor para ver si podía encontrar a la mujer con Georgie. Estaban sentadas en una mesa. Georgie tenía el pendiente de la mujer medio en la boca, medio en los puños. La mujer sonreía y tenía toda su atención en la bebé. Estaban bien.

Puse mi mano en el pecho de Sterling. Él envolvió su cálida mano sobre mis dedos, y de alguna manera sentí ese contacto en mi interior. Se me secó la garganta. Toda esta situación era difícil.

—Buenas noches, Sterling. Te veré en unos días. Tenemos otra cita, a menos que quieras que asignen a otra persona a tu caso.

—No. —Su pulgar se deslizó de un lado a otro sobre el dorso de mi mano—. No necesito que asignen a otra persona a mi caso. Te veré.

Me alejé caminando. Cuando irrumpí en la fiesta antes, me pareció tan obvio que eso era lo que tenía que hacer. Pero esto se sentía incorrecto. Dejarlo así parecía incorrecto. Me detuve en el mostrador del aparcacoches al salir.

—¿Podría llamar un coche para el señor Alexander? Saldrá pronto —pedí mientras entregaba el ticket de mi coche.

Saqué uno de los muchos billetes de veinte dólares de mi bolsillo y esperé.

—Gracias. —Le entregué la propina mientras el aparcacoches me sostenía la puerta abierta. Miré por encima de mi hombro, tratando de ver si podía echar un último vistazo a Sterling en esmoquin antes de irme. No lo vi. Había demasiada gente entre nosotros.

11

STERLING

Allí parado en medio de la pista de baile con parejas balanceándose a mi alrededor, mientras veía alejarse a Cecelia, me di cuenta de varias cosas a la vez.

Fracasar no era una opción, y en ese momento estaba fallándole a Georgie. Estaba fallándole a la memoria y confianza de mi hermana. Argene había querido que yo cuidara de Georgie. Yo. Me había nombrado específicamente. No era una petición cualquiera de enviarla con la familia, sino una solicitud específica de que fuera yo quien se ocupara de Georgie si algo le ocurriese a Argene y no se localizara al padre.

Pero el nombre del padre de Georgie no había sido facilitado. ¿Estaba Argene manteniéndola alejada de él? ¿Necesitaba proteger a la niña de su otra familia? No podría protegerla si la ponían en acogida.

No iba a permitir que eso ocurriera.

Observé cada paso ondulante de las caderas de Cecelia hasta que desapareció de mi vista. Ni siquiera había mirado a Katherine cuando abandonó la fiesta. Ni siquiera me sentía decepcionado de que Katherine ya no fuera a venir a casa conmigo o de que ya no fuera una opción para futuras interacciones potenciales. Pero sentía una sensación de pérdida con la marcha de Cecelia.

Escaneando rápidamente el evento, localicé a Robin y a Georgie y me dirigí hacia ellas.

—¿Has encontrado solución a tu pequeño triángulo amoroso? —preguntó cuando me acerqué a la mesa. Inclinó la cabeza, y tomé asiento junto a ella.

—Difícilmente un triángulo amoroso. La he fastidiado.

Robin apartó su atención de Georgie para lanzarme una mirada perpleja.

—¿Perdón? ¿Sterling Alexander acaba de admitir que no es perfecto?

Me reí, liberando la tensión de mis hombros. Robin Johnson me conocía mejor de lo que yo le había dado crédito.

—Se te da de forma natural —dije señalándola a ella y a Georgie.

—He tenido hijos y nietos. Y crié a mis hijos. No tenía niñeras las veinticuatro horas. Aprendí. Tú también puedes aprender. Lamento enterarme del fallecimiento de tu hermana.

—¿Conocías a Argene? —pregunté.

—No exactamente. Pero la había conocido una o dos veces, cuando tu madre aún estaba con nosotros.

Robin era de dinero antiguo, familia antigua. Y conocía a mis padres y, por extensión, éramos lo suficientemente amistosos. Lo suficiente como para que me sintiera cómodo pidiéndole consejo.

—¿Cómo se supone que debo aprender? —me acomodé en la silla y estiré las piernas bajo la mesa. Georgie parecía contenta. Lo estaba cuando se encontraba con otras personas.

—Mmm —murmuró Robin. Parecía estar pensando—. Bueno, yo tuve ayuda. Mi madre, mi abuela y prácticamente cualquiera que pensara que estaba haciendo algo mal.

Me encogí de hombros.

—Desafortunadamente, mi madre ya no está con nosotros. Pero incluso si lo estuviera, no creía que los hombres criaran a los niños. Ese era el papel de la mujer en la familia.

—Bueno, tus padres eran de una generación anterior. Los tiempos han cambiado. ¿Quién era esa joven? La que trajo a Georgie esta noche.

—Es mi trabajadora social —dije secamente. Al menos creía que seguía siéndolo.

Robin asintió.

—Ah, creo que entiendo. Necesitas asistir a algunas clases de crianza.

—¿Existen? Tengo algunos libros.

Georgie bostezó y se frotó los ojos con sus diminutos puños.

—Necesitas llevar a esta adorable bebé a casa mientras siga siendo adorable y no se ponga quisquillosa. El lunes por la mañana, llama a la oficina de Maurice y habla con su asistente. Ella podrá encontrarte algunas clases.

Levanté las cejas en una pregunta no formulada.

—El museo infantil se dedica completamente a la educación y divulgación. Ella tiene los recursos para encontrar lo que necesitas. Llama —Robin cogió a Georgie en brazos mientras se ponía de pie.

Presionó sus labios contra el cabello de la bebé y murmuró mientras yo preparaba la silla del coche. Besó a Georgie una última vez antes de colocarla en el asiento. Mientras abrochaba a Georgie, Robin me agarró del brazo y me lo apretó. Un coche nos esperaba cuando salí. Se quedó dormida durante el trayecto a casa.

Tenía todo un fin de semana a solas con la bebé. Wayne preparó las comidas, pero seguía siendo yo quien alimentaba y cambiaba a la bebé.

Fue como si un interruptor se hubiera activado en mi interior. De alguna manera estaba más sintonizado con las necesidades de Georgie. Podía interpretar mejor sus señales. No iba a comprarle un gato, pero sí encargué un juguete de peluche con forma de gato.

Cuando llegó el juguete y se lo di, todo su cuerpo tembló mientras reía y se retorcía. Abrazó el juguete entre sus pequeños brazos y mordió una de las orejas. Estaba feliz y ya no estresada porque yo no supiera lo que estaba haciendo.

Seguía sin saber lo que hacía, pero tenía algo más de experiencia con ella. Y no iba a defraudar a esa niña.

Fueron un par de días largos antes de que llegara el lunes. Necesitaba llamar a la asistente de Maurice, y necesitaba que Cecelia viniera para nuestra cita. No estaba acostumbrado a tener

que esperar a la gente. Si estaba listo para empezar un proyecto, tendía a lanzarme y empezar sin importar la hora del día o la noche. Georgia no era un problema técnico para el que necesitara encontrar una solución. Tenía que esperar a las personas y recursos que me iban a ayudar.

No podía decir que las mañanas se hubieran convertido en una rutina que todos hubiéramos dominado. Pero no era ni de lejos la lucha que había sido incluso cuatro días antes. Y había menos lágrimas involucradas. Tenía a Georgie en su trona. Wayne tenía la papilla de avena tibia lista para ella, y yo tenía una taza de café caliente. No estaba vestido para el día, Georgie solo llevaba un pañal, pero lo estábamos haciendo. Estábamos resolviéndolo.

El conserje llamó y, un momento después, Wayne anunció:

—La señorita Cecelia viene de camino. ¿Quiere tomarse un momento para prepararse para su invitada?

Negué con la cabeza. No me importaba que Cecelia me viera en chándal y camiseta. No era una visita social, y no estaba tratando de impresionarla. Continué metiendo papilla en la boca de Georgie, que consiguió esparcirla por todas partes.

—Señorita Cecelia, señor Sterling —Wayne nos presentó mientras la guiaba hasta la cocina.

—Ha llegado temprano —dije—. ¿Quiere café?

—Gracias —respondió Cecelia mientras tomaba asiento. Tenía un aspecto severo esta mañana. Llevaba un traje gris con una camisa rosa lisa. Su cabello estaba recogido en un moño en la nuca. Realmente era una mujer preciosa, incluso vestida para los negocios —. ¿Ha pensado en lo que le mencioné la otra noche?

Ella creía que estaba aquí para llevar a Georgie a un hogar de acogida. Eso no iba a suceder.

—Sí. Tuve una conversación con Robin Johnson después de que usted se marchara.

Cecelia frunció el ceño.

—La mujer que apareció como una abuela. Me dio algunas indicaciones.

—¿Usted acepta indicaciones? —la voz de Cecelia sonó mordaz.

—Qué graciosa —reconocí su sarcasmo arqueando mis propias cejas—. Acepto indicaciones. He comprado todo lo que me dijo. Y, créalo o no, incluso sé cómo pedir ayuda. Que es lo que estoy haciendo ahora mismo. Los libros que me sugirió tienen buena información, pero no me ayudan realmente con el aspecto práctico de todo esto. Y como puede ver, Georgie es una niña muy práctica.

Tenía un puño lleno de papilla e intentaba mordisquear su mano.

—Tengo entendido que hay cursos para padres. Necesito ayuda para localizarlos y matricularme. Además, voy a necesitar un poco más de orientación para el día a día.

Cecelia me miró fijamente durante un largo momento.

—Su café, señorita —Wayne colocó una taza frente a Cecelia.

Su mirada cayó sobre la taza y la observó durante aún más tiempo—. ¿Qué le ha hecho decidir quedarse con ella? —la voz de Cecelia sonaba queda.

—No quedarme con Georgie no es realmente una opción. Es familia, y no es su culpa que yo no sepa cómo cuidarla. Pero soy el adulto aquí, y es mi responsabilidad. Es la hija de mi hermana. Se lo debo a ambas, a Georgie y a Argene, hacer lo mejor posible. Se queda conmigo hasta que se localice a su padre.

Cecelia levantó la mirada para encontrarse con la mía. Las lágrimas se acumularon contra sus párpados inferiores y su labio tembló.

Parpadeó varias veces antes de limpiarse la cara—. Me alegra mucho oír eso.

Extendí el brazo y coloqué su mano sobre la mía. Una calidez se extendió por mi brazo. Ella comenzó a reír con alivio—. Me alegra mucho que se quede con ella. La echaría de menos.

La forma en que la mirada de Cecelia estaba fija en la mía, y la calidez que fluía entre nosotros donde nuestras manos se tocaban, parecía como si estuviera diciendo que me echaría de menos a mí. Quizás solo era mi ego hablando.

12

CECELIA

Sterling no tenía ni idea de cómo criar a un niño, pero eso no le convertía en mala persona. Necesitaba cambiar mi actitud crítica. Estaba haciendo juicios morales cuando no eran apropiados debido a mi pasado. El hombre necesitaba educación, y parte de mi trabajo para hacer que su familia funcionara era ayudarle con esa educación.

En lugar de eso, pasé mi primera semana enfadada porque alguien pensó que dejar a un bebé a cargo de un hombre como él era una buena idea. Pero si no lo hubieran hecho, no estaría saliendo con él y Georgie. Hoy era día de entrenamiento. No tenía ni idea de cómo enseñarle a ser padre. Así que le estaba mostrando lo que yo creía que haría si tuviera un hijo.

La puerta del ascensor se deslizó y se abrió. Como de costumbre, Wayne estaba esperando para escoltarme dentro.

—Buenos días, señorita Cecelia.

—Buenos días, Wayne. ¿Está todo el mundo listo?

—Si por todo el mundo se refiere al señor Sterling y la señorita Georgie, aún están preparándose.

—¿Tú no vienes con nosotros? —Mis entrañas se tensaron un poco. ¿Estaba nerviosa por si decía que sí o que no?

—¿Yo? Por supuesto que no. Mis obligaciones me mantienen aquí.

Juro que le vi estremecerse como si ir al zoo fuera algo desagradable. Me condujo hasta el salón. Hace unos días, no había forma de saber que vivía un niño aquí. Ahora, era imposible pasarlo por alto. Flotadores de piscina de espuma estaban cortados a medida y envolvían las esquinas de las mesas y paredes. Algunos juguetes blandos estaban esparcidos por ahí. Una manta de cuadros rosa estaba extendida en el suelo. Georgie estaba sentada en el centro, rodeada de cubos de tela y algunos animales de peluche. Llevaba un body de algodón con un vestido amarillo por encima. Ya tenía puesto un gorro de pescador a juego con un lazo atado bajo la barbilla para mantenerlo en su sitio.

Yo también vestía de amarillo. Casi íbamos conjuntadas, solo que yo no llevaba un gorro de pescador atado bajo la barbilla.

Sterling estaba en el suelo junto a ella. Él no estaba listo, aún vestido con los pantalones suaves de cuadros y la camiseta con los que supuse que había dormido. Me aseguré de mantener mis ojos en su rostro o mi atención en la bebé. Aunque ella parecía contenta jugando en su manta, él no se veía feliz mientras luchaba con un conjunto de tubos grises y negros. Al principio, pensé que podría ser una aspiradora, pero cuando vi las ruedas, deduje que era un cochecito.

—Pensaba que esas cosas venían ya montadas —dije mientras dejaba mi bolso y levantaba a Georgie—. Vaya, estás ganando peso.

—Es un bebé. No la avergüences por estar gorda —refunfuñó Sterling.

Me reí.

—Difícilmente la estoy avergonzando por su peso. Los bebés deben ser regordetes. Es bueno que esté ganando peso. Significa que la estás alimentando bien. —Me senté y la puse sobre mi rodilla, comenzando a mover el pie arriba y abajo.

—Creo que la estoy alimentando —dijo Sterling. No levantó la vista de su tarea—. Pero no puedo decir si algo está entrando realmente. Hay más comida esparcida por ella, la trona y el suelo que con la que empezamos.

—Bueno, sea lo que sea que estés haciendo, al menos está funcionando. Entonces, ¿qué está pasando aquí? —pregunté.

—Requiere cierto montaje. —Sterling extendió la mano y golpeó una caja grande con la imagen de un cochecito—. Mienten. Es todo montaje.

—Normalmente no recomendaría gastar más dinero, pero ¿por qué no metes todo eso de vuelta en la caja y vamos a una tienda de bebés para comprar algo que ya esté montado? —sugerí.

Me miró e inclinó ligeramente la cabeza hacia un lado.

—¿No había quebrado esa empresa?

—Ah, sí, la gran cadena lo hizo. Pero tiene que haber alguna tienda local a la que podamos ir.

—Suelo pedir todo por internet. Así es como conseguí todo lo demás. Bueno, excepto la trona. Esa vino de un hipermercado, y también requirió montaje.

Levanté a Georgie de mi rodilla y la volví a colocar sobre la manta. Con un suspiro, saqué mi móvil y empecé a buscar tiendas de artículos para bebés en la ciudad. Encontré una que parecía prometedora.

Marqué su número de teléfono y esperé hasta que alguien contestó.

—Hola, ¿tenéis cochecitos o solo vendéis ropa? —pregunté tan pronto como la persona al otro lado de la línea terminó su presentación.

—No, lo siento. Somos una boutique de ropa. Tenemos algunos juguetes. ¿Ha probado en Hand Me Downs? Suelen tener cochecitos.

Llamé al lugar recomendado, y la señora que trabajaba allí me aseguró que tenían varios cochecitos en existencia.

—Vale —le dije a Sterling—. Podemos ir a esta tienda, Hand Me Downs, y comprar un cochecito. Aunque no sea exactamente lo que quieres, te servirá durante unos días hasta que averigües cómo montar este, o...

—O hasta que pida algo diferente. Parece un buen plan. —Terminó de meter las piezas en la caja—. Necesito asearme. Wayne debería tener los tentempiés de Georgie y un par de biberones preparados y empaquetados para nosotros.

Cogí a la bebé.

—Le cambiaré el pañal y la pondré en la silla del coche. ¿Nos vemos aquí?

Sterling se acercó y puso su mano en mi brazo. Nos miramos durante un momento. Mis entrañas se retorcieron cuando se inclinó y depositó un beso en la parte superior del gorro de Georgie.

Contuve la respiración hasta que se alejó. Vaya, eso había estado cerca. Ojalá hubiera sido más cerca. Los giros y vueltas en mi interior estaban definitivamente emocionados por un día a solas con él y la bebé.

Estaba poniendo a Georgie en la silla del coche después de cambiarle el pañal.

Wayne colocó una bolsa térmica para el almuerzo junto a mí.

—Los biberones de la señorita Georgie. También hay compota de manzana y esas pequeñas galletas que se disuelven que parecen gustarle.

—Gracias.

—Informaré al señor Sterling de que el coche está listo. Que tenga un día agradable, señorita Cecelia. —Se marchó antes de que tuviera oportunidad de desearle lo mismo.

—¿Lista? —Levanté la vista cuando Sterling regresó.

Era increíblemente guapo. Parecía un superespía de película con esmoquin. Para la ropa del día a día que le había visto, tendía hacia lo básico de negocios, pantalones de vestir y camisas, y se veía extraordinariamente bien con ellos. Su ropa de dormir... No sé qué milagro ocurrió para que ahora llevara puesta su ropa de dormir cuando yo aparecía, pero... las camisetas ajustadas mostraban los músculos excepcionales de sus brazos y hombros. Tenía pectorales firmes y cuadrados, y si las camisetas no fueran un poco holgadas en la cintura, podría confirmar si tenía un six-pack.

No era profesional por mi parte comerme con los ojos a ese hombre. Pero era realmente difícil no fijarse en el paquete que tenía entre las piernas. Los pantalones suaves con los que dormía no ocultaban mucho. También le quedaban un poco bajos en las caderas. Esos pantalones y camisetas eran el equivalente a ropa interior sexy en lo que a mí respectaba.

Pensé que si podía comportarme mientras él andaba por ahí con su sexy ropa de dormir, podría soportar ver a Sterling con cualquier cosa. Me equivocaba. Se me secó la garganta y olvidé lo que estaba a punto de decir. Hice un sonido ronco en mi garganta.

—Cecelia, ¿estás bien?

Asentí e intenté aclarar mi garganta mientras me levantaba. Vaqueros. Sterling Alexander en vaqueros sería mi perdición. Llevaba una camiseta que debía haber comprado durante unas vacaciones en las islas, y esos vaqueros le sentaban como si estuvieran hechos para él, y luego hubiera vivido en ellos, de modo que se adaptaban a la forma y a la curva de sus muslos y trasero. No parecía un súper rico tipo de la tecnología. Parecía un modelo de ropa interior.

Agarró el asa de la silla para el coche y recogió a Georgie. Me colgué la bolsa de tela al hombro y cogí la bolsa del almuerzo con la comida de Georgie.

El ascensor se abrió y entré después de él. Estaba en un ascensor justo al lado del que probablemente era el hombre más guapo del mundo y su sobrina. Y parecíamos una familia. Tanto Georgie como yo llevábamos vestidos amarillos, y la camiseta de Gran Caimán de Sterling también era amarilla.

No fue hasta que estaba sujetando la silla de Georgie en la parte de atrás de la limusina que se me ocurrió que podría haberle señalado su camiseta amarilla y darle la oportunidad de cambiarse. Pero las mariposas en mi interior adoraban cómo parecíamos pertenecer el uno al otro.

—Esto parece una tienda de ropa usada —dijo Sterling cuando la limusina se detuvo frente a la tienda.

—Probablemente lo sea —dije—. Se llama Hand Me Downs.

El ceño de Sterling se frunció y su expresión se oscureció. —Puedo permitirme un carrito nuevo.

—Mira, puedes ser un completo esnob y negarte a comprar un carrito usado para utilizarlo un solo día, y podemos pasar el resto de la mañana conduciendo por Dallas buscando un carrito. O podemos entrar y encontrar algo que funcione para ir al zoo. Sé que puedes permitirte algo de gama alta. Ese carrito está en piezas en tu salón ahora mismo.

13

STERLING

—¡Hola a todos! ¿En qué puedo ayudaros esta mañana? —nos saludó la dependienta con entusiasmo.

Después de la reprimenda que Cecelia me había dado, la seguí al interior de la tienda. Tenía razón, no había nada malo en comprar un carrito de segunda mano para salir del paso hoy. Solía tener razón, y no tenía miedo de ponerme en mi sitio.

Su descaro resultaba refrescante en un mundo de mujeres que intentaban apelar a mi lado bueno estando de acuerdo con todo lo que decía. Tenía algunos colegas que no hacían simplemente lo que yo decía por el mero hecho de decirlo. Pero en general, nadie me desafiaba como ella lo hacía.

—Necesitamos un carrito. Pedimos uno y llegó para montar. Hasta que eso pueda ocurrir... —le explicó Cecelia a la dependienta.

—Dejad que os muestre lo que tenemos en stock. Ahora, si ese carrito tan elegante que tenéis en casa sigue dándoos problemas...

—¿Cómo sabe que es elegante? —pregunté.

—Oh, siempre son los elegantes. Te juro que cuanto más cuestan, más montaje requieren. En cualquier caso, ofrecemos un servicio de montaje. Ahora bien, ¿es solo para esta preciosidad dormida? —continuó hasta que llegamos a una fila de carritos.

La cantidad y variedad eran un poco abrumadoras.

—Solo uno —dijo Cecelia.

—¿Tienen carritos para más de uno? —pregunté.

—Por supuesto. Tenemos carritos para varios bebés, y para combinaciones de bebé y niño pequeño. ¿Queréis algo donde podáis acoplar la silla del coche?

—Sí, por favor.

Salimos con un carrito que era más un armazón para adaptar la silla del coche que un cochecito anticuado. Tenía un espacio de almacenamiento en la parte inferior en el que Cecelia insistió. Entramos y salimos de la tienda en cuestión de minutos.

—¿Por qué no le pides a Wayne que reúna todas las piezas del otro carrito y lo haga enviar aquí para que lo monten? —sugirió Cecelia mientras continuábamos hacia el zoo.

Cuando sugirió el zoo, no me había dado cuenta de que era un refugio para madres y bebés. Cecelia y Georgie parecían encajar perfectamente. Yo desentonaba como un pulgar dolorido.

—¿Sabías que sería así? —pregunté mientras esperábamos en la cola para las entradas.

—¿Abarrotado? Pensaba que estaría vacío en un día laborable.

—Me refería a todas las madres y niños —hablé en voz baja para que no me oyeran.

—A los niños les encantan los animales. Parece natural venir aquí.

Pagué las entradas y seguimos el flujo de la multitud hacia el parque.

—¿Todo lo que haga con Georgie va a estar abrumadoramente lleno de madres y sus hijos?

Cecelia me sonrió y se rio un poco.

—Probablemente. Seguro que hay grupos de 'papá y yo' a los que podrías unirte, pero...

—¿Papá y yo?

—Grupos para padres que son los cuidadores principales en la familia. Muchas clases de desarrollo temprano se llaman 'mamá y yo'. Podrías ir, pero como ya has mencionado, hay muchas mamás.

Murmuré sobre el término 'papá y yo'. Cecelia me miraba de reojo y se reía.

—Eso te incomoda mucho, ¿verdad?

Dejé escapar un gruñido bajo. Todavía estábamos en medio de una gran multitud de madres y carritos. Me incliné cerca, con mis labios casi rozando la oreja de Cecelia.

—Mi última cita me llamó 'papi'. Estaría más cómodo si fueras tú quien me llamara papi y no algún niño, si entiendes lo que quiero decir.

El rubor comenzó en las mejillas de Cecelia y luego se extendió por toda su piel expuesta. Era un aspecto encantador en ella. Tendría que recordarlo.

Sus ojos se agrandaron, y sonrió pero luego miró fijamente al suelo.

—Sterling —dijo entre dientes apretados.

Eso fue todo lo que dijo, mi nombre, y luego siguió sonrojándose. Sí, ella podría llamarme papi cuando quisiera.

—Entonces, ¿hacia dónde vamos? —pregunté como si ella no estuviera iluminada como un faro y mis vaqueros no se estuvieran ajustando en la entrepierna.

Se aclaró la garganta.

—No estoy segura. Solo estoy siguiendo a la multitud.

La marea de visitantes del zoo nos arrastró hasta que entramos en una zona de granja para niños. Los carritos estaban alineados como motocicletas en la barra de un bar de carretera. Los niños pequeños correteaban por todas partes.

—¿Es esto lo que me espera en el futuro? —murmuré en voz alta.

—Si todavía tienes la custodia de Georgie cuando empiece a caminar, entonces sí, probablemente.

Le quité el carrito a Cecelia y seguí caminando. No quería verme abrumado por todos los niños. Superaban en número a los adultos, y no quería que nos sobrepasaran. Navegué de vuelta hacia la exhibición de flamencos antes de sacar a Georgie del carrito y sostenerla para que pudiera ver a los pájaros rosados.

—Oye, mírame —dijo Cecelia.

Me giré. Tenía su cámara del móvil apuntándonos.

—Pensé que te gustaría tener una foto.

—Ven aquí. Deberías estar en esta foto con nosotros —extendí la mano y cogí el teléfono de ella.

Nos colocamos, y levanté el teléfono para un selfie.

—Oh, deberíamos tener los flamencos detrás de nosotros —dijo Cecelia.

Mientras tratábamos de situarnos para que pudiera tomar una foto que también mostrara a los pájaros en el fondo, la abuela de alguien se nos acercó.

—¿Queréis que os la haga yo?

Le entregué el teléfono. Sostuve a Georgie con un brazo y rodeé a Cecelia con el otro, atrayéndola contra mí. Se sentía bien. Como si perteneciera allí, junto a mí.

—Qué familia tan encantadora. Va a ser una gran foto —arrulló la señora mientras apuntaba con el teléfono hacia nosotros.

—Oh, nosotros somos... —comenzó Cecelia.

—Estamos muy agradecidos de que nos pueda ayudar —interrumpí a Cecelia. Esa señora no necesitaba saber que no éramos una familia—. Gracias.

Miré la foto antes de compartirla con Cecelia. La señora tenía razón. Parecíamos pertenecer juntos.

—¿Ibas a decir algo sobre que todos vamos de amarillo? —le pregunté a Cecelia. Debí haber elegido esta camisa subconscientemente para que combinara con ella y con Georgie.

—Para cuando me di cuenta, ya estábamos en el coche. No estás enfadado, ¿verdad?

Negué con la cabeza. En realidad me gustaba.

Paseamos por los recintos y las exhibiciones. Llevé a Georgie en brazos durante un rato antes de volver a sentarla en la silla de coche, ahora convertida en sillita de paseo. Cecelia la llevó un poco, y después de un tiempo, solo la cogíamos cuando llegábamos a un nuevo animal para que lo viera. Cuando llegamos a los tigres, Georgie hizo los mismos sonidos que para ella significaban gato.

—Supongo que los gatos realmente son sus favoritos —dijo Cecelia.

—Sigo sin comprarle un gato —insistí.

Después de un tentempié y un biberón, Georgie se puso irritable.

—Yo la cambiaré —anunció Cecelia. Cogió la bolsa de pañales y se dirigió al baño.

Encontré un banco y esperé. Podía manejar esto. Era fácil. Llevar a la niña al zoo, darle tentempiés. Había un quiosco decorado para parecer una choza de pueblo donde podría comprar algo para que Cecelia y yo comiéramos. Terminaríamos de ver el zoo para la hora de comer. Georgie estaría exhausta y se echaría su primera siesta.

Mis ideas utópicas de una excursión al zoo perfecta se hicieron añicos cuando la bolsa de pañales aterrizó en mi regazo.

—No has reabastecido esto. No hay pañales de la talla de Georgie aquí dentro. Y no hay mudas de ropa —gruñó Cecelia con enfado.

Georgie, solo con un pañal, estaba sorbiendo y llorando. Al menos no estaba aullando.

—Una señora amable en el baño me ha dejado un pañal extra.

Hurguée en la bolsa. No había mirado realmente qué había dentro. Saqué un puñado de pañales. —¿Qué son estos? —pregunté. Era una pregunta retórica. Obviamente eran pañales.

—Esos son talla de recién nacido. Georgie es más grande, y la cantidad que produce es mayor —dijo.

Los pañales vienen en tallas. Por supuesto que sí. Pero el vestido que saqué después, sabía que le quedaba bien a Georgie.

—Ropa.

Cecelia bufó. —Míralo, Sterling. Es todo encaje áspero y terciopelo. ¿De verdad quieres ponerle un vestido de terciopelo caluroso e incómodo hoy? Esta bolsa necesita ser reabastecida después de cada salida. Necesita pañales y al menos dos mudas completas de ropa.

No me merecía toda la ira que estaba dirigiendo hacia mí. —¿Y cómo iba yo a saberlo? Cecelia, por favor, por esto necesito tu ayuda. Para ti era obvio. No tengo ni idea de lo que va en una bolsa de pañales.

Apretó los labios y respiró pesadamente por la nariz.

—Lo siento, tienes razón. —Su voz era cortante, pero lo suficientemente alta como para que quedara claro que lo decía en serio—. Georgie tuvo una pequeña crisis, y luego no había pañales

de su talla. La bolsa ahora está completamente sin toallitas. Sentí que lo había estropeado todo. Lo siento por dejar que mi frustración me dominara.

Me levanté y le puse un brazo alrededor del hombro. Ella se estaba cansando, y a diferencia de Georgie, que había tenido acceso a tentempiés durante toda la mañana, Cecelia no había comido ni bebido nada desde que llegó al ático. —Está bien. Ambos estamos aprendiendo.

Se secó los ojos. —Eso no fue muy profesional por mi parte. ¿Podrías comprarle a Georgie una camiseta en el quiosco de regalos para que no esté expuesta? Tampoco hay protector solar en la bolsa, y no quiero que se queme con el sol.

14

CECELIA

Perdí los nervios y grité a Sterling. Estaba tan cerca de hacer lo correcto, pero luego lo estropeó y no había repuesto el bolso de los pañales. Y en parte sentía que era culpa mía. ¿Cómo se suponía que iba a hacer mi trabajo de forma objetiva cuando dejaba que su falta de información me irritara tanto?

¿Iba a ser así con todos mis futuros clientes, o era Sterling un caso especial?

No ayudaba el hecho de que fuera un ligón constante. Ni que yo no pudiera resistirme a él.

Arrancó la etiqueta de la pequeña camiseta mientras regresaba de la tienda de regalos. Me la entregó. Era amarilla.

Vestí a Georgie y la acomodé de nuevo en su sillita con un biberón.

—¿Mejor? —preguntó.

Asentí, y él me pasó un brazo por encima del hombro y me atrajo contra su pecho. Me dio un beso en la sien. —Ambos estamos aprendiendo. Vamos a comer algo. Georgie no es la única que se está cansando.

Asentí. Estaba decepcionada conmigo misma y abrumada. Me besó. No importaba que fuera un gesto reconfortante. Me besó, y mi cerebro entró en cortocircuito.

Seguí a Sterling mientras empujaba el cochecito de vuelta a la entrada principal. La limusina estaba esperando. Sterling aseguró la sillita, y yo plegué el cochecito como un paraguas. El conductor metió el armazón en el maletero y nos pasó las otras bolsas antes de sujetar la puerta para que yo entrara.

—¿Quieres que paremos de camino a casa, o prefieres que pida algo para que nos lo traigan?

Miré a Georgie. Sus párpados estaban pesados. Luchaba contra la siesta que estaba a punto de vencerla. Una siesta en el coche parecía una buena idea. Me estiré en el amplio asiento trasero, encogiendo las piernas y apoyando la cabeza en el regazo de Sterling. Estaba demasiado cansada para preocuparme por el profesionalismo.

—Pide algo para que nos lo traigan. Voy a cerrar los ojos. Tenemos mucho que hacer cuando lleguemos.

Creo que sentí a Sterling acariciarme el pelo, pero me quedé dormida en cuestión de segundos, arrullada por el movimiento del coche. Desperté unos momentos antes de que la limusina se detuviera frente al edificio de Sterling.

—¿Descansada? —preguntó.

Me estiré y me incorporé. Entonces me di cuenta de lo que había hecho. Gemí. —Lo siento mucho, ha sido muy poco profesional. No pretendía usarte como almohada.

—No pasa nada. Puedes usarme como almohada cuando quieras.

Sentí que me ardían las mejillas.

No sabía qué decir. Por suerte, el conductor detuvo la limusina, y era el momento de sacar a Georgie y todas sus cosas y subirlo todo hasta el último piso.

—¿Cómo ha ido la excursión de esta mañana? —nos saludó Wayne cuando las puertas del ascensor se abrieron.

—Agotadora —dijo Sterling. Salió del ascensor y llevó la sillita con la bebé dormida hacia su habitación.

—Ha sido un poco más de lo que esperábamos. —No tenía por qué contarle que había perdido la compostura, ni que no teníamos un bolso de pañales bien preparado. Le entregué a Wayne el armazón del cochecito. No sabía dónde ponerlo.

—Han llegado vuestras comidas —dijo.

Asentí y le seguí hasta la cocina. Me moría de hambre.

Sterling entró y dejó un monitor blanco sobre la mesa antes de sentarse.

—¿Cuándo has conseguido un monitor para bebés? —pregunté.

Sterling se encogió de hombros. —Estaba en tu lista de compras original. Compré todo lo de esa lista después de tu visita inicial.

Asentí. Seguía cansada, más mentalmente agotada que físicamente. La breve siesta en el coche había sido reconfortante, pero me sentía estúpida por haber gritado a Sterling y luego haberlo usado como almohada. No debería haber hecho eso.

Wayne sirvió la comida y colocó los platos frente a nosotros. —¿Hay algo más que pueda ofreceros?

Asentí. —Vamos a necesitar un bloc de notas y un bolígrafo, por favor.

Me entregó un bloc con rayas y un bolígrafo momentos después.

—Vale —empecé—. Necesitamos hacer algunas listas.

—Te gustan las listas, ¿verdad? —me tomó el pelo Sterling.

—Son útiles. Pudiste comprar cosas para Georgie porque te dejé listas.

Sonrió con suficiencia, ¿o era esa media sonrisa más bien seductora? Fuese cual fuese la expresión que me dedicó, desapareció una fracción de segundo después cuando se llevó un tenedor lleno de comida a la boca.

—¿Cuáles fueron los desafíos de hoy?

—¿No querrás decir qué es lo que tenemos que arreglar? —preguntó.

Negué con la cabeza. —Los desafíos no necesariamente tienen que arreglarse. Tienes que aprender a abordar el problema para que no sea un problema.

—El cochecito.

Anoté lo que dijo, seguido de *recursos locales*.

Sterling señaló ese punto. —¿Qué quieres decir?

—No puedes encargar todo por internet. A veces Georgie tendrá necesidades inmediatas. Deberías saber lo que tienes a tu disposición. ¿Hay alguna farmacia abierta las veinticuatro horas?

Las cejas de Sterling se crisparon, arqueándose. —Esa es una buena pregunta. No tomo medicamentos con receta, así que...

Asentí. —Averígualo. Quizás Wayne tenga un recurso para ti que desconoces. Las fiebres altas y las infecciones de oído nunca parecen ocurrir a media tarde. —Dibujé una flecha desde recursos locales y escribí *Farmacia* y luego *Urgencias*—. Averigua si las urgencias locales tienen área pediátrica, o qué hospital infantil está más cerca.

Sterling se pasó la mano por el pelo y soltó un suspiro. —Pensaba que íbamos a anotar lo que debe ir en un bolso de pañales. No había pensado en la necesidad de llevarla a urgencias. Añade a tu lista encontrarle un pediatra.

—Hay tanto que aprender y hacer. Por eso, incluso después de pasar tanto tiempo contigo como lo he hecho, parece que vas con retraso. ¿Olvidé decirte que reabastecieras el bolso de pañales? Sí, pero con todo lo demás, ¿realmente necesitaba hacerlo?

Sterling negó con la cabeza. —No deberías haber tenido que decirme que reabasteciera el bolso de pañales. Debería haber sido más consciente. Debería haber pensado en elaborar un plan de emergencia. He estado reaccionando a la situación. Esta mañana fue realmente agradable. No tuve que preocuparme por no estar preparado —se encogió de hombros—. Al menos hasta el fiasco del bolso de pañales.

Puso su mano sobre la mía, y cada vez que hacía eso, sentía descargas eléctricas subiendo por mi brazo.

Continuamos construyendo la lista. Creció y ocupó múltiples páginas. Wayne retiró los platos del almuerzo. Georgie se despertó, pero seguimos trabajando en la lista.

Después de horas de lluvia de ideas, Sterling tenía un plan de emergencia y una lista de tareas que incluía llamar a pediatras por la mañana para encontrar un médico para Georgie. Y yo tenía una lista de compras de artículos para el bolso de pañales y para un botiquín pediátrico. No había ni siquiera aspirina infantil en el apartamento.

Sterling se ofreció a pedir todo, pero necesitaba todo inmediatamente. ¿Y si esta noche era la noche en que Georgie se enfermaba?

Pensé en pedirle que viniera conmigo. ¿Alguien que había crecido tan rico como Sterling habría estado alguna vez en una gran superficie? ¿Sabía lo que era comprar con descuento? Pero Georgie parecía cansada. Estaba un poco pegajosa y abrazaba su juguete de peluche con forma de gato. ¿Quizás el zoo había sido demasiado para ella?

Quería estar cerca de los dos.

Ese pensamiento fue lo que me hizo darme cuenta de que necesitaba irme y hacer las compras por mi cuenta. —Si piensas en algo mientras estoy fuera... —comencé.

—Lo sé, te mandaré un mensaje. Georgie y yo estaremos bien. Ella va a ayudarme con el cochecito otra vez, como esta mañana. Esta vez, sin una fecha límite, creo que estaremos bien.

—Vale. —Estaba nerviosa por dejarlos. Él era su tutor, y por muy difícil que fuera al principio, las habilidades de Sterling para cuidar de Georgie y saber lo que necesitaba estaban mejorando cada día. No me necesitaba para llevarle de la mano durante el proceso.

El problema era que yo quería cogerle de la mano. Me gustaba demasiado cuando él cogía la mía. Me faltaba distancia profesional en la situación. Greta me había advertido que no me enamorara de los niños. No había mencionado nada sobre el tutor. Eso se daba por sentado.

No podía evitarlo. Sterling era encantador, amable, y verlo con Georgie me retorcía las entrañas. Miré la foto en mi móvil. Georgie parecía ser su hija. ¿Por qué no lo sería? Y con nuestros conjuntos a juego, parecíamos una familia.

Me dolía el corazón. Era una familia de la que haría cualquier cosa por formar parte. Era una familia en la que no debería estar pensando y de la que debería estar distanciándome. Pero era lo más parecido a estar en una familia que había sentido en mucho tiempo, y me gustaba esa sensación. Debería haber dicho algo sobre llevar amarillo como Georgie en el momento en que salí de ese ascensor. Debería haberle dicho a Sterling que se pusiera una camisa diferente. Debería, habría, podría. Pero no lo hice, y ahora tenía una pequeña foto familiar que no debería existir.

El tráfico de la tarde para llegar a la tienda era un desastre. Pero me tomé mi tiempo. Necesitaba pensar. ¿Qué iba a hacer? Me estaba enamorando de Sterling. Era un cliente y estaba fuera de límites.

15

STERLING

—Has vuelto —dije cuando Cecelia entró en la cocina con varias bolsas de plástico.

—No iba a llevarme todo esto a casa cuando Georgie lo necesita aquí —sonaba agotada.

—¿Dos para cenar? —preguntó Wayne mientras Cecelia dejaba las bolsas sobre la mesa.

La miré y levanté las cejas en señal de interrogación.

—¿Y bien? ¿No tienes planes para cenar esta noche, verdad?

Parpadeó varias veces.

—¿Oh, dos, te refieres a mí? —miró a Georgie, que estaba metiendo puñados de arroz y pollo picado en su boca. La niña se lo comía todo. Esta noche, el desorden era mínimo.

—Georgie ya está cenando. Sí, tú. Por favor, cena con nosotros.

Sonrió, y la simple curvatura de sus labios cambió el ambiente de toda la habitación. Fue como si la luz del sol atravesara las nubes de tormenta, trayendo calidez y luz dorada. Lo sentí en mi pecho.

—Sí, dos para cenar —le respondí a Wayne—. Muéstrame lo que tienes.

—Deja que busque la lista en el salón —dijo ella.

Georgie gorjeó y le hice muecas a la bebé.

—Empiezas a tomarle cariño de verdad, ¿no? —preguntó Cecelia al volver a la cocina, con el bloc de notas lleno de apuntes.

—Yo... no es que no me gustara. No sabía cómo...

Cecelia resopló. Hacía los ruidos más graciosos, y todo ello aumentaba su encanto.

—¿Qué? —exigí.

—Apuesto a que no estás acostumbrado a decir cosas como "no sé" y "ayúdame", ¿verdad?

—No lo estoy —admití con un bufido.

—Se nota. Las palabras suenan extrañas saliendo de tu garganta.

—¿Me estás tomando el pelo? —me gustaba. Me gustaba que no tuviera miedo de hablar conmigo o de decirme que me equivocaba.

—Es solo lo que te mereces por hacerme sonrojar —dijo con feroz determinación.

—Nota mental —dije en voz alta mientras cogía una cucharilla de arroz para bebés y me volvía hacia Georgie—. Necesito hacer sonrojar más a Cecelia, ¿no crees? —le hice cosquillas en el pie antes de darle de comer.

—¿Dónde está el bolso de pañales, en su habitación? —preguntó Cecelia.

—Aquí —me levanté—. ¿Por qué no le das de comer a Georgie y yo voy a por el bolso? ¿Qué más debería traer?

—Todo lo que deba ir en el bolso: pañales, un paquete de toallitas, ropa.

—Vale —me quedé allí observando cómo Cecelia sonreía a Georgie y le susurraba palabras de ánimo mientras alimentaba a la bebé. Se sentía inquietantemente familiar, como algo que me faltaba en mi interior.

Me tomé mi tiempo reuniendo los objetos que creía que serían necesarios. En lugar de coger los vestidos de volantes listos para un retrato que erróneamente pensaba que las niñas pequeñas llevaban a diario —porque las únicas veces que veía a bebés niñas, así iban vestidas—, cogí conjuntos de algodón suave. Tres de ellos. Parecía excesivo, pero habiendo estado ya una vez escandalosamente mal preparado, prefería estar demasiado preparado en adelante.

Metí todo en el bolso y aun así llevaba los brazos llenos cuando volví a la cocina.

—Oh, vaya, de acuerdo. Wayne, ¿tienes bolsas con cierre de un galón? —preguntó Cecelia—. Ah, y papel de cocina.

Comenzó a limpiar la trona y a Georgie en cuanto tuvo las toallas. Llevó los platos de la niña al fregadero, dejando a la pequeña en la silla mientras yo extendía el contenido del bolso sobre la mesa.

Georgie se quedó sentada, arrullando y haciendo sus sonidos balbucientes de bebé mientras yo recibía una lección sobre lo que debía ir en un bolso de pañales. Cada bolsillo quedó lleno. Pesaba más que antes.

—¿Estás segura de que esto está bien?

Cecelia se encogió de hombros.

—No. Está mejor que como empezamos hoy. La próxima vez que salgas con Georgie, descubrirás si tiene lo que necesitas o no. No es un conjunto estático de imprescindibles. A medida que crezca, puede que necesites más ropa, o menos, o... El punto es que aprendes y modificas sobre la marcha.

—¿No estarás tú para ayudar? —pregunté.

—En algún momento, estarás solo. Tal y como está la situación, tampoco estoy aquí todo el tiempo —dijo.

—Es mejor cuando estás con nosotros —admití.

Apretó los labios y parecía que intentaba no sonreír mientras se sonrojaba.

—¿Preparo el comedor formal, o preferiría que despeje la mesa para que puedan cenar aquí? —preguntó Wayne.

Miré mi reloj. Ya casi era hora de que se marchara por la noche. Observé los montones en la mesa de la cocina. No, todavía estábamos trabajando en todo esto.

—El comedor, por favor —dije.

Asintió y volvió a su trabajo.

—Eso es tan extraño —dijo Cecelia.

—¿Mmm?

—Tener un mayordomo, es... no es algo a lo que creo que podría acostumbrarme —dijo.

—Créeme, es muy fácil acostumbrarse a tener a alguien que te ayude. Crecí con personal y, durante un tiempo, lo hice todo por mi cuenta, pero llegó un momento en que se me olvidaba que la colada no se hacía sola, y si quería un impulso de proteínas después de entrenar, tenía que tener disponibles el polvo de proteínas y la mantequilla de cacahuete para preparar los batidos.

—Quizás podría imaginar tener un asistente personal así. Odio tener que asegurarme de que tengo suficiente dinero cargado en la aplicación para la lavandería del complejo de apartamentos. O necesito monedas y un bloque de tiempo para pasar el rato en la lavandería, solo para tener ropa limpia. Y tengo que hacer mi propia compra.

—Y tienes que asegurarte de que yo he hecho todo eso para Georgie.

—Sí, pero ese es mi trabajo. Quiero ayudar. Eso no significa que yo no pueda necesitar algo de ayuda de vez en cuando —levantó a Georgie de la trona, y la comida se desparramó por el suelo. Cecelia la limpió y la sostuvo en su rodilla—. Estás hecha un desastre.

Georgie bostezó y se frotó los ojitos con su pequeño puño.

—Hora de dormir —anuncié—. Me la llevo yo.

—Su cena estará lista cuando salga de la ducha. Estará en el horno —dijo Wayne.

—Gracias. Te veré mañana.

Cecelia me miró con expresión de confusión. —¿Es la hora de dormir de ella, pero tú vas a ducharte?

Incliné la cabeza para que me siguiera.

—Está sucia y necesita un baño. He descubierto que es más fácil meterme en la ducha con ella. De todas formas, voy a mojarme.

—¿Tienes algún cesto de la ropa? —preguntó Cecelia.

Me encogí de hombros. —No tengo ni idea. No estoy haciendo la colada.

—No, estás bañando a una bebé. No te metas en la ducha. Llena la bañera. Quiero enseñarte algo.

Ya me había quitado los zapatos y la camisa cuando ella entró en mi baño. Llevaba un cesto de la ropa blanco de plástico, y su

expresión era de asombro. No había bañera, solo una ducha grande tipo walk-in.

—Supongo que el truco que te iba a enseñar no va a funcionar.

—¿Para qué es el cesto?

—Aprendí este gran truco. Pones al bebé en un pequeño cesto de la ropa dentro de la bañera, y así tienes una bañera del tamaño del bebé dentro de la bañera grande. Pero no hay bañera.

Cogí el cesto y lo tiré en el suelo de la ducha. —Aun así ayudará. Puede sentarse ahí mientras la enjuago. Te lo mostraré —me levanté y me quité los vaqueros.

—¡Señor Alexander! —gritó Cecelia y se dio la vuelta, dándome la espalda.

—Llevo pantalones cortos —dije con una risita.

Georgie y yo entramos en la ducha. La puse en el cesto y abrí el agua. Había programado previamente el chorro para una temperatura templada. Era lo suficientemente cálida para que la ducha no se sintiera fría, pero no lo suficientemente caliente como para quemar a la bebé.

Me arrodillé y lavé a la bebé mientras el agua caía sobre nosotros.

—Esto realmente ayuda. No tengo que sostener a una bebé mojada y escurridiza.

—¿De verdad te duchas con ella así?

—Así, y también le he dado algunos baños en el fregadero de la cocina. No sé cómo, pero siempre está pegajosa. La ducha ensucia menos que el fregadero.

—Hazte útil. Coge una toalla —cerré el agua antes de recoger a la bebé.

Cecelia tenía la toalla sobre su hombro y la envolvió alrededor de Georgie mientras la cogía de mis brazos.

—Gracias, saldré en un momento.

Cecelia no captó la indirecta. Continuó secando a la bebé y hablándole con sonidos arrulladores.

—A menos que quieras verme desnudo, deberías llevar a la bebé a su habitación. Necesito secarme.

Se sonrojó y salió rápidamente del baño, cerrando la puerta de golpe tras ella. Era encantadora.

Me quité los pantalones cortos mojados y me envolví una toalla alrededor de las caderas. Me puse un albornoz antes de cruzar el pasillo y entrar en la habitación de Georgie.

Las luces ya estaban apagadas, solo había un suave resplandor de la luz nocturna con forma de gato. Cecelia mecía suavemente a Georgie en sus brazos, tarareando una nana que no reconocí.

Me acerqué y rodeé a Cecelia con mis brazos, con su espalda contra mi pecho. Observé cómo Georgie bostezaba y se quedaba dormida sobre el hombro de Cecelia. Esto se sentía correcto, tener a ambas en mis brazos a la vez.

Mantuve mis brazos alrededor de las caderas de Cecelia mientras ella bajaba a la bebé a la cuna. Froté mi mejilla contra la suya cuando se enderezó. Ella se giró en mis brazos, y capturé sus labios.

16

CECELIA

Con los labios de Sterling contra los míos, mi cerebro simplemente se detuvo. Todo lo que había pensado, mi determinación de mantenerme profesional, se evaporó mientras él se apretaba contra mí.

Como si tuviera voluntad propia, mi mano se deslizó entre nosotros, y tiré del cordón que mantenía cerrada su bata.

Él gruñó bajo en su garganta, y la bata se abrió, quedando yo aplastada contra su pecho desnudo.

Sus labios abandonaron mi boca y comenzó a besarme por toda la cara y a lo largo de la mandíbula. Incliné la cabeza hacia un lado, esperando que sus labios bajaran por mi cuello. Abrí los ojos y vi a la bebé dormida.

Presioné las palmas contra sus hombros.

—Aquí no. Este es su espacio.

—Entonces ven a mi espacio —su voz sonaba baja y espesa de deseo mientras deslizaba su mano en la mía.

No dije nada mientras me conducía de vuelta al otro lado del pasillo. Cerró la puerta tras él y dejó que la bata se deslizara de sus hombros. La toalla colgaba baja alrededor de sus caderas. Me costaba respirar mientras admiraba su cuerpo. Era hermoso, como

una escultura. Y maldita sea si no tenía un abdomen perfectamente marcado.

Hubo un breve momento, un destello de advertencia, en el que podría haberle detenido. Pero no quería hacerlo. Él me deseaba, y eso era tan excitante como sentirme atraída por él. Alargué la mano hacia la toalla mientras volvía a acercarme a él.

—¿Puedo? —pregunté segundos antes de tirar, y la toalla se unió a la bata en el suelo.

No pude admirarlo durante mucho tiempo. En cuanto cayó la toalla, Sterling volvió a hacer ese sonido gutural y me atrajo hacia él. Sus labios fueron brutales mientras reclamaba los míos de nuevo. Le devolví el beso con la misma ferocidad. Fue una batalla entre labios y lenguas mientras competíamos por consumirnos mutuamente.

Sterling me quitó la túnica amarilla por encima de la cabeza e inmediatamente desabrochó mi sujetador, descartándolo a un lado. Acunando ambos pechos con sus manos, los elevó hacia su boca. Succionó un pezón doliente en su boca caliente y húmeda mientras yo lo agarraba contra mí. Me arqueé hacia su contacto. Un gemido escapó de mi boca.

Mis rodillas flaquearon. Me tambaleé, pero supongo que Sterling lo esperaba, o sus reflejos eran rápidos. Cuando me iba a caer, me recogió en brazos y me llevó a la cama. Al principio, me quedé perpleja de que pudiera levantarme, pero claro que podía. Estaba cubierto y grueso de músculos. Y me estaba dejando tocarlo.

Me hundí en el colchón mientras él me depositaba y luego se arrastraba sobre mí. Deslicé mi pierna sobre la suya, deleitándome con la sensación de su piel húmeda contra la mía.

Sus manos se deslizaron por toda mi piel expuesta antes de agarrar mis pechos nuevamente. Me miró profundamente a los ojos con una mirada intensa. Podía notar que quería que yo supiera lo que estaba pensando, o tal vez él quería saber lo que yo pensaba. La sensación era abrumadora, fuera lo que fuese.

—Sí, te deseo. Por favor —dije. Necesitaba que me tocara.

Sus labios besaron y succionaron hacia abajo por mi centro hasta llegar a la cintura de mis shorts. Se echó hacia atrás y se concentró mientras desabrochaba el botón y la cremallera. Me quitó los shorts

y las bragas de una sola vez. Los lanzó al vacío que era el resto de su dormitorio.

Ahí fuera, sabía que había muebles y luz, pero todo lo que podía ver, todo lo que me importaba era él y la forma en que me tocaba.

Sterling se inclinó y colocó más besos a lo largo de mi abdomen, continuando hacia abajo.

Jadeé cuando su boca encontró el vértice de mis piernas. Mi reacción inicial fue cerrar las piernas, pero cuando su lengua se deslizó sobre mi hendidura y se coló entre los pliegues de mi sexo, apenas lamiendo mi clítoris, suspiré y dejé que mis rodillas cayeran abiertas. Mis nervios estaban en llamas, y su lengua era un respiro fresco. Era a la vez calmante y me volvía loca. Lamía y succionaba, y las sensaciones eran como relámpagos en mi piel.

Mecía mis caderas contra él, hundiendo mis dedos en su espeso cabello. Quería tocarlo, sostenerlo, presionarlo más fuerte contra mí.

Todo lo que sabía, todo lo que quería en ese momento era más de su contacto, más de él succionándome. —Más, más —gemí, desesperada de urgencia.

—Cecelia —mi nombre fue un rumor y un rugido mientras trepaba por mi cuerpo y estrellaba sus labios contra los míos de nuevo.

Era como si no pudiera tener suficiente de mí. Entendía el sentimiento. Yo quería todo de él.

Presioné mis talones contra la cama y empujé mis caderas contra las suyas. Necesitaba su miembro. Quería sentirlo. Él se echó hacia atrás hasta quedar sentado sobre sus rodillas.

—Joder, estás empapada —agarrando su miembro, lo deslizó de un lado a otro sobre mi ardiente necesidad.

Gemí y empujé contra él, tratando de atraparlo, intentando que se deslizara dentro de mí.

Se inclinó sobre mi cuerpo y rebuscó en su mesita de noche. Volvió con un paquete de aluminio. Usando sus dientes, lo rompió. El envoltorio se unió a nuestra ropa en el vacío. Su miembro se tensó mientras se ponía el preservativo.

—Sterling, te necesito. Te necesito dentro de mí —supliqué.

Él se dejó caer hacia delante y reclamó un pezón en su boca. Me succionó y luego embistió dentro de mí. Me arqueé hacia él, queriendo que tomara todo, necesitando que me consumiera. Mis nervios estaban en llamas, y mis músculos temblaban de excitación.

Todo mi cuerpo quería gritar, contraerse y explotar. Necesitaba que se hundiera profundamente en mí y se convirtiera en parte de mí. Quería tenerlo todo dentro, pero también quería que él me llevara dentro de sí. Nos fundimos el uno en el otro.

Presionó sus caderas con fuerza contra las mías y volvió a buscar mi boca. Éramos un solo conjunto de nervios palpitantes y entrelazados. Sterling nos hizo girar. No sé cómo lo consiguió, pero quedó de espaldas. Me apoyé contra su pecho hasta quedar sentada sobre sus caderas. Me froté contra él. La penetración en este ángulo era casi demasiado intensa. Necesitaba más. Mecí mis caderas, apoyándome contra su pecho. Él se rio mientras se incorporaba y atrapaba uno de mis pechos con su boca. Sus dedos se clavaron en mis caderas, guiándome arriba y abajo por su miembro.

Esta vez, cuando gimoteé, fue por frustración. Todo lo que Sterling le hacía a mi cuerpo se sentía increíblemente maravilloso. La forma en que lograba hacerme sentir todo en mi núcleo o bailar por mi piel era excepcional, pero no era suficiente. Podía sentir la presión acumulándose en mi interior. Se formaba, crecía y pulsaba, pero nunca terminaba de estallar, nunca se desbordaba. Cada embestida comenzaba a sentirse como una provocación que me acercaba al límite pero siempre retrocedía antes de que pudiera caer por ese mágico precipicio que me llamaba y prometía euforia.

—Tú puedes, nena —gruñó Sterling. Alcanzó el punto donde nuestros cuerpos se unían. Sus dedos se movieron hasta dar con mi clítoris. Grité cuando lo rozó.

Comenzó a trazar círculos apretados alrededor de mi clítoris mientras embestía dentro de mí. Me froté y restregué contra su mano. Mis paredes internas comenzaron a succionar su miembro.

—Sí, sí, oh, Dios, no pares.

—No voy a parar, nena, no hasta que estés gritando.

Sus palabras fueron como magia. Llegué al borde y me elevé. Cada célula de mi ser se contrajo y se convulsionó mientras el

orgasmo se apoderaba de mi cuerpo. Me aferré a Sterling y me sostuve mientras él seguía trabajando mi cuerpo.

—Tienes que gritar para mí, Cecelia —exigió.

Apenas podía respirar. ¿Cómo se suponía que iba a gritar? ¿Cómo se suponía que iba a hacer algo? No tenía control sobre mis músculos. Mis piernas estaban entumecidas. Apenas podía mantenerme en esta posición.

Sterling clavó los dedos en mis muslos y nos volteó de nuevo. Siguió embistiendo con fuerza dentro de mí. Era intenso, era maravilloso, iba a consumirme. Ola tras ola de orgasmo rebotaron a través de mi cuerpo. Todo se apretó con tanta fuerza, y entonces grité su nombre.

Golpeé el colchón con los puños y jadeé en busca de aire. Necesitaba más, lo necesitaba a él. Era implacable, y lo que le hacía a mi cuerpo era puro éxtasis.

Rugió y embistió dentro de mí antes de quedarse inmóvil. Alcé la mano y pasé mis dedos por el sudor que goteaba por su garganta mientras su propio orgasmo se apoderaba de su cuerpo. Quería reírme de pura alegría.

Sterling respiró hondo y exhaló mientras rodaba hacia un lado. Al caer, me agarró de manera que quedé parcialmente sobre su pecho. Soltó una risa. —Vaya, sí que sabes gritar. —Miró hacia su mesita de noche. Seguí su mirada. El pequeño monitor blanco estaba allí, pero no salía ningún sonido de él. Una lenta sonrisa se extendió por sus labios.

—Buen aislamiento acústico. Sigue dormida.

Había otras personas en el apartamento. La vergüenza me invadió y mi piel se acaloró.

—¿Ahora te sonrojas? —Me acarició la mejilla con un dedo.

—Wayne tuvo que habernos oído —susurré como si estar callada ahora negara los gritos de antes.

—Shh, ya se fue. Se marchó mientras tú acostabas a la niña. Solo estamos nosotros, así que puedes gritar todo lo que quieras.

17

STERLING

Me di la vuelta y dejé caer mi brazo sobre los hombros de Cecelia. Pero ella no estaba ahí. La almohada aún estaba caliente. Me la abracé antes de abrir los ojos e incorporarme.

—¿Te ha despertado la niña? —pregunté. Busqué mi reloj, descartado en algún momento durante las actividades de la noche. Georgie se despertaría pronto. Se levantaba temprano. Yo le cambiaría el pañal, le daría un biberón y volvería a dormirse. Pero si no estaba quejándose...— ¿Por qué te has levantado de la cama?

—Tengo que ir a casa a ducharme antes de ir a trabajar —dio un pequeño saltito mientras se abrochaba los pantalones cortos. Disfruté viendo cómo todo se movía en ella.

—Solo vas a volver aquí después. ¿Por qué no te quedas?

—Tengo que pasar por la oficina.

—Conéctate por internet.

Resopló.

—Ojalá. El sistema sigue caído. ¿Sabes? Esperaba este tipo de funcionamiento de saldo y arreglado con cinta adhesiva de los servicios públicos, pero esto es una agencia privada que trabaja para abogados y personas como tú. Tuvieron algún tipo de desastre natural provocado por un empleado descontento, y sin sistemas de

respaldo o redundancias, aún tengo que presentar mis informes por triplicado.

Se sentó en el borde de la cama y se puso los zapatos.

—Tengo que hacer un informe sobre lo de ayer.

Levanté las cejas y me moví para estar junto a ella.

—¿Vas a incluir esto en tu informe? —bromeé.

Se puso pálida y cerró los ojos.

—Si descubren que me acosté contigo, me despedirán a la velocidad del rayo. Esto no se incluye en el informe. Esto no se menciona a nadie. Ni siquiera quiero que Wayne lo sepa.

—Confía en mí, a ese hombre se le paga muy bien para ser discreto. No revelará mis secretos, y por extensión, los tuyos.

Se inclinó y me miró a los ojos. Podría perderme en ella cuando hacía eso. Me incorporé y reclamé su boca. Sabía a la dulzura que sigue a una estimulante noche de acrobacias sexuales. Y había sido estimulante y talentosa. La quería de vuelta en mi cama.

—Te veré más tarde después de enviar mis informes. Tienes tu lista de tareas para la mañana. Consigue una cita con el médico para Georgie, y yo veré qué registros médicos tenemos sobre ella en la oficina. Y quizás busca algunas clases de padre e hija.

—No las has llamado "Papá y yo" —bromeé.

—¿Pensaba que solo yo podía llamarte "Papi"? —me besó de nuevo.

Agarré su suavidad entre mis brazos y la hice rodar de vuelta a la cama, presionando mis caderas contra ella.

—Repite eso —exigí.

—¿Y meterme en más problemas? No lo creo. No tenemos tiempo...

Con un pésimo sentido de la oportunidad cósmica, el llanto de Georgie sonó a través del monitor.

Gemí y me aparté de Cecelia.

—Ve a por la niña. Tengo que irme.

Cecelia escapó mientras yo iba a ocuparme de la angustiada bebé.

Esta mañana, Georgie estaba mimosa. No me dejaba apartarla sin muchos llantos y lágrimas. La sentía caliente al tacto. Rebusqué

en el montón de cosas que Cecelia había comprado y que aún no se habían guardado. Encontré el termómetro. Era de los que pitan después de ponerlo en la oreja.

Su temperatura era normal, pero estaba fatal. Le di un biberón y la sostuve hasta que se durmió.

No quería volver a ponerla en su cuna. La quería conmigo. Era preciosa y era todo lo que quedaba de Argene. Me metí de nuevo en la cama e hice una barricada de almohadas para que no pudiera caerse. Investigué en mi tableta mientras ella dormía a mi lado.

Hice una pequeña lista de pediatras en la zona para llamar una vez que comenzaran las horas de consulta. Después de revisar mi correo electrónico y no encontrar ninguna actualización del investigador, le envié uno. ¿Es que Argene no había dejado ninguna información sobre el hombre?

En algún momento, volví a quedarme dormido junto a Georgie. Me desperté con sus deditos en mi nariz y su boca abierta mordiéndome la mejilla en su versión de besos.

—Buenos días, pequeña belleza. Debes sentirte mejor —no estaba irritable ni se quejaba.

—Ay —me llevé la mano a la mejilla donde me había mordido. Me había mordido. Pasé un dedo por sus encías y encontré el borde afilado de un diente que estaba saliendo. No era de extrañar que hubiera estado infeliz y molesta. Le estaban saliendo los dientes.

—Eso es, nada de morder —la cogí y salí de la cama. Ella se rio. Posiblemente era el mejor sonido del mundo.

La llevé a la cocina y encontré un yogur en la nevera. Wayne aún no había llegado, así que estábamos solos por un rato. Cecelia vendría pronto. No estaba preocupado. Por primera vez en más de una semana, sentía que tal vez la niña y yo estaríamos bien.

El yogur era menos sucio que la avena, y pude dejar a Georgie en su trona mientras llamaba a los pediatras de la lista.

—No, no tengo sus registros médicos. No, no sé quién era su último médico. No, no lo sé —me sentía como un disco rayado. La información que tenía sobre Georgie era mínima en el mejor de los casos. Ni siquiera sabía si había nacido en este país. Conociendo la

vida que Argene había estado llevando la última vez que tuve contacto con ella, las probabilidades no eran altas.

Llamé al siguiente nombre de mi lista.

—Consulta del doctor Branigan, ¿en qué puedo ayudarle?

—Llamo para saber si el doctor acepta nuevos pacientes pediátricos.

—Puedo ayudarte con eso. ¿Cuándo sale de cuentas? —preguntó la animada mujer al otro lado de la línea.

—¿Perdón? ¿De cuentas? —pregunté.

—¿No estás llamando para dar de alta a una nueva paciente?

—Así es, pero ya ha nacido —dije.

—Oh, lo siento mucho, supuse que eras un padre primerizo concertando la primera cita del bebé. —Pude oír su mueca de vergüenza.

—Mira, normalmente, no sería un buen comienzo para mí, pero tengo esta situación y, bueno, ahora sientes que necesitas compensarme, ¿verdad?

—Lo siento muchísimo. ¿Cómo puedo arreglarlo? —preguntó.

—Tengo la custodia temporal de mi sobrina. Tiene diez meses. Lo único que tengo es su fecha de nacimiento. No conozco su historial médico. No sé qué vacunas le han puesto o no. Ni siquiera sé si nació en Estados Unidos.

—¿Eso es relevante?

—Absolutamente. Y no conozco la salud de mi hermana durante el embarazo. Lo que sí sé es que esta niña come. Puede sentarse. Tiene un lenguaje mínimo, o los principios de lenguaje. Y desde esta mañana, tiene dientes.

—Parece que tienes una situación complicada.

—Así es. Y hasta ahora, ninguno de los pediatras a los que he llamado está dispuesto a aceptarla como nueva paciente. Demasiadas incógnitas.

—Bueno, la Dra. Branigan trabaja con muchos niños inmigrantes en la clínica gratuita.

—¿Qué tiene eso que ver con mi situación? —No me importaba la labor benéfica de la doctora.

—Eso significa que está acostumbrada a tener muchas incógnitas cuando conoce a sus pacientes. Así que no tener información no será un obstáculo. Podemos programar una revisión pediátrica a principios de la próxima semana, ¿te gustaría?

Me gustaba, y me reprendí a mí mismo por asumir que el doctor era un hombre. Podía tachar de mi lista de tareas conseguir un médico para Georgie.

El ascensor sonó. Aunque no hubo llamada por el interfono del conserje avisándome de que Cecelia había llegado, cogí a Georgie y fui a recibirla. Me sentía como mostrando con orgullo que Georgie ya tenía una cita concertada. Era como un niño pequeño ansioso por recibir elogios.

—Señor Sterling, señorita Georgie, buenos días —dijo Wayne mientras las puertas del ascensor se abrían mostrando que era él quien había llegado, y no Cecelia.

Miré mi reloj. Se estaba haciendo tarde. Georgie pronto se echaría su primera siesta del día.

—¿Tuvo una velada aceptable? —preguntó Wayne.

—Sí, gracias. La cena estuvo perfecta. —Estaba un poco reseca, pero había sido culpa mía. Había mantenido a Cecelia en la cama un par de horas antes de que alguno de los dos recordara que teníamos la cena calentándose en el horno.

—Espero a Cecelia para el almuerzo —le informé.

—Muy bien —respondió.

No estuvo muy bien. Cecelia no apareció antes del almuerzo, ni siquiera más tarde. La esperé pero me di por vencido y comí cuando alimenté a Georgie. Cogí mi móvil y revisé mis mensajes. Nada.

Estaba a punto de llamarla finalmente para ver qué la estaba retrasando tanto cuando sonó el teléfono. El identificador de llamadas era el suyo.

—Cecelia, pensaba que ya estarías aquí. ¿Está todo bien?

—¿Es usted el señor Sterling Alexander?

—Sí, soy yo. ¿Dónde está Cecelia? ¿Está bien? —Los nervios se me agarraron al estómago.

—Sinceramente, no lo sé. Me dijeron que le llamara...

—Este es su número. Estás llamando desde su teléfono —gruñí.

—No, señor, este es el número de la agencia. Me dijeron que le llamara y le pidiera disculpas. Esperaba una reunión con su trabajadora social hoy. Hemos reasignado su caso. Su nueva trabajadora social pasará mañana.

—¿Qué le ha pasado a Cecelia? —exigí.

—Ha sido reasignada a algo más adecuado a su experiencia. Eso es todo lo que puedo decirle. Lamentamos las molestias. Que tenga un buen resto de tarde.

¿Cómo se suponía que iba a tener una buena tarde? Cecelia no estaba aquí y, por lo visto, ni siquiera tenía su número de teléfono.

18

CECELIA

No parecía capaz de moverme. Me quedé completamente inmóvil e intenté dar sentido a las palabras que Greta prácticamente me estaba lanzando. No hablaba conmigo. Hablaba en mi dirección. Y esta mañana, estaba arrojando palabras a toda velocidad.

Debería haber intentado esquivar y agacharme. Quizás parte de su andanada me habría pasado de largo.

Greta dejó de hablar. Como no respondí inmediatamente, finalmente levantó la mirada de su trabajo, con el rostro tenso.

—¿Y bien?

—Yo... estoy confundida.

—Cecelia, ¿acaso no has estado escuchando? —espetó.

—Sí, he estado escuchando. Y escucho cada vez que me dices algo. Cuando te pregunté sobre la situación con Sterling Alexander, me dijiste que solo iba a tener un cliente a la vez. Entonces, ¿cómo es que estoy siendo castigada por hacer mi trabajo?

—Se supone que debes ayudar a localizar recursos y trabajar a través de situaciones difíciles que tu cliente te presenta.

Asentí. Sí, esa era mi comprensión, y de eso se trató el día de ayer tan largo, actividades vespertinas aparte. Abrí la boca para defenderme y decir precisamente eso cuando Greta continuó.

—Ha llegado a mi conocimiento que pasaste el día en el zoo con tu cliente.

Paseé la mirada por los montones de papeles en su oficina. ¿Cómo se había enterado tan rápido? Solo se lo había mencionado brevemente a Peggy, la otra agente en la oficina, cuando llegué esta mañana.

—¿Te has quemado con el sol? —me preguntó Peggy.

Acababa de llegar a mi escritorio y estaba guardando mis cosas cuando Peggy comenzó a bombardearme con preguntas.

—No viniste ayer. ¿Qué estabas haciendo? —continuó la indagación.

—Sí, pasé gran parte del día al aire libre. Llevé a mi cliente al zoo, como una prueba de su capacidad para sacar a Georgie al mundo exterior.

—¿Cómo funciona eso exactamente? ¿Aprendiste algo realmente? —Peggy continuó con más preguntas.

—Fue un éxito notable. Y cuando nos sentamos a revisar dónde estaban los problemas, acabamos haciendo un gran plan de acción, encontrando todo tipo de lagunas y cosas que se habían pasado por alto. Oye, ¿sabes si hay archivos maestros en alguna parte?

Peggy alzó las cejas.

—Tengo el expediente del cliente, pero parece que falta alguna información. Supongo que si esos registros están disponibles, estarían en un archivo maestro —dije.

Se encogió de hombros.

—Nunca me ha faltado la información que necesitaba. Puedes consultar con Greta.

—Gracias, lo haré.

Y luego volví a guardar mis cosas. Fui a la sala de descanso y me serví una taza de café. Mientras estaba allí, hice las copias necesarias que necesitaba para completar el informe que debía redactar esta mañana. Regresé a mi escritorio. Peggy no estaba en el suyo, pero no le di mayor importancia. Teníamos trabajo que hacer. Supuse que ella estaba haciendo el suyo.

Acababa de empezar a redactar mi informe cuando Greta utilizó el intercomunicador para pedirme que fuera a su despacho. No

levantó la vista cuando entré en su oficina antes de empezar a lanzarme palabras. Al principio, pensé que me estaba acribillando con preguntas porque siempre parecía estar haciendo varias cosas a la vez y con prisa. Pero nunca hizo una pausa lo suficientemente larga para que yo respondiera.

—Nos preocupa que te estés enamorando de tu cliente.

Esas palabras fueron un completo golpe bajo al plexo solar. Me costaba respirar. No había forma de que pudiera saber sobre mis sentimientos hacia Sterling. Ninguna. Y a menos que tuvieran espías vigilándome, no había razón para que pensaran que yo había... No, ni siquiera iba a dejar que ese pensamiento entrara en mi mente, por si de alguna manera soltaba la verdad de lo que pasó entre Sterling y yo.

—Estás pasando tiempo excesivo con la bebé, llevándola al zoo, cuidándola por la noche para que su tutor pueda asistir a eventos...

—Eso no es lo que ocurrió. Dejé claro en mi informe que el cliente se excedió y que yo...

Greta desestimó mi preocupación con un gesto.

—Sea como sea, se te está reasignando. Ya hemos tomado la decisión.

¿Qué "hemos"? La oficina principal era como un pueblo fantasma. Solo había conocido a Peggy y a otra trabajadora social, Jeanne. Y en cuanto a la dirección, no había conocido a nadie. Había una mujer que mantenía conversaciones susurradas con Greta de vez en cuando, pero no tenía ni idea de quién era.

Empezaba a pensar que quizás esta agencia no era tan reconocida como yo había pensado o me habían hecho creer.

Cerrando los ojos, me tomé unos segundos para recomponerme. Sí, Georgie me parecía adorable, y sí, probablemente estaba demasiado involucrada en asegurarme de que Sterling la cuidara adecuadamente. Quería que su situación fuera una historia de éxito. No quería que Georgie creciera como yo lo había hecho: tolerada. Y sí, quizás quería estar cerca de ellos más de lo que podría considerarse un interés profesional.

Abriendo los ojos, intenté fijar mi mirada en Greta, pero ella había vuelto a hojear carpetas y murmurar cómo todo esto sería

mucho más fácil si alguien simplemente le proporcionara un portátil.

Solté un suspiro largo y lento.

—De acuerdo. ¿A quién debo devolver el expediente de Alexander?

Greta dio una palmadita a uno de los muchos montones de su escritorio. —Puedes dejarlo aquí.

—¿Hay un expediente principal del bebé? Su tutor —no sabía si podría pronunciar sus nombres sin alterarme— necesita algunos informes médicos para llevarla a una revisión infantil.

—¿Está enferma la niña? —preguntó Greta.

—En absoluto. Pero acordamos ayer que probablemente debería hacerse un chequeo para asegurarnos de que no haya problemas de salud que él deba conocer. —Dudé. Ya me estaba ignorando—. Lo incluiré en mi informe.

—Hazlo. Necesitaremos una evaluación exhaustiva, que incluya todas las acciones realizadas y dónde estabas tú en el esquema general.

Asentí. Lo entendía. Necesitaban que hiciera un volcado completo de todo, y no solo un informe de progreso quincenal. En lugar de indicar que en una excursión destinada a evaluar la preparación del cliente, descubrimos lo lamentablemente poco preparado que está en todas las facetas del cuidado de un niño, y se creó la lista de tareas resultante, tendría que documentar todo. Y estaba bastante segura de que querían absolutamente todo.

De acuerdo. Escribiría para ellos la historia de Georgie y Sterling hasta el momento, omitiendo cualquier cosa relacionada con mis sentimientos al respecto. Iban a recibir un informe increíble de mi parte.

Cuando comenzaba a marcharme, Greta me detuvo. —Cecelia.

—¿Sí? —Me detuve y esperé.

—Necesito que completes ese informe y devuelvas el expediente a mi escritorio antes del mediodía. Tengo una reunión y necesitaré eso para poder reasignar el caso.

No era lo que esperaba oír. Había deseado que me dijera que me tomara mi tiempo.

—¿No tendrás la información del cliente en tu móvil, verdad? —preguntó Greta.

—Sí, para poder llamarle. Les hice algunas compras anoche.

Negó con la cabeza y extendió su mano. —Ese es exactamente el tipo de cosas sobre las que te advertí. Acercarte demasiado. Desbloquea tu teléfono, por favor. —Agitó los dedos hasta que coloqué mi móvil en su mano.

Se me hizo un nudo en la garganta mientras ella navegaba por la pantalla de mi teléfono. Dios mío, ¿y si veía las fotos de nosotros en el zoo? Todos vestidos de amarillo, pareciendo una familia. El estómago se me cayó a los pies y el sudor del pánico me perló la espalda.

Con hábiles deslizamientos y toques, eliminó a Sterling Alexander de mis contactos. —¿Él tiene tu número? —Me devolvió el teléfono.

Negué con la cabeza, sin estar segura todavía de si podía respirar lo suficientemente bien como para responder. No sabía si lo tenía. No podía recordarlo. Él sabía dónde vivía. Me había dado su número por si lo necesitaba mientras estaba fuera, pero no lo había llamado ni le había enviado mensajes. —No creo.

—No copies nada del expediente. Eso es una violación de la confidencialidad. Y una infracción muy grave, en lo que a nosotros respecta. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo? —Me miró de nuevo, con los ojos entrecerrados.

¿Por qué no podía simplemente decir las palabras y no esperar que yo rellenara el espacio en blanco no expresado? —Mi trabajo está en juego si utilizo mi acceso a su información personal para contactarles ahora que ya no soy su trabajadora social.

—El Dr. Gareth tenía razón, eres una joven inteligente que capta rápido. Informe y expediente antes del mediodía. —Volvió a dar una palmadita al montón.

Había sido despachada.

Greta había tomado los rumores de oficina y había extrapolado que me estaba acercando demasiado al cliente. ¿Con qué frecuencia ocurría esto en este trabajo? ¿Estaba simplemente siguiendo un camino muy transitado por los trabajadores sociales primerizos que

se involucran demasiado porque queremos preocuparnos, y por eso nos preocupamos demasiado?

Estaba entumecida cuando me senté en mi escritorio. Abrí el expediente. El número de Sterling estaba justo ahí. Intenté memorizarlo, pero sabía que para cuando terminara mi informe —más bien un catálogo de eventos, acciones y tareas subsiguientes que el cliente debía completar— habría olvidado la cadena de números.

19

STERLING

Esta mañana, pensé que sería buena idea vestirme para el día antes de que llegara la nueva asistente social. No estoy seguro de cuándo ni por qué, pero había dejado de molestarme en vestirme hasta después de que Georgie hubiera desayunado. Quizás era porque, al menos para ella, era más fácil lavar la piel que la ropa. Si se ensuciaba y se ponía pegajosa, un rápido enjuague en la ducha era bastante sencillo.

Y para mí, no quería repetir el esfuerzo. Así que no me molestaba. También creo que conseguía ganar algunos puntos de simpatía con Cecelia si se presentaba y yo seguía en pijama. Parecía el sufrido soltero en apuros que era, lanzado sin ceremonia a la paternidad.

Sorpresa, no es tu hija, pero aquí tienes, ahora tienes un bebé. Apáñatelas. Cecelia se suponía que era la que me estaba ayudando a salir adelante. En cambio, ahora tenía que enfrentarme a la severa mujer que la había sustituido.

Cecelia podía sacarme de quicio, pero era encantadora y divertida. Esta mujer tenía la calidez de un buque portacontenedores. Sí, todo el barco.

Wayne la acompañó a la cocina cuando llegó. Se llamaba Peggy Stanholt, y si algo era, era puntual.

—¿No está preparado para mí? —preguntó con tono imperioso.

—El desayuno está llevando más tiempo de lo habitual. Georgie está teniendo algunas dificultades esta mañana.

Esta mañana era un ejemplo perfecto de por qué el desayuno era mejor servirlo mientras la niña llevaba solo un pañal. Después de que quedara claro que prefería ponerse el yogur en vez de comérselo, cambié a avena por si esta era su manera de hacerme saber que no quería yogur.

Cogió puñados de la tibia papilla y luego comenzó a tirar de su ropa. La avena se incrustó en su cuello y por toda la parte delantera del vestido, tanto por dentro como por fuera. Tenía avena en el pelo. Solo era consciente de que la avena que le metía directamente en la boca con la cuchara entraba dentro. Y la mitad de esa, la sacaba con la lengua.

No estaba disgustada. Al menos había eso. No, Georgie pensaba que era muy divertido. Pataleaba, se reía y usaba sus palabras de bebé, fuera lo que fuese que significaban.

Yo tenía avena untada por uno de mis muslos, y mi camisa parecía un cuadro de Jackson Pollock si lo hubiera creado usando avena y yogur de fresa. Los pantalones eran de lino de Dolce & Gabbana. No sabía nada sobre manchas de comida en ropa de diseñador. Solo esperaba que no estuvieran arruinados.

—Debería haberla alimentado y estar listo con sus preguntas a estas alturas —repitió Peggy su queja.

—Lo entiendo. Sin embargo, como bien sabe, lidiar con todo esto es nuevo para mí. Estoy aprendiendo que Georgie no funciona con un horario.

Resopló con desdén.

—Wayne —empecé—. ¿Por qué no acompañas a Peggy...

—Señora Stanholt —corrigió.

—Señora Stanholt al salón —continué—. Soy consciente de que es usted una mujer ocupada, señora Stanholt, y que tiene otras citas hoy. Sin embargo, simplemente no puedo dejar a la niña en estas condiciones mientras revisa el estado de nuestro caso. Seré rápido.

—¿Por qué no puede hacerlo él? —Señaló a Wayne.

—No, señora. Yo no proporciono cuidado infantil. Por aquí, por favor. —No debería haberme producido tanto placer que Wayne la cortara de esa manera. Él sostendría a Georgie el tiempo suficiente para que yo pudiera ir al baño un momento, pero no hacía mucho más con ella. Ni debería hacerlo. No era su trabajo.

Cogí a Georgie, que se rio como si todo esto fuera muy divertido.

—Estás hecha un desastre completo. —Acepté que cualquier suciedad en ella iba a acabar en mí y ni siquiera intenté mantener su pegajosidad lejos de mi ropa.

Era más fácil limpiarla en la ducha. Dejé nuestra ropa en un montón en el suelo de la ducha. Me puse unos vaqueros más informales y holgados y otra camisa de botones antes de vestir a Georgie con otro vestido de algodón. Descalzo, pero sin querer hacer esperar a la señora Stanholt, caminé por el ático hasta la cocina, cogí un biberón ya preparado para el día para Georgie, y la llevé conmigo al salón.

—Todos estamos menos pegajosos así —anuncié mientras me sentaba. Mantuve a Georgie acurrucada contra mí. Se acurrucó y bebió su biberón. Creo que esta mañana había sido demasiado estimulante para ella y estaba lista para calmarse un poco.

—Veo en su expediente que debía establecer un plan de emergencia. ¿Cómo va eso?

Me encogí de hombros. —Bien, supongo. Hay una lista en mi nevera —para disgusto de Wayne— con las dos salas de urgencias más cercanas y los números de teléfono de emergencia.

—¿Por qué no tengo una copia?

—Porque eso fue algo que preparé después de mi última reunión con Cecelia, según sus instrucciones. —Me incliné hacia delante, dificultado ligeramente por la niña acurrucada en mi costado—. ¿Dónde está Cecelia?

—La señorita Harrison ha sido reasignada a un cliente más adecuado para sus habilidades.

—Estaba haciendo un trabajo perfectamente bueno con nosotros. A Georgie le caía bien. —Se me encogió el estómago. La quería de vuelta—. Me pareció más que competente y aceptable.

La severa mujer volvió a resoplar con desdén.

—¿Ha llevado —hojeó la carpeta— a Georgie al pediatra ya? —¿En serio? ¿No se había molestado en aprender el nombre de Georgie?

Negué con la cabeza. —No, no la he llevado.

—¿Ha ido al zoo, pero no al médico?

—¿Come usted sushi, señora Stanholt? —pregunté.

—No veo cómo esto es relevante. —Puso los ojos en blanco.

La miré fijamente y levanté las cejas mientras esperaba a que respondiera.

—No, no como pescado crudo.

—¿Has estado en Francia? ¿París? —pregunté.

—Sí, pero ¿qué tiene que ver eso?

—¿Has estado en París, Francia, pero no comes sushi?

Estaba completamente confundida. —Sí, pero ¿qué tiene eso que ver con nada?

—Exactamente así suenas cuando preguntas si ha estado en el zoo antes que al médico. A no tiene relación con B. Lo que habría sido correcto es que notaras que no ha ido al médico desde que obtuve su custodia. Y en lugar de intentar avergonzarme por llevarla a ver flamencos y tigres, deberías haberme entregado cualquier historial médico que pudieras tener de ella.

Peggy Stanholt frunció el rostro y se removió indignada. No me habría sorprendido si hubiera resoplado un «jamás en mi vida».

—Georgie tiene una cita la semana que viene —continué—. Habría sido útil poder proporcionar algo más que su fecha de nacimiento. Probablemente debería conseguir una copia de su partida de nacimiento. Ni siquiera sé dónde nació.

La señora Stanholt me lanzó una mirada de preocupación. —¿Eso supone un problema?

Ya estaba cansado de luchar contra esta mujer, y no llevábamos hablando mucho tiempo. Esto no era una reunión para asegurarse de que tuviera lo que necesitaba. Era un tira y afloja. Quería que volviera Cecelia.

—Señora Stanholt, entiendo que se me considere un tutor temporal mientras los abogados del patrimonio de mi difunta hermana se agotan buscando al padre de Georgie basándose en

alguna información críptica que mi hermana dejó. He llegado a aceptar que posiblemente Argene lo hizo para que, tras su muerte, yo no descubriera que no tenía ni idea de quién era realmente el padre de Georgie. Mi hermana guardaba secretos a la familia y a mí. Intuyo que este podría ser su último secreto. Según tengo entendido, aunque se mencionó a un "padre", no se indicó su nombre. Conociendo lo que creía saber de Argene, no es descabellado preguntar por el lugar de nacimiento de la niña.

—Como tutor temporal, no veo por qué eso debería preocuparte.

Me tocó a mí resoplar. —Porque dudo que esta sea una situación temporal. Me gustaría tener a mis propios abogados preparados para establecer la custodia completa cuando llegue el momento. Incluso si Georgie sigue siendo mi pupila, necesitará pasaportes, un número de la Seguridad Social e identificación. Necesito un certificado de nacimiento para ocuparme de eso.

—Añadiré tus preocupaciones a mis notas. Veo que se han hecho otros avances respecto al mobiliario —intentó cambiar de tema—. Al menos pareces ser eficiente bañando a la niña.

Con Cecelia, Georgie y yo éramos personas con necesidades y ella estaba allí para ayudar. Incluso si primero tenía que regañarme. Con esta mujer, no éramos más que casillas que marcar en una lista.

—¿Tienen alguna información sobre el estado de su padre? —pregunté.

—¿A qué te refieres?

Me refería a si tenían idea de lo que estaban haciendo. ¿Estaban cerca o realmente no había forma de saber quién era ese hombre? Georgie soltó el biberón, y me di cuenta de que estaba profundamente dormida. Me acomodé para sostenerla de manera que estuviera más cómoda. Habían pasado semanas, pero tenerla en brazos ya era natural. No tenía que pensar en ello. Me di cuenta de que no quería que un hombre sin nombre que había aportado material genético aleatorio me la arrebatara.

Necesitaba que mi cita con Peggy Stanholt terminara pronto. Tenía cosas que hacer; la primera, contactar con mis abogados sobre el establecimiento de un acuerdo de custodia más

permanente, y la segunda, ponerme en contacto con el detective privado que tenía buscando al padre de Georgie.

20

CECELIA

Alisé la parte delantera de mi ropa y confirmé que no tenía migas ni nada en mi camisa. Haciendo un rápido inventario mental, comprobé que llevaba conmigo el expediente del nuevo cliente, un bloc de notas, varios bolígrafos y una carpeta llena de folletos informativos sobre los servicios que iba a recomendar.

Me quedé en el portal, inspiré por la nariz y dejé salir el aire en una larga y lenta exhalación antes de tocar el timbre.

La puerta se abrió inmediatamente. Sentí un cosquilleo en el estómago y en el cerebro. Probablemente habían estado esperándome y me observaron mientras me preparaba mentalmente. La próxima vez, tenía que recordar hacer toda esa respiración y comprobación de inventario en el coche, no en la puerta de entrada.

—¿Es usted la mujer de la agencia? —preguntó un hombre de mediana edad.

—¿Es la señorita Harrison? —llamó otra voz desde algún lugar dentro de la casa.

—Eh, sí a ambas preguntas —dije con una sonrisa nerviosa. Presentarme en casas de desconocidos antes de saber quién era quién me ponía nerviosa. Cuando llegué al apartamento de Sterling,

los nervios me habían puesto malhumorada y un poco maleducada. No quería que volviera a ocurrir.

No estaba aquí para mandar a esta familia. Ellos necesitaban ayuda.

—Adelante. —El hombre dio un paso atrás y me invitó a entrar en su hogar.

Era una casa pequeña y acogedora. Estas eran personas que trabajaban para vivir. No eran herederos de una familia rica ni directores de corporaciones.

—Muchas gracias por venir. —Una mujer de aspecto cansado se acercó a mí y me tomó la mano, estrechándola. Más que darme la bienvenida a su casa, parecía que se aferraba a mí buscando apoyo —. Soy Lucille, y este es mi marido, Oscar.

Asentí y sonreí. Dudé porque no me parecía correcto decir "un placer" al conocerlos. Después de todo, las circunstancias eran trágicas. —Encantada de conocerles. Pueden llamarme Cecelia. ¿Cómo está hoy su hijo Héctor? —Quería conocerle. Pero si estaba teniendo un día agotador o difícil, conocerme podría ser demasiado.

—Está durmiendo ahora mismo. Si se despierta, ¿le gustaría conocerle? —preguntó Lucille.

—Me encantaría. Pero solo si él se encuentra con ánimos para conocerme. Entiendo que no lleva en casa más de una semana. Todo es un proceso de adaptación, y no quisiera estresarle.

Oscar dejó escapar un suspiro tembloroso. —Gracias. Desde que ha vuelto a casa, parece que todo el mundo quiere venir a visitarle. En el Hospital Infantil, solo permitían la entrada a familiares, y solo a quienes nosotros autorizábamos. Pero ya no tenemos ese filtro aquí. Decir que no a las visitas que se presentan sin avisar es agotador. Ahora mismo solo tiene un par de horas buenas al día.

Asentí. Pobre niño. Le había atropellado un camión de reparto. Tenía el cuello y la espalda rotos, además de una pierna y un brazo. Había sufrido muchas otras lesiones, pero la más dura, de la que nunca se recuperaría, era el daño en su columna que le había dejado parcialmente paralizado del cuello para abajo y completamente paralizado de cintura para abajo.

—No quiero añadir más carga a la suya de ninguna manera. De hecho, estoy aquí para asegurarme de que se están cubriendo sus necesidades de apoyo.

—La empresa envió a un representante, y nos ayudaron a conseguir el equipo médico. Están pagando todo —dijo Lucille.

—No quieren que les demandemos por millones —añadió Oscar.

Mis cejas se elevaron, y miré de uno a otro. No debería preguntar, pero mi curiosidad estaba despierta. Las notas en su expediente indicaban que había una demanda presentada por la compañía de seguros, pero no vi nada sobre una demanda personal.

—Estamos en mediación —dijo Lucille—. El dinero no le devolverá las piernas a mi pequeño, pero ellos fueron los responsables. Tienen que hacerse cargo de él.

Asentí como si lo entendiera. Lo anotaría para el expediente del caso. No tenía idea de qué parte había contactado con mi agencia, así que necesitaba ser objetiva.

—¿Podría echar un vistazo rápido a la habitación de Héctor? No quiero molestarle, solo quiero ver qué tipo de equipo tenéis instalado. Podría tener algunas ideas sobre qué más os resultará útil. Y luego podemos sentarnos y revisar en qué áreas estáis teniendo dificultades.

Seguí a Lucille por un pequeño pasillo. Abrió la puerta de una habitación que zumbaba con equipos. En medio de una enorme cama médica y una pared de equipos de monitorización había un niño pequeño. No podía tener más de cinco o seis años. A su lado había un tigre de peluche. Parecía muy querido y desgastado. Se me encogió el corazón y se me cortó la respiración.

Héctor apenas tenía siete años, y parecía pequeño para su edad. O quizás simplemente parecía pequeño debido a la escala de todos los equipos que le rodeaban. Tomé nota de la bombona de oxígeno y los reguladores. Medidores y monitores. Había muchos tubos y cables. Una silla de ruedas eléctrica estaba a un lado, todavía envuelta en plástico y con etiquetas informativas en el manillar.

Asentí agradecida, y ella cerró la puerta. La seguí de vuelta por el pasillo hasta la cocina. Parecía tener años más de los que sabía que

tenía cuando nos sentamos alrededor de la mesa de la cocina. Saqué la carpeta con todos los folletos y los catálogos.

—Creo que lo primero que vais a tener que solicitar es una furgoneta adaptada, completamente equipada para ayudaros a llevar a Héctor a sus citas y traerlo de vuelta. —Encontré el folleto de la furgoneta y se lo pasé por encima de la mesa.

Estuve allí durante horas. Ni me molesté en parar en la oficina para redactar mis notas. Me fui directamente a casa. Pensé que iba a desplomarme. Arrastré los pies por las escaleras. Parecía una tarea imposible. Eso me pasaba por tener un apartamento en el segundo piso de un edificio sin ascensor, sin alternativas, sin elección. De alguna manera, logré abrir la puerta principal. Creo que la cerré antes de dejar caer todo lo que llevaba al suelo y tambalearme hasta el sofá.

Jadeando por respirar, vinieron las lágrimas, y comencé a sollozar. No me había dado cuenta de que necesitaba llorar. Me sentía cansada, agotada más allá de lo razonable. Al parecer, eso significaba que necesitaba dejar salir todas mis emociones.

Abracé un cojín contra mi pecho y me encogí sobre mí misma. Jadeaba buscando aire y me lamentaba.

Lloré porque estaba tan cansada que no podía seguir adelante. Lloré por ese hermoso niño ahora atrapado en su pequeño y roto cuerpo. Su mente estaba ahí, y era inteligente, pero todas las posibilidades de su vida le habían sido arrebatadas. Sentí angustia por su familia y la lucha que ahora tenían por delante. Su hijo brillante y alegre nunca podría correr y saltar. Con el tiempo, él aprendería a jugar, y sus padres se acostumbrarían a la rutina que ahora componía su vida. Lloré por el miedo y la desesperanza que vi en los ojos de su madre y la ira que vi en los de su padre.

Sollocé toda la autocompasión que tenía porque me habían reasignado. No entendía por qué Greta no podía haberme dado una segunda asignación si la agencia necesitaba limitar el tiempo que pasaba con Sterling y Georgie. ¿Por qué tenían que alejarlos de mí?

Porque me estaba encariñando demasiado. Y lloré porque me había encariñado mucho, y les echaba de menos. Echaba de menos la amplia sonrisa de Georgie mientras aprendía a controlar su cara.

Echaba de menos sus pequeñas manos agarradoras, y echaba de menos a Sterling.

No había forma posible de que la agencia supiera que me había acostado con él. No podían saberlo. Mientras mi sensación de estupidez me arrastraba de nuevo, lloré aún más. No podía creer que fuera tan idiota.

Me había acostado con Sterling. ¡Un cliente! Eso era lo peor. Tan tonta, tan increíblemente tonta. Y tan increíblemente maravilloso. Una parte de mí sabía que había merecido la pena, aunque solo fuera para tener algo que recordar cuando fuera vieja y estuviera sola. Un hombre hermoso me había hecho sentir que yo era su mayor deseo.

Y por supuesto, eso me hizo llorar aún más. Claro que Sterling me hizo sentir increíble. Era bueno. Eso era experiencia y habilidad y no tenía nada que ver con algo entre nosotros. Porque no había nada entre nosotros. Él era mi cliente.

Pero él y Georgie no se sentían como clientes. No eran algún problema que yo tuviera que resolver. Cuando estaba con ellos, sentía que pertenecía allí. Se sentían como familia.

Con un gemido, me caí del sofá. Golpeé el suelo con una sacudida. Necesitaba meter algo de sentido común en mi cabeza. Había llorado hasta el punto de tener los ojos hinchados, y mis senos paranasales estaban cerrados por la hinchazón y los mocos. Me tambaleé por mi pequeño apartamento hasta el baño.

Seleccioné una pastilla efervescente para la ducha con aroma a eucalipto y lavanda. Burbujearía y llenaría el aire con un olor calmante que también debería abrir mis vías respiratorias. Encendí la ducha, ardiendo, y me desnudé.

No podía lavar los fracasos de mi día, pero el calor le sentaba bien a mi corazón adolorido y a mis músculos doloridos. Había sido un día emocionalmente largo. Todo lo que quería era estar cómoda y alimentada. Después de la ducha, me puse unas mallas que se sentían como un abrazo y una camiseta de manga larga extragrande. Mi pelo seguía envuelto en la toalla.

El clima afuera era agradable, tal vez incluso cálido, pero necesitaba el peso y el confort de una manta. Me acurruqué en el

sofá y encendí la televisión. Eventualmente, podría querer algo de comer, pero por ahora, necesitaba algo que alejara mi mente de todos los errores que había estado cometiendo. Necesitaba concentrarme en los problemas de otra persona.

21

STERLING

La mujer frente a mí se echó el pelo hacia atrás, otra vez. ¿Cuántas veces puede una persona sacudir su pelo y soltar risitas estúpidas sin motivo en el intervalo de veinte minutos? Demasiadas, muchísimas más de las necesarias.

Había terminado con esta entrevista. Me puse de pie.

—Gracias por su tiempo.

—¿No va a enseñarme al bebé? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—No creo que sea necesario —dije, señalando con un movimiento de brazo y la palma hacia arriba que debía marcharse.

—Señor Sterling, la señorita Stanholt ha llegado —anunció Wayne.

—Por favor, acompaña a la señorita... —mierda, había olvidado su nombre con tanto movimiento de pelo. Bajé la mirada hacia su currículum— Stevens a la salida y haz pasar a la señorita Stanholt.

La sacudidora de pelo Stevens torció los labios y me lanzó una mirada desdeñosa antes de echarse el pelo hacia atrás, esta vez con irritación y una contundencia que no esperaba. No tenía ni idea de que el cabello pudiera ser tan expresivo.

—Espero que no estuviera pensando en contratar a esa mujer como niñera —dijo la señorita Stanholt con severa desaprobación

mientras entraba en el salón.

—¿Y eso por qué? —No tenía intención de tener nada que ver con ella y sus sacudidas de pelo, pero ahora casi sentía ganas de salir corriendo tras la chica Stevens solo para fastidiar a esta mujer.

—Realmente debería permitirme realizar una verificación de antecedentes de todas las candidatas. Al fin y al cabo, mi agencia es la responsable última del bienestar de la niña.

Eso era exagerar, pero Peggy Stanholt tenía un sentido de la responsabilidad inflado.

—Estoy encantado de someter a cualquier candidata a una verificación de antecedentes. Sin embargo, simplemente no he encontrado a nadie que merezca una segunda entrevista.

—¿Ha contactado con la agencia que le recomendé? —Formulaba cada pregunta como si esperara que hubiera ignorado por completo sus recomendaciones.

Admití abierta y libremente que el cuidado infantil me resultaba tan extraño y nuevo que no merecía la pena jugar a juegos de ego y abrirme paso a través de ello con dificultad. No cuando era Georgie quien realmente sufría.

—¿De dónde cree que vino la señorita Stevens? Todas las personas con las que he entrevistado han sido enviadas por la agencia que usted sugirió.

—¿Con cuántas candidatas se ha reunido ya?

Solté un largo suspiro.

—Me reuní con cuatro ayer, y tengo seis programadas para hoy. Y más mañana.

El monitor de bebé transmitió el balbuceo de Georgie hasta el salón.

—Disculpe, Georgie está despierta. Volveré enseguida. Póngase cómoda.

No me importaba si lo hacía o no. Corrí por el pasillo hasta la habitación de Georgie y abrí la puerta. Estaba de pie en su cuna, con las manos en la barandilla mientras se balanceaba de un lado a otro. Sonrió e hizo más sonidos que casi eran palabras. Dijo algo que sonaba como *Papá*.

Me detuve justo antes de llegar a la cuna.

Ella extendió los brazos, y esta vez, fue muy clara en sus ruidos. Dijo:

—Papá.

Corrí hacia ella y la levanté en mis brazos, dándole un gran beso en la mejilla.

—¿Me has llamado papá?

Repitió el sonido y me plantó su baboso beso con la boca abierta, casi un mordisco, en un lado de la barbilla.

La balanceé y la coloqué en el cambiador.

—Estás de buen humor, pequeña.

Ella sonrió y pataleó. Después de cambiarla, la cogí y la llevé de vuelta a donde la señorita Stanholt nos esperaba en el salón. Debería haber sido Cecelia. Se habría emocionado tanto al oír que Georgie me llamaba papá. Quería contárselo, y odiaba no poder hacerlo.

—Tengo otra entrevista para niñera en unos minutos. ¿Está planeando quedarse? —pregunté.

—Pensaba que habíamos hablado de que estaría disponible y presente durante sus entrevistas esta mañana. ¿No lo recuerda? —Me miró con desdén por encima de la nariz.

—Debe de habérseme olvidado —admití. Probablemente lo olvidé momentos después de que ella insistiera en estar aquí.

—¿A cuántas ha entrevistado ya?

—Dos ayer, y dos hasta ahora esta mañana. Ninguna me ha impresionado todavía. Ni a Georgie tampoco.

—El bebé no tiene exactamente voz ni voto —señaló la señorita Stanholt.

—Quizás no, pero preferiría no exponer a mi pupila a alguien que la asuste.

Peggy Stanholt puso los ojos en blanco.

—Señor Sterling, su siguiente cita ha llegado —anunció Wayne.

—Que pase.

Un momento después, una mujer anodina de mediana edad siguió a Wayne hasta el salón. Se interrumpía varias veces para hacer ruiditos de bebé a Georgie, pero la niña la ignoraba e intentaba esconderse en mi hombro.

—Es una niña tan juguetona —dijo la mujer.

—Puede serlo —dije. Pero en ese momento, Georgie estaba intentando que la mujer dejara de mirarla—. Ahora mismo no lo está.

—Tonterías. Déjeme cogerla —extendió las manos como si fuera a agarrar a Georgie de mi regazo.

Georgie empezó a llorar cuando la mujer se acercó.

Me giré en mi asiento.

—Ahora no —No pude leer su expresión, pero parecía decepcionada mientras volvía a sentarse.

—¿Tenía alguna pregunta adicional, señorita Stanholt? —pregunté. Había terminado con la entrevista.

La señorita Stanholt empezó a preguntar algo mientras me llevaba a Georgie y salía de la habitación. La llevé a la cocina para darle un biberón.

La coloqué en el suelo junto a mí mientras abría la nevera. Georgie agarró la pernera de mi pantalón y se puso de pie.

—¿Acabas de ponerte de pie?

Me miró, y su trasero se tambaleó de un lado a otro antes de caer sentada. Cogí un biberón y la levanté de nuevo.

—Te estás haciendo muy grande y fuerte.

Estaba tan orgulloso de ella. Le di un beso en la mejilla y la abracé. Ella cogió el biberón y se reclinó. La acomodé para que pudiera echarse hacia atrás y beber. Sus grandes ojos se encontraron con los míos.

—Voy a decirte algo —susurré para que solo ella pudiera oírme—. Espero que nunca encuentren a tu padre biológico. Te pareces tanto a tu madre. La echo de menos. Pero la he echado de menos durante mucho más tiempo del que lleva muerta. La perdí hace mucho. No quiero perderte a ti.

Me incliné y besé la parte superior de su preciosa cabecita.

Cuando regresé al salón, la señora Stanholt estaba sola. La otra mujer ya se había marchado.

—Parecía una candidata razonable.

—No —dije mientras me sentaba.

—¿Por qué no? —preguntó la señora Stanholt.

—Ni siquiera podía darse cuenta de cuándo Georgie intentaba evitar que la mirara. No era un juego de cucú-tras. Georgie literalmente intentaba esconderse y alejarse. No quiero una niñera que sea tan ajena al lenguaje corporal del bebé —coloqué a la pequeña a mi lado en el sofá. Se apoyó contra mí, sin ninguna preocupación en el mundo.

—Se te está acabando el tiempo. Deberías haber comenzado el proceso de contratación de la niñera desde el principio.

—Quizás —empecé a decir—. Pero si ese fuera realmente el caso, tu agencia habría sido más directa, ¿no crees?

Me miró con expresión inexpresiva.

—Está bien —dije—. Encontraré una niñera, y tú me pondrás al día sobre exactamente cómo va la búsqueda del padre biológico de Georgie.

La señora Stanholt arrugó la cara y empezó a resoplar.

—No tengo acceso a esa información.

—Necesito saberlo. Sería útil cuando contrate a una niñera poder informarle si es un puesto a corto o largo plazo.

Mantuvimos una especie de duelo de miradas. Yo quería información, y la mujer Stanholt parecía cabreada.

—Está bien, veré qué puedo hacer.

—Su próxima cita está aquí —anunció Wayne—. ¿Hago pasar a esta?

Las siguientes dos horas transcurrieron entrevistando candidatas. Las reuniones no duraron mucho. Las niñeras intentaban interactuar con Georgie, pero ella no quería saber nada de ninguna. Una mujer incluso la hizo llorar.

Yo no diría que ninguna de las candidatas fuera alguien a quien consideraría volver a llamar.

—¿Piensas volver para las entrevistas que tengo programadas mañana? —pregunté mientras la señora Stanholt recogía sus cosas.

—Confío en que puedas hacer evaluaciones iniciales sin que yo esté presente. Me gustaría estar incluida en la segunda ronda de entrevistas.

Asentí. A este ritmo iba a tener que llamar a una segunda agencia. Cogí a Georgie después de que la señora Stanholt se

marchara. La llevé a la cocina. Era hora de comer, y luego sería la hora de su siesta de la tarde.

Había sido una mañana larga. Mientras Georgie se metía trocitos de pollo y arroz en la boca, yo me metí una nugget de pollo entera en la boca. Parecía más fácil simplemente pedirle a Wayne que preparara una comida para los dos. Justo cuando Georgie se estaba convirtiendo en una niña funcional, yo me estaba convirtiendo en el padre de una niña que pronto sería una pequeña. Me reí mientras una calidez se extendía por mi cuerpo. Me gustaba la idea de ser su padre.

Pero había un vacío evidente en la pequeña familia en la que nos estábamos convirtiendo. Cecelia no estaba. Ella debería estar aquí con nosotros.

22

CECELIA

El día de hoy no fue ni de lejos tan agotador emocionalmente como el anterior. Pasé el día redactando informes y haciendo llamadas telefónicas para localizar recursos para los padres de Héctor. No tener que mirarles directamente a sus ojos desconsolados marcó la diferencia. Una ligera diferencia.

Toda la situación era abrumadora, pero tener algo de distancia, aunque fuera mínima, marcó la diferencia. Seguía siendo emocionalmente duro, pero al final de mi jornada laboral, no sentía que fuera a disolverme en un charco de lágrimas.

Paré a comprar comida china para llevar durante mi trayecto a casa. Me sentía destrozada y triste. No me di cuenta de lo emocionalmente difícil que sería este trabajo. Aparqué en mi plaza asignada y reuní todas mis cosas. Realmente necesitaba conseguirme un par de bolsas de tela. Mi incapacidad para transportarlo todo era claramente evidente por una vez. Tuve que aceptar que solo tenía dos brazos y dos manos. Con la bolsa que contenía mi cena colgada del codo y las carpetas precariamente equilibradas en mis manos, giré la esquina y empecé a subir las escaleras hacia mi apartamento. Necesitaba una mano libre para el pasamanos.

Mantuve los ojos fijos en los escalones frente a mí para mantener el equilibrio. No levanté la mirada hasta que escuché un familiar y feliz balbuceo de bebé. Me agarré con fuerza a la barandilla y miré hacia arriba. Contuve la respiración todo el tiempo.

En lo alto de las escaleras, delante de mi puerta, estaba Sterling. Sostenía a Georgie en su sillita de coche. Me estaban esperando. Solté el aire en una larga exhalación.

—¿Sterling?

—Cecelia, por fin estás en casa —dijo con una risita.

—¿Por fin? Sí, así es como se siente —continué subiendo.

—Te ofrecería llevar algo de eso, pero temo que puedas dejar caer algo —se echó hacia atrás y me dejó abrir la puerta.

Una vez dentro, crucé hacia la cocina y deposité todo lo que llevaba en los brazos sobre la mesa. Mi corazón latía con un golpeteo rápido y fuerte que me sacudía hasta los dedos de los pies. Era difícil recuperar el aliento, como si hubiera estado corriendo una carrera. Tenía miedo de darme la vuelta.

—Cecelia —la voz de Sterling era baja y suave contra mi oído. Su mano ardía en mi brazo mientras me giraba hacia su pecho.

—Cecelia —murmuró de nuevo segundos antes de que sus labios estuvieran sobre los míos.

Gemí contra él. Deseaba esto, había soñado con este momento en que volveríamos a estar juntos. El calor que se extendió por mi cuerpo se contrajo y se desplomó sobre sí mismo. Me aparté de él.

—Sterling, no —gimoteé. Alejarme de él fue más que emocionalmente difícil. Fue físicamente doloroso—. ¿Qué haces aquí? No puedes estar aquí.

Él señaló a Georgie, que estaba arrullando y retorciéndose en su sillita. —Te echamos de menos.

Corrí hacia ella y la saqué de la sillita. La abracé mientras ella me agarraba la cara y hacía suaves sonidos de reconocimiento. Olía a bebé limpio y a polvos de talco.

—Yo también os eché de menos, pero realmente no deberíais estar aquí —dije mientras me sentaba en el suelo con Georgie en mi regazo. Si la sostenía a ella, no sentiría la desesperada necesidad de abrazar a Sterling.

Sterling se agachó frente a mí. Tomó la manita de Georgie. —Han pasado tantas cosas en los pocos días desde que te fuiste —dirigió sus siguientes palabras a Georgie, elevando el tono de su voz —. ¿Verdad, Georgie? Muchísimas cosas.

Ella arrulló y balbuceó.

—¿Acaba de decir papá?

Sterling se rió. —Sí —su sonrisa era amplia y llena de orgullo—. Y deberías ver esto.

Sacó a Georgie de mi regazo, colocando sus pies en el suelo pero sosteniéndola erguida. Cambió su agarre alrededor de sus costillas para sujetarla solo por las manos.

Ella se mantuvo de pie por sí sola. Tambaleándose un poco, pero estaba de pie.

—¿Está de pie?

Sterling negó con la cabeza. —Está caminando. No muy bien. Dio su primer paso hace un par de días. Solo da uno o dos cada vez, pero...

Ambos esperamos para ver si daba un paso. En su lugar, se sentó sobre su trasero.

Sterling levantó la mirada de su protegida, lleno de orgullo, hacia mí. —Deberías haber estado allí, Cecelia. La agencia envió a esta mujer horrible. Se supone que está ayudándome a encontrar una niñera.

Negó con la cabeza.

—En realidad tú me ayudaste. Te aseguraste de que supiera cómo cuidar de Georgie. Ahora, parece que las prioridades han cambiado. A nadie le importa si sé cuidar de Georgie. A nadie le importa que quiera quedármela.

Levanté la cabeza de golpe. —¿Qué?

Estaba sonriendo. Tenía a Georgie en su regazo. Parecían pertenecer el uno al otro. El parecido familiar era fuerte. Si la adoptaba, nadie dudaría jamás de que era su hija.

—Sí, ya lo he decidido. Me la voy a quedar.

—¿Pero qué pasa con su padre biológico? —pregunté.

Sterling permaneció callado un momento. Exhaló y comenzó a arreglar la ropa de Georgie. No levantó la mirada. —Mi hermana,

Argene, era un desastre. La quería muchísimo, pero... cuando me enteré de su fallecimiento y cómo murió, no me sorprendió. Me entristeció. Todavía me entristece. Era una chica mágica. Fue capaz de rechazar nuestra educación. Era como una niña de las hadas, si existieran. No quería verse atada por las expectativas sociales apropiadas con las que mis padres nos criaron. Argene escapó para ver el mundo. Y para ir de fiesta. Perseguía festivales de música y raves. Seguía a DJs de fiesta por todo el Mediterráneo. No me sorprendería que uno de ellos fuera el padre de Georgie. Pero... —Se encogió de hombros.

—Quería a Argene, pero dudo seriamente que tuviera idea de quién era realmente el padre de Georgie. Vuestra agencia nunca va a poder localizarlo. Y si lo hacen, estoy preparado para compensarle económicamente para que ceda la custodia.

—¿De verdad vas a luchar por Georgie? —pregunté.

—Lucho cuando es importante. Georgie es importante. —Su mirada se encontró con la mía.

Sentí la intensidad de su convicción en todo mi cuerpo. Era un zumbido de energía, intenso y magnético. Me atraía hacia él. Me incorporé sobre mis rodillas y me incliné hacia él. Era mi turno de besarle.

Me sujetó la nuca y me mantuvo junto a él mientras nuestros labios se deslizaban juntos, nuestras lenguas bailaban. El beso estaba lleno de convicción justa. Este beso se sentía como si me estuviera diciendo que quería quedarse conmigo.

Me quedé sin aliento cuando el beso terminó. Sterling todavía me sujetaba contra él.

—No podemos... yo no puedo. Sterling, ni siquiera deberías estar aquí —susurré.

Una quemazón comenzó detrás de mis ojos, y mis senos nasales se taponaron. Maldita sea, no quería llorar. No quería que viera lo débil que era. Necesitaba tener la misma convicción que él. Me alejé suavemente de él y me puse de pie. Me limpié las lágrimas que caían sin mi permiso.

—Si descubren que estás aquí, me costará mi trabajo. No puedo perder mi empleo. Creo que de alguna manera se enteraron de lo

nuestro, y por eso me trasladaron.

—¿Cómo? —Su voz era baja, casi un gruñido—. ¿Cómo sabrían lo nuestro?

Me encogí de hombros y caminé en círculo. —Tenía muchas ganas de llamarte. Mi jefa me quitó el teléfono y borró tu número. No confiaba en que yo lo hiciera. Repasé todos los materiales de formación que me dieron. Y en ninguna parte, en ninguna parte de esa información dice que ir al zoo contigo y Georgie fuera contra el protocolo. De hecho, decía que se fomentan las salidas supervisadas. Decía que debía asegurarme de que supieras lo que estabas haciendo en diferentes escenarios.

—Bueno, el único escenario que les interesa ahora es encontrarnos una niñera —dijo Sterling secamente.

—Quiero decir, una niñera es una buena idea. En algún momento, tendrás que volver al trabajo, ¿verdad?

Asintió. —Sí, mi excedencia terminará, y necesitaré que alguien cuide de Georgie. Pero todavía me quedan semanas para eso. Pero esta Peggy Stanholt está insistiendo con el tema de la niñera.

Me di la vuelta y le miré fijamente. —¿Peggy? ¿Te ha tocado Peggy? —Cerré los ojos y dejé escapar un fuerte suspiro.

—¿La conoces?

Asentí. —Estoy casi segura de que fue ella quien me delató por la salida al zoo. No había hecho nada malo. Debe haber dicho algo. Mierda. —El pánico surgió dentro de mí—. Tienes que irte. Sterling, tú y Georgie no podéis estar aquí.

—Cecelia —comenzó.

—No, Sterling, no quiero meterme en problemas. Y no quiero darles ninguna excusa para quitarte a Georgie.

—No pueden llevarse a Georgie —dijo con calma y firmeza.

Yo no estaba calmada, y me sentía inestable, no firme, en mi convicción. Estaba asustada y confundida. No quería perder mi trabajo, pero lo más importante, no quería que Sterling perdiera a Georgie.

—Todavía no tienes la custodia. Tienes que irte, y no deberías volver. No vuelvas.

23

STERLING

Miré a Cecelia con incredulidad. —No puedes hablar en serio —dije.

—Sí, lo digo en serio —temblaba como un cervatillo nervioso sobre patas inestables.

En un solo movimiento, me puse de pie y crucé el pequeño espacio hasta ella. Georgie chilló cuando la sujeté bajo mi brazo como un balón de fútbol americano. Alargando la mano hacia Cecelia, la agarré por la espalda y la atraje contra mi costado. Ella apoyó las manos sobre mi pecho. Escruté su rostro, buscando la verdad en sus ojos.

—Eres una pésima mentirosa —le dije.

Cerró los ojos y se apoyó en mí. Permanecimos así durante un largo momento, y luego ella se movió como si estuviera bailando. Cogió a Georgie y la llevó de vuelta a la silla de coche. —Voy a echarte de menos.

Depositó un beso en la cabeza de la bebé y comenzó a abrocharle el arnés en la silla.

Sentándose sobre sus talones, me miró. —También voy a echarte de menos a ti. Tienes que marcharte.

—¿De verdad crees que puedes deshacerte de mí tan fácilmente? —exigí saber.

Cerró los ojos y negó con la cabeza. —No *quiero* deshacerme de ti, Sterling. *Tengo* que hacerlo. ¿No lo entiendes?

Le tendí la mano y la ayudé a ponerse en pie. No quería mirarme. Levanté su rostro hacia el mío con un dedo bajo su barbilla. Rozando mis labios sobre los suyos y luego besándola en la frente, murmuré: —Lo entiendo, pero no me gusta.

Se abrazó a sí misma y se dio la vuelta mientras yo recogía la silla de Georgie. Miré su espalda, anhelando que se diera la vuelta. —Cecelia.

Ella simplemente negó con la cabeza y no se giró.

Con un suspiro profundo y una opresión en el pecho que se sentía como una pérdida, llevé a Georgie fuera del pequeño apartamento. Una vez fuera, saqué mi teléfono. —Recógenos. Estamos fuera.

El conductor no estaría lejos. El coche se detuvo cuando llegamos a la acera. Una vez que la silla de la bebé estuvo asegurada, me recosté. Cecelia debería haber estado con nosotros. Esto se parecía demasiado a una derrota. Y no iba a aceptar que esta fuera la única opción que teníamos.

—Paso uno —comencé a decir en voz alta.

—¿Señor? —preguntó el conductor.

—Le hablo a la niña —dije.

—Sí, señor. —El intercomunicador se apagó.

—¿Por dónde íbamos? Ah sí, paso uno, necesito asegurar tu custodia. Al menos hasta el punto en que Cecelia no crea que existe la amenaza de que la agencia te arranque de mí. Paso dos, realmente necesito encontrarte una niñera. Pero no voy a contratar a alguien de esa agencia que sugirió Peggy Stanholt. No me fío de que no ponga a un espía en nuestras vidas. Entonces, ¿dónde nos deja eso?

Georgie se inquietó. Tenía razón, no estábamos en una posición estratégicamente buena. No si la misma agencia que puso a Georgie conmigo era de alguna manera una amenaza para que yo la conservara.

Pulsé el intercomunicador. —Llévanos a Highland Park Village.

—Muy bien, señor.

Cuando llegamos, el conductor montó el cochecito mientras yo desabrochaba la silla.

Georgie y yo pasamos la tarde de compras. Tenía una idea de lo que necesitaba. Supuse que lo encontraría todo en el centro comercial. Georgie y yo nos detuvimos para lo que fue más un tentempié tardío que una cena. Descubrí que parecía disfrutar de la sopa de bogavante y de una variedad de quesos y panes.

—Me lo habías estado ocultando. Creo que es hora de que Wayne empiece a hacer de nuevo mis viejos platos favoritos. Tú puedes comer mi comida. No soy precisamente un fan de los nuggets de pollo. —Hablaba con Georgie como si me entendiera completamente.

Cuando terminamos las compras, llamé al coche para que viniera a recogernos. —Necesito un teléfono.

—¿A qué se refiere, señor? Puedo llevarle al establecimiento de su proveedor de servicios.

—Sí, eso.

Cuando llegamos a casa, tenía un regalo listo para Cecelia, y Georgie estaba profundamente dormida. Wayne esperaba nuestra llegada en el ascensor para descargar los paquetes.

—¿Tuvo una salida exitosa? —preguntó.

—¿Si conseguí hacer todo lo que me propuse? No. Pero Georgie y yo no tuvimos ningún problema, e incluso encontramos comida con éxito. Así que fue un éxito.

—¿Debo desempaquetar todo?

—No, solo ponlo en la mesa de la cocina. Nos ocuparemos de ello por la mañana. Necesito acostar a Georgie.

—Entonces le deseo buenas noches ahora, y nos veremos por la mañana —dijo Wayne mientras yo llevaba a Georgie por el pasillo.

Protestó ligeramente antes de volver a calmarse. Me quedé con ella durante un buen rato, dándole suaves palmaditas en la espalda, arrullándola hasta que se durmió. ¿Cómo esta personita tan pequeña había llegado y cambiado todo en tan poco tiempo? Haría cualquier cosa para protegerla. Y pensar que ni siquiera conocía su existencia hace apenas unas semanas.

A regañadientes, me alejé de su lado. Me metí el monitor del bebé en el bolsillo, pero ya conocía sus patrones. Dormiría durante un buen rato.

Comencé a hurgar entre los paquetes, preparándolo todo como quería. La parte más larga de todo el proceso fue sacar el teléfono de su gruesa carcasa de plástico. Configuré la cuenta con mi tarjeta de crédito y programé mi número en él.

Wayne mantenía una esquina de la cocina como una oficina en casa. Rebuscando entre sus materiales encontré papel. Escribir la nota fue fácil.

No voy a renunciar a ti. No renuncies a nosotros. Mi número está programado. No hay razón para que nadie en tu trabajo tenga que enterarse.

La doblé y la coloqué junto al teléfono. Desenvolví cuidadosamente el bolso que había comprado y puse el teléfono en el bolsillo interior antes de envolverlo todo de nuevo meticulosamente. Por la mañana, Wayne se encargaría de que entregaran el regalo y algunas flores.

Ahora solo tenía que esperar. No soy un hombre especialmente paciente, y esto iba a poner a prueba mi determinación. Finalmente, me fui a la cama. Mañana iba a sentirse como un día muy largo.

Por la mañana, Georgie me despertó. Seguimos nuestra rutina: un pañal limpio, un biberón caliente, tiempo de mimos, y de vuelta a dormir unas horas antes de comenzar el día. Wayne ya había llegado cuando ambos estábamos vestidos y listos para empezar.

—¿Más candidatas a niñera hoy, señor Sterling? —preguntó Wayne.

—Gracias por recordármelo. Necesito cancelar eso. ¿Podrías encargarte de que entreguen esto junto con unas flores a Cecelia? Su dirección está en una nota bajo la bolsa del regalo. Organízalo para que llegue después de que haya vuelto del trabajo.

Asintió, y me llevé a Georgie conmigo a mi despacho. Tenía llamadas que hacer y citas que cancelar. Georgie era una asistente muy disruptiva. Golpeaba con sus manitas el teclado de mi portátil e intentaba quitarme el teléfono de las manos. Si la ponía en su saltador, se quejaba de que la estaba ignorando. Todo tardaba más

de lo necesario. Mi mal humor se reflejaba en la bebé, y ninguno de los dos lo pasó bien. Ambos estábamos irritables y quejumbrosos.

El día se hizo eterno, y pasó una eternidad antes de que mi teléfono sonara con la única llamada que había estado esperando.

—Cecelia —dije al contestar el teléfono.

—Sterling, ¿qué has hecho? —preguntó ella.

—¿No te gusta el regalo?

Se rio. —Gracias, el bolso es muy considerado. Pero creo que costó más de lo que me gasté en mi coche.

Me reí. —No puedes seguir llevando todo en los brazos.

—¿Qué les voy a decir en el trabajo? —preguntó.

—No entiendo —dije. No tenía sentido lo que decía—. Es un bolso. Podrías haberlo comprado tú misma.

—No, Sterling, no podría haberlo hecho. Este bolso cuesta más de lo que gano en dos meses.

—¿Eso significa que no vas a aceptarlo?

—¿Qué? —casi chilló—. No todos los días alguien te regala un bolso de Hermès. ¿Hermès, en serio? Debería decirte que no lo aceptaré, pero me encanta. Y el teléfono...

—No hay forma de que puedan rastrear el teléfono. Si lo dejas en casa, en tu trabajo ni siquiera sabrán de su existencia —le expliqué.

—Lo sé, pero ¿por qué? —preguntó.

—Porque quiero hablar contigo, y no me llamarás desde tu propio teléfono aunque tengas mi número en esos archivos que llevas por ahí.

—El trabajo —dijo ella.

—Exactamente. Te di el teléfono, te di mi número. No pueden alegar que hayas hecho algo malo. Yo soy el que se está pasando de la raya.

—No te estás pasando de la raya —soltó una risita.

Echaba de menos ese sonido. La echaba de menos a ella.

—También me gustaron las flores —su suave voz atravesó el teléfono y fue directa a mi entrepierna.

—¿Vas a dejarme verte otra vez? —pregunté.

—Sabes que tengo que decir que no.

24

CECELIA

No podía creer el bolso que Sterling me había enviado. Era de cuero bicolor y precioso. No había forma de que pudiera llevar mis cosas al trabajo con él y hacerlo pasar por algo encontrado en una tienda de segunda mano. Me sentía como una idiota simplemente acariciándolo, pero era lo más lujoso que había tenido nunca.

El teléfono con su número ya programado también fue un bonito detalle.

Por mucho que profesionalmente supiera que debía haber distancia entre nosotros, mi corazón latía de alegría al oír su voz. Después de colgar el teléfono con él, fui al centro comercial y me compré un bolso. El que acabé eligiendo no era ni de lejos tan bonito, y costó unas mil veces menos. Pero necesitaba un bolso, y el regalo de Sterling, por escandalosamente caro que fuera, me recordó que realmente necesitaba uno.

Acaricié el lateral del fabuloso bolso Hermès antes de salir hacia el trabajo, con el móvil que era solo para él guardado dentro. Me esperaba un día de redactar informes y hacer seguimiento de los servicios que necesitaban Héctor y su familia.

Cuando llegué a la oficina, Peggy estaba allí. Se me encogió el estómago. Me había traicionado para llegar a mi cliente. Es la única

explicación que se me ocurría. ¿Por qué si no contarle a Greta precisamente las cosas que iba a incluir en mi informe?

—¿Algo interesante ocurriendo en tu mundo? —preguntó con voz cantarina.

Negué con la cabeza. —No, ¿debería haberlo?

Una sensación de culpabilidad me invadió. No había forma posible de que supiera que Sterling me había enviado un regalo caro. Se encogió de hombros y puso los ojos en blanco. Sus labios se fruncieron en una extraña sonrisa, como si guardara un secreto.

—No, no está pasando nada. Mira, Peggy, ¿se me permite siquiera preguntarte cómo está el bebé?

—¿Qué bebé? —preguntó.

¿En serio? Fingía no saber de quién estaba hablando, pero jugaba como si conociera algún secreto. No iba a dejarle saber que había un secreto que no le estaba contando. Eso era entre Sterling y yo.

—¿Así es como va a ser? Entendido —dije. No estaba de humor para jugar a sus juegos—. No es mi cliente, no es mi información.

Me senté y comencé a organizar mis archivos. Mi nuevo bolso específico para el trabajo iba a hacer mi vida laboral mucho más fácil.

—Es un bonito bolso —dijo Peggy, haciendo una pausa mientras pasaba junto a mi escritorio.

—Gracias —No tenía ganas de decirle que lo había comprado en un centro comercial de las afueras y que si lo hubiera comprado en unos grandes almacenes, me habría costado el doble. Y no necesitaba confesar que lo llevaba porque no había manera de que fuera a usar un bolso Hermès de cinco mil dólares que me habían regalado.

Me puse una sonrisa falsa en la cara y me dije a mí misma que no había forma posible de que lo supiera. Ninguna en absoluto. Si tuviera ese tipo de recursos, no estaría atrapada en un trabajo como este.

Y sí, apenas dos meses en este trabajo, y ya me sentía atrapada. No era el trabajo en sí, era la burocracia y la ridícula situación de estar sin ordenadores y tener que hacer fotocopias por triplicado.

Una situación que me habían dicho más de una vez que se arreglaría cualquier día.

Cuando no le di a Peggy lo que fuera que quería de mí, se marchó un poco molesta.

Escribí mis informes. Hice mis llamadas. Incluso tuve una breve visita con Lucille. Le llevé algunos comestibles y pasamos el tiempo revisando todas las diferentes opciones de recogida y entrega de supermercados en un radio de unos quince kilómetros. Tenía más que suficiente con cuidar de su hijo. No necesitaba pasarse horas en el supermercado cuando con unos pocos clics podía recibir lo que necesitaba en casa.

Lo primero que hice al llegar a casa fue correr a mi habitación para ver si el bolso seguía allí. La caja estaba en mi cama donde la había dejado, y dentro, la bolsa de seda que contenía el bolso de cuero. No había sido un sueño. Era real. Acaricié el suave cuero. Cogí el teléfono donde lo había dejado en la caja, junto al bolso. Un único mensaje decía: *llámame*.

Alguien llamó a mi puerta justo cuando estaba a punto de pulsar *Llamar*. Dejé todo sobre mi cama, crucé el apartamento y abrí la puerta.

—Entrega para la señorita Harrison.

—Soy yo —dije. El repartidor no parecía de correos, y no había flores—. Me pregunto qué habré pedido. Compro tantas cosas por internet que se me olvida. ¿Te ha pasado alguna vez?

Me entregó una bolsa de la tienda de regalos del zoo. —No es ese tipo de pedido. Que tenga una buena tarde.

Cogí la bolsa y cerré la puerta. Llevé el nuevo regalo de vuelta al dormitorio y cogí el teléfono otra vez. Sonó tres veces.

—¿Qué me has enviado? —pregunté mientras abría la bolsa.

—¿Así que lo has recibido? ¿Te gusta? —Sterling se estaba riendo al otro lado de la llamada.

Saqué una figurita de gorila de la bolsa. Estaba hecha con chanclas recicladas en África. La había admirado el día de nuestra visita al zoo. Tenía algo extrañamente adorable.

—Te acordaste —dije—. Gracias. No deberías haberlo hecho.

—No, sí que debería. Debería haberlo hecho ese mismo día.

—Sterling... —No sabía qué decir.

—¿Vas a volver con nosotros? —preguntó—. Y no digas que no puedes. Te echo de menos. Georgie te echa de menos.

—Yo también os echo de menos. Pero...

—Lo sé, lo sé, el trabajo. No tienen por qué saberlo. Tienes derecho a una vida privada, ¿no?

Suspiré. Me sentía como si no se me permitiera tener la vida privada que quería.

—Supuestamente. Pero ¿quién tiene tiempo, verdad? —intenté bromear.

—Si por casualidad nos encontramos en el mismo lugar al mismo tiempo, en tu trabajo no pueden reprochártelo, ¿verdad?

—¿En qué estás pensando, Sterling? —le pregunté.

—Queda con nosotros en algún sitio. Este fin de semana. Hay un parque. Nadie de tu trabajo se topará con nosotros allí. —Su voz era tranquilizadora y convincente—. A Georgie le encantaría verte. Está caminando más. Sabes que quieres verla.

Sabía lo que estaba haciendo. Conocía mi debilidad. Adoraba a esa niña.

—Vale —cedí—. Me reuniré con vosotros. Podemos hacer un picnic. Tú traes la comida.

—Eres una mujer exigente.

Me reí. Echaba de menos su sarcasmo ingenioso. —Eso es parte del trabajo. Tengo que decirte qué hacer porque no sabes nada.

—Ya no soy tu cliente, ¿recuerdas? —bromeó.

—Desgraciadamente. Gracias por recordármelo. —Me dejé caer en la cama—. No sé si esto es tan buena idea.

—No puedes echarte atrás ahora —dijo Sterling—. Ya has aceptado. No querrás romper el corazoncito de Georgie.

—Ella no lo sabe —dije.

—Quizás no, pero si lo supiera... Todo irá bien, Cecelia.

—¿Qué has hecho hoy? —No quería centrarme en mis preocupaciones paranoicas de que Peggy me estuviera siguiendo de alguna manera.

—He encontrado una niñera. Al menos eso creo. La primera persona que mandó la otra agencia. Y parece que a Georgie le cae

bien. Empezará a tiempo parcial tan pronto como pase la comprobación de antecedentes.

—Pensaba que las agencias de niñeras ya hacían todo eso, ya sabes, fianzas y comprobación de antecedentes —comenté.

—Sí. —Se rio—. Lo hacen. La señora Stanholt quiere que cualquier niñera tenga una verificación de antecedentes realizada a través de vosotros.

Eso no tenía ningún sentido. ¿Por qué hacer un trabajo redundante? Creo que seguí hablando con Sterling solo para poder escuchar su voz. El fin de semana parecía estar muy lejos. Iban a pasar días antes de que tuviera la oportunidad de verlo. Y sería en un parque, así que no podría tocarlo ni besarlo.

—Te echo de menos —solté de repente.

—Es lo que te vengo diciendo, Cecelia. Yo también te echo de menos. No es lo mismo aquí sin ti dándome órdenes.

Me reí. —Lo dices como si yo fuera la que manda.

—¿No es así? ¿No estás a cargo de saber cómo cuidar a Georgie, de señalar todas las cosas que no sé?

Dios, sus palabras eran tan sexys. —No estoy a cargo de nada, y menos de ti.

—Me gusta cuando me dices lo que debo hacer.

Sentí que el rubor calentaba mis mejillas. —Sterling, ¿estás flirteando conmigo?

—Sin duda alguna. Podrías venir ahora, ¿sabes? Podríamos cenar, podrías jugar con la niña, ayudarme a acostarla.

Así es como me sedujo la primera vez. —Así es como nos metimos en problemas la última vez. —Solté una risita.

—Yo no lo llamaría problemas. Y si eso son problemas, vale la pena. Tú vales la pena. —Su voz era un rumor que hizo que se me encogieran los dedos de los pies.

25

STERLING

Georgie gateaba sobre la manta de picnic que había extendido sobre la hierba. Me recosté mientras ella gateaba de un lado a otro y luego se apoyaba en mí para ponerse de pie. Intentó caminar pero acabó aterrizando sobre su trasero después de unos pocos pasos. Wayne había preparado una cesta y una nevera con nuestro almuerzo de picnic.

Teníamos comida, teníamos sol, y ahora necesitábamos a Cecelia.

—Este sitio es difícil de encontrar —dijo Cecelia mientras daba pasos largos y exagerados para llegar hasta nosotros.

Llevaba el bolso que le había regalado y lo dejó caer en el borde de la manta antes de hundirse de rodillas. Miró el bolso. —Quizás debería haber traído un bolso diferente. No debería dejarlo en la tierra.

—Es solo un bolso. No pasa nada —dije.

—Es un bolso caro, Sterling. Y me encanta. Gracias. No estoy acostumbrada a llevar cosas que cuestan tanto dinero.

—Pero lo estás usando —señalé.

—No quería ser maleducada. Me compraste un regalo muy considerado. Quería que supieras que lo aprecio y que es útil. ¿Vas a

andar? —Su atención cambió cuando Georgie comenzó a dar pasos tambaleantes y tentativos en dirección a Cecelia.

Ambas rieron, y Cecelia vitoreó cuando Georgie llegó hasta ella.

—Este es un buen sitio. ¿Cómo lo encontraste? —preguntó Cecelia—. Me ha costado llegar, y eso que tenía un mapa. Este no es el tipo de parque con el que te tropiezas por casualidad.

—Pregunté por ahí. Quería algo que no estuviera en el camino habitual. Así tus compañeros de trabajo no se toparán con nosotros accidentalmente. ¿Lista para el almuerzo? —Comencé a abrir la cesta y a sacar varios artículos: sándwiches envueltos, quesos cortados, galletas saladas y fruta ya cortada en trozos pequeños.

—Vaya, has pensado en todo —dijo Cecelia mientras quitaba la tapa de un recipiente de cristal. Sacó un pequeño trozo de fruta rosada y se lo dio a Georgie—. No tenemos que cortar nada para adaptarlo a su tamaño. Oh, excepto quizás los pepinillos —dijo después de abrir otro recipiente—. ¿A Georgie le gustan siquiera los pepinillos?

—Le encantan. Descubrí que le gusta la comida, y no solo los nuggets de pollo y el arroz. He estado probando diferentes alimentos con ella. Parece que adora los pepinillos, y leí sobre darle un pepinillo entero. Simplemente lo masacra. Con solo dos dientes, realmente no puede darle un buen mordisco, pero vigílala si le das uno de todos modos.

Continué sacando y disponiendo la comida sin mucho orden. Georgie estaba en modo manos agarradoras, así que funcionaba mejor no abrir todo a menos que fuéramos a servirlo en nuestros platos.

—No puedo creer que hayas traído platos de verdad —dijo Cecelia.

—¿Qué quieres decir?

Se sentó frente a mí, con las piernas dobladas delante de ella y Georgie ubicada en el espacio entre ambas. Su plato tenía más cosas que Georgie podía comer por sí misma. Cecelia cogió una aceituna rellena de su recipiente, se la metió en la boca y la acompañó con dos rodajas de queso.

—Me refiero a vajilla y no platos de papel. Incluso todos los recipientes son de buena calidad y no envases de plástico gastados para llevar que tirarás antes de recoger y volver a casa.

—¿Así es como haces picnic? —pregunté.

—¿Estás de humor para una charla sobre las diferencias en las actividades socioeconómicas? —bromeó.

Negué con la cabeza. —No realmente, pero adelante.

—Cuando era niña, un picnic consistía en una barra de pan, un tarro de mantequilla de cacahuete y un tarro de mermelada. Llevábamos cuchillos de plástico y un rollo de papel de cocina. Hacíamos sándwiches allí mismo, hasta que se acababa el pan. Y tirábamos todo, a menos que quedara mucha mantequilla de cacahuete y mermelada. Si queríamos ser elegantes, mi padre compraba un cubo de pollo frito con todos los acompañamientos. Comíamos en platos de papel. No había una cesta de mimbre real, tal vez solo una bolsa de plástico del supermercado.

—¿Estás diciendo que lo he complicado demasiado?

—¿Lo has preparado tú? —preguntó.

—Vale, de acuerdo, ¿estás diciendo que Wayne ha preparado un picnic demasiado elegante?

Asintió. —Lo ha hecho a lo rico. He estado pensando en algo que dijiste. Y quizás no te estaba haciendo ningún bien realmente. No te estaba tratando como a alguien que tiene los recursos para organizar picnics como este o como alguien que gasta cinco mil euros en un bolso de piel. Te estaba tratando como a alguien que necesitaba aprender a cuidar de un niño cuando, en realidad, probablemente debería haber pasado más tiempo centrándome en ayudarte a contratar una niñera.

—¿Por qué dices eso? Esos primeros días con Georgie fueron increíblemente difíciles y completamente valiosos. Aprendí que ella es su propia persona, pero no es una adulta mini y lógica. Aprendí muchísimo sobre ella, sobre los bebés, sobre mí mismo. No habría conseguido nada de eso si hubieras intervenido y hubieras puesto a una niñera. Mira, Cecelia, me criaron niñeras, no mi madre. Me criaron con ideales anticuados que de alguna manera vinculaban mi masculinidad con mi capacidad para cuidar de un pequeño ser

humano. Si mis padres se hubieran salido con la suya, nunca habría cambiado un pañal o aprendido a calentar un biberón. Pensaba que lo estaba haciendo genial por mi cuenta.

Di un sorbo al agua con gas que habían empaquetado en lugar de champán.

—Argene, la madre de Georgie, se escapaba tantas veces porque nuestros padres querían que se ajustara a esa expectativa ideal de una señorita de sociedad. Todo era mucho más estricto para ella de lo que nunca fue para mí. No fue hasta que tenía catorce o quince años que la vi como una persona propia. Era una alborotadora, así que la enviaron a un internado. Era una vergüenza para la familia. No recuerdo exactamente qué dijo mi madre, pero aquel verano, amenazó con no llevar a Argene, dijo que era demasiado salvaje. Mi madre nos llevaba a islas. Le encantaban las islas. Mallorca, Grecia, el Caribe. Íbamos con ella durante semanas cada verano. Mi hermana, que ya estaba luchando, estaba siendo castigada por luchar. Perdimos a mi madre al año siguiente, y mi padre, que nunca había llegado a conocer a su única hija, la atacó. Intenté intervenir. Intenté ser un hermano mayor, pero fue muy poco y demasiado tarde. Nunca podré compensarla por eso.

—Pero quizás puedas —Cecelia dejó su plato y levantó a Georgie de su regazo antes de inclinarse y poner su mano en mi pecho. Su voz era baja y sus palabras suaves—. Puedes compensar a Argene cuidando adecuadamente de Georgie, dándole el amor de un padre que Argene nunca tuvo.

Cubrí sus manos con las mías y cerré la distancia entre nosotros. Sus labios estaban frescos y sabían a bayas. El impulso de profundizar el beso surgió y luego fue aplastado cuando Georgie se abrió paso entre nosotros.

Cecelia se echó hacia atrás con una risa mientras yo levantaba a Georgie. Cerré los ojos y me apoyé contra su preciosa cabecita. Había fallado a Argene. Esa culpa era mía. Pero no iba a fallarle a Georgie.

—¿Has tenido noticias de los investigadores que intentan localizar a su padre biológico?

Negué con la cabeza. —Enviamos una prueba de ADN la primera semana que estuvo bajo mi custodia. También me hice un frotis en la mejilla, para que pudiéramos confirmar que había una coincidencia de relación materna entre nosotros. Esa es la única coincidencia de parentesco que ha aparecido en cualquier sistema.

—¿Y si la familia de su padre utilizó una empresa diferente?

Asentí. —Eso forma parte de la búsqueda. Según tengo entendido, envían los registros de Georgie con una solicitud de coincidencia de ADN para una búsqueda de paternidad. Si alguien de su lado ha hecho una de esas búsquedas de herencia ancestral, con suerte, obtendrán una coincidencia.

—Estás mintiendo —dijo Cecelia—. No quieres que lo encuentren.

—Tienes razón. Espero que nunca haya una coincidencia. No creo que sean tan populares en Europa.

—¿Crees que su padre es europeo?

Negué con la cabeza. —No tengo ni idea, y no quiero especular. Tenemos al menos cinco meses más antes de que se terminen los derechos parentales por ausencia. Más tiempo, si esos abogados que Argene tenía trabajando para ella tienen el dinero para seguir con esto. Pero su información de contacto está siendo retenida.

Cecelia hizo una mueca. —Sí, confidencialidad y protección del cliente.

—¿No debería la protección del cliente permitirme elegir quién es mi gestor de caso? Te quiero de vuelta. Me gusta tenerte cerca, pero también por Georgie. Me empujas a ser un mejor padre para ella.

Una lenta sonrisa se extendió en los labios de Cecelia. —Me gusta cómo te estás llamando a ti mismo su padre.

Solté un suspiro pesado. —No sabía que quería tener hijos. De hecho, pensaba que no los quería hasta que la tuve en mi vida. No puedo imaginar, y no quiero imaginar, no verla crecer. Eso no es una opción. Así que, ya ves, te necesito, nosotros te necesitamos. ¿Cómo voy a aprender a criarla si no?

26

CECELIA

Tenía que ser una de las cosas más estúpidas que había hecho jamás. Me quedé mirando la puerta del ascensor mientras subía al ático de Sterling.

—Señorita Cecelia —dijo Wayne cuando las puertas del ascensor se abrieron—. Bienvenida de nuevo. El señor Sterling y la señorita Georgie están en la cocina. ¿Necesitará un café esta mañana?

—No, gracias, y no estoy aquí —me sentía mal al decir eso. No debería estar aquí. Esto era un error.

—Por supuesto. El señor Sterling me ha puesto al corriente, y la discreción es una parte fundamental de mi trabajo —dijo con un breve asentimiento.

Ahora sentía curiosidad. ¿Qué secretos conocería Wayne? Probablemente todas las mujeres con las que Sterling se había acostado, no es que quisiera saberlo ni tuviera curiosidad. Simplemente no podía pensar en qué otros secretos podría tener Sterling.

Seguí a Wayne hasta la cocina. Sterling estaba sentado frente a la trona de Georgie, dándole cucharadas de avena en su boca bien abierta. Parecía un pajarito esperando a que el pájaro mamá le diera de comer. Él llevaba una camiseta gris ajustada y unos pantalones de estar por casa. ¿Sabría lo sexy que resultaba ese look? ¿O lo

increíblemente atractivo que era verle como un padre cariñoso y responsable con Georgie?

—No debería estar aquí —solté de repente. Mi estómago se retorció en nudos.

—Stanholt no tiene programado venir, así que no te la encontrarás en el ascensor ni nada parecido, si es eso lo que te preocupa —dijo Sterling. Me dedicó una sonrisa deslumbrante antes de volver a centrarse en darle de comer a Georgie. Estaba notablemente más limpia que la última vez que le vi alimentarla. Él tampoco tenía avena por todas partes.

—Pero tengo una cita, así que empecemos. Esto no es una visita social —puse mi bolso de trabajo sobre la mesa y aparté una silla.

—¿Qué pasó con el bolso que te regalé?

—No puedo llevar ese bolso con mi salario. Demasiadas preguntas. ¿Estás listo para revisar tus listas? ¿Tienes copias para mí?

—¿No guardaste copias? —preguntó Sterling.

—Tuve que entregar todo. No eres mi cliente, ¿recuerdas?

—No lo he olvidado, pero desde luego actúas como si lo fuera. Dándome órdenes, diciéndome lo que tengo que hacer —dijo. Creí oír una risita en su voz, pero no podía estar segura.

Dejé escapar un largo suspiro de cansancio y me desplomé en la silla.

—Lo siento —dije—. Estoy nerviosa por todo este asunto. No debería haber venido antes del trabajo.

—Me alegro de que lo hayas hecho. Me hace feliz verte. Pero si venir antes de tus otras citas va a ser demasiado estresante, ¿qué tal si vuelves después del trabajo? Podemos cenar y te puedo demostrar mi capacidad para pasar un día completo con Georgie y conmigo.

Era agradable verle. Y había echado de menos a Georgie, aunque solo habían pasado dos días desde nuestro picnic.

—¿Esta noche?

—Sí, esta noche. ¿Tienes el móvil contigo?

Negué con la cabeza. Estaba bien guardado junto con el bolso.

—No importa, simplemente ven.

Asentí.

—Vale. Iré. Debería marcharme. Tengo que comprar algunas cosas de camino.

—¿Ahora haces la compra? —preguntó Sterling.

—Quiero ayudar. Una compra rápida no es nada para esta familia. Es lo mínimo que puedo hacer, especialmente porque ya llego tarde —recogí mis cosas y empecé a salir.

Sterling me cogió del brazo. Me giré para mirarle. Él tiró suavemente, y me incliné. Sus labios se posaron en los míos.

—Te veré luego.

Empezar el día con un beso de Sterling me hacía flotar. Todo parecía mucho más fácil. Incluso Lucille y Héctor estaban teniendo un buen día. No tenía programado ir a la oficina en absoluto, así que en cuanto salí de su casa, me fui a la mía para cambiarme.

Sabía que no tenía que arreglarme para cenar con Sterling y Georgie. Simplemente no quería estar con mi ropa de trabajo. Me puse un vestido bonito y unas sandalias y volví a salir hacia su apartamento.

Saludé con la mano al portero. Era el mismo de esta mañana.

—Voy a subir a ver a Sterling Alexander —dije mientras me dirigía al ascensor que me llevaría hasta la parte superior del edificio.

—Un momento, por favor —dijo.

Me detuve y parpadeé varias veces mirándole. Me conocía. Siempre me dejaba subir con solo un gesto. Levantando un dedo para indicarme que esperara, cogió el teléfono. Asintió varias veces antes de colgar.

—El señor Alexander ha pedido que espere en el vestíbulo. Bajará enseguida.

—Ah, de acuerdo —Sterling nunca me había hecho esperar antes. ¿Qué se traería entre manos?

Unos minutos después, las puertas del ascensor se abrieron y Sterling salió. Se detuvo al mirarme, y luego una sonrisa se extendió por su rostro.

—Estás impresionante. Ven, el coche está esperando.

—Pero pensaba que iba a cenar contigo y...

—Y lo harás. La nueva niñera está arriba con Georgie, así que voy a llevarte a salir.

—¿La nueva niñera? ¿Su comprobación de antecedentes ya está lista? —pregunté.

—Fue verificada por la agencia a través de la cual la contraté. Venían muy recomendados y tienen una valoración excelente. La comprobación adicional de antecedentes es para apaciguar a la agencia para la que tú trabajas, no para mí.

Asentí, comprendiendo.

—¿Puedo conocerla?

Sterling frunció el ceño y pareció pensar mientras me guiaba hacia la parte trasera de su coche. —No creo que sea buena idea. Si ella no sabe quién eres, no puede decirle accidentalmente a Peggy Stanholt que sigues viéndonos.

Me acomodé en el asiento trasero y esperé a que Sterling se sentara a mi lado. —Eso tiene sentido.

Deslizó su brazo por detrás de mi espalda y me acercó a su costado. —Estabas tan nerviosa esta mañana. Quiero verte, Cecelia. Te quiero conmigo y con Georgie. No quiero aumentar tu estrés. Mientras Georgie esté siendo vigilada y esta niñera trabaje para mí, no la conocerás.

—¿Debería estar celosa? ¿Es guapa?

Se rio. —Parece una abuela con pelo corto y blanco. No tienes nada de qué preocuparte.

Me apoyé contra Sterling y, por un momento, dejé de preocuparme por todo. Él estaba cumpliendo con su responsabilidad hacia la bebé, quería verme y lo estaba organizando todo para que yo no tuviera problemas. Esto podría funcionar. Y cuando me besó, dejé de pensar por completo.

No dejó de besarme hasta que el coche se detuvo y la puerta trasera se abrió.

—Hemos llegado —dijo mientras salía del coche.

Dudé. Estábamos seguros y solos en el coche, pero fuera, la gente podía vernos. ¿Y si nos veían las personas equivocadas?

Se apoyó en la puerta abierta y se agachó para mirarme. —Nadie que conozcas va a verte conmigo aquí.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Por la misma razón por la que nadie iba a vernos en el parque el otro día. Exclusividad. Este no es el tipo de lugar que... Bueno, digamos que dudo que cualquiera de tus compañeros de trabajo venga aquí. —Me tendió la mano.

—¿Lo prometes? —pregunté mientras tomaba su mano. Salí del coche y me di cuenta de que tenía razón. Este era el tipo de restaurante al que iban las celebridades y los super ricos, no los trabajadores sociales.

—Me alegro de haberme cambiado. Venir aquí con mi ropa de trabajo habría sido incómodo.

—Te veías bien con lo que llevabas antes. Pero me alegro de que te hayas cambiado. Me gusta ese vestido —Sterling se inclinó y susurró—: No puedo esperar a verlo en el suelo.

Un sonrojo asaltó mis mejillas. Sterling se rio mientras yo escondía mi cara contra su brazo.

—Eres adorable cuando te sonrojas —dijo.

—Y tú eres incorregible por hacerme sonrojar.

—Es tan fácil de hacer —canturreó.

—Sterling —Sentí que mi sonrojo ardía intensamente—. Pensé que se suponía que íbamos a revisar algunas de tus listas para Georgie.

—Estoy demostrando mi competencia —dijo con fingida indignación. Incluso se llevó la mano al pecho de manera dramática —. Pensé que estarías impresionada de que hubiera conseguido una niñera y organizado nuestra salida. Podemos revisar las listas en otro momento. Vamos, déjame mostrarte un buen momento primero —dijo mientras me conducía al restaurante—. Incluso sirven porciones de comida realistas aquí.

—¿Quieres decir que no es tan elegante como para dar sólo una probadita?

Negó con la cabeza. —No es tan elegante como eso, pero tampoco tan informal como para que te sirvan suficiente comida para alimentar al estado de Texas en tu plato.

Comimos. Apenas recuerdo algo de la comida. Creo que estaba buena. Y hubo postre, pero no era tan interesante o cautivador

como observar a Sterling. Pasé todo el tiempo mirando su boca y sus dedos. Él sonreía y se reía. No dejaba de pensar en cómo quería ver mi vestido en el suelo. Yo también lo quería, justo al lado de sus pantalones y zapatos.

27

STERLING

Tenía toda una velada planeada, cena y después un paseo para visitar algunas galerías de lujo, pero Cecelia no dejaba de mirarme, y la forma en que lo hacía me hizo pensar que quizás necesitábamos saltarnos todo e irnos a casa.

—¿Y ahora qué? —preguntó después de que lleváramos un buen rato mirándonos el uno al otro sobre una mesa vacía.

—Podría seguir encantándote y convencerte de que soy un hombre con muchos talentos, o...

—¿O?

—Podríamos saltarnos todo eso y yo podría demostrártelo —prácticamente gruñí. La necesidad que sentía en el pecho de estar a solas con Cecelia era animal. No entendía de matices ni seducciones.

Para mi sorpresa, ella no se sonrojó. —¿Ha llegado el momento de tirar el vestido al suelo? —preguntó con toda inocencia.

Mi miembro se tensó. Me costó todo mi autocontrol no abalanzarme sobre ella allí mismo, reclamarla ahora mismo, que se jodan las consecuencias.

Me puse en pie de un salto y la arrastré conmigo. El coche más vale que estuviera esperando.

—Sterling. —Se rio mientras tenía que correr para seguir el ritmo de mis zancadas.

Prácticamente la lancé al interior del coche cuando este apareció. Me zambullí tras ella y la atraje contra mi pecho. Mi boca encontró su piel, y comencé a besar, succionar y saborear.

—Sterling, te estás comportando como una bestia. —Me apartó y luego dirigió miradas cómplices hacia la parte delantera del coche.

—No le va a importar —gruñí.

—Quizás a él no, pero a mí sí. Nada de sexo en el coche. Por favor.

Me pasé la mano por el pelo y luego rodeé con los brazos los hombros de Cecelia. —Por supuesto. Este va a ser el trayecto más largo de la historia —refunfuñé.

—¡La niñera! —Cecelia se incorporó y pareció entrar en pánico—. No puede verme. No voy a tener sexo con la niñera en tu casa.

—No tenemos por qué ir a mi casa. Podemos ir a la tuya —sugerí.

—¡Sí! —exclamó como si fuera una idea nueva y fabulosa.

Me reí. Creo que estaba tan aturdida como yo en ese momento. Lo único en lo que podía pensar era en cuánto tardaría en poder tocarla, y ella trataba de averiguar dónde. Le di instrucciones al conductor para que nos llevara a su apartamento.

Cecelia se derritió contra mí, su cuerpo, suave y cálido, se apretó contra el mío. Era una tortura no acariciar cada centímetro de ella. Si empezaba, no pararía, y había prometido que nada de sexo en el coche. Tenía que contentarme con sus besos, sus maravillosos y tentadores besos.

Mi entrepierna dolía mucho antes de que llegáramos al complejo de apartamentos.

Ambos prácticamente corrimos en cuanto el coche se detuvo. Cecelia no paraba de reírse y darse la vuelta para asegurarse de que yo estaba detrás de ella. Como si fuera a dejar que se escapara. Ya tenía las llaves preparadas. Se las quité y la agarré, apretándola contra la puerta mientras la abría. Mis labios estaban sobre los suyos, mis manos por fin recorrían sus curvas.

La puerta se abrió, cogí las llaves antes de lanzarlas sobre la mesita que tenía. Cerré la puerta de una patada y volví a agarrarla.

O quizás ella me estaba agarrando a mí. Sus manos estaban sobre mí tanto como las mías sobre ella.

Forcejeó con los botones de mi camisa mientras yo recogía el dobladillo de su vestido en mis puños y tiraba hacia arriba. Nuestros labios apenas se separaron cuando le saqué el vestido por la cabeza, y luego volvimos a estar juntos, consumiéndonos el uno al otro en un fuego mutuo de pasión y lujuria.

Me quité un zapato de una patada y di unos pasos antes de detenerme para quitarme el otro. Dejamos un rastro de nuestras pertenencias entre la puerta principal y su cama. Caímos juntos sobre el colchón. Rodé con ella en mis brazos mientras seguíamos luchando por deshacernos del resto de nuestra ropa. Se acabó lo de la seducción. Necesitaba su piel contra la mía.

Me estremecí y solté un largo suspiro cuando sus pechos desnudos rozaron mis costillas. Sí, esto. Todo esto. Acaricié su suave espalda y la plenitud de sus caderas. Necesitaba más manos, más labios. No había suficiente de mí para abarcar todo lo que anhelaba de ella.

Di la vuelta, poniendo a Cecelia sobre mí. —Te quiero donde pueda verte —gruñí.

Se posó sobre mis caderas, mi miembro presionado entre nosotros. Se apoyó contra mis hombros. Esto era mejor. Podía verla, tocarla con mis ojos y mis manos. Sus pechos rebosaban, demasiada abundancia para una sola mano mientras los sostenía, los acariciaba.

Se lamió y mordisqueó el labio inferior mientras yo jugueteaba con sus pezones entre mis dedos. Agarró mis antebrazos. Sus caderas se mecían adelante y atrás, lentamente al principio. Su calor húmedo se deslizaba sobre mi miembro.

Gemí por lo bien que se sentía bajo mi tacto, lo sexy que se veía con sus párpados entrecerrados y sus labios rosados y brillantes. Era una tortura exquisita. Quería verla disfrutando de la forma en que mi tacto la hacía sentir. Quería su calor húmedo rodeándome. Quería tanto, y no podía tenerlo todo como quería. Todo a la vez, todo el tiempo. Tenía que racionar las delicias de su cuerpo. No podía tenerla toda bajo mi lengua y ver al mismo tiempo cómo el deseo se dibujaba en su rostro.

Pero podía tener su pecho en mis manos y mis dedos profundamente entre sus piernas. A regañadientes, solté uno de sus pechos y deslicé mis dedos entre nuestros cuerpos hasta que me sumergí en los pliegues de su sexo.

Cecelia gimió y presionó sus caderas contra mi mano. No creía que ninguno de los dos fuera a durar mucho tiempo. Deslicé mis dedos dentro de ella. Sus músculos internos ya estaban pulsando y succionando con un ritmo que fácilmente se convertiría en un frenesí incontrolado con un suave roce de su clítoris. Quería estar dentro de ella cuando eso ocurriera.

Odiaba romper la conexión física entre nosotros, pero si no lo hacía...

—¿Tomas anticonceptivos?

—Sí, ¿por qué? —Dejó de moverse para mirarme fijamente.

—No quiero parar para ponerme un condón. Quiero liberarme dentro de ti y llenarte con mi semilla.

—Oh. —Se estremeció con un jadeo. Tragó saliva y asintió—. Sí, llénаme. Eso suena tremendamente sexy. Me gusta cuando hablas así.

—¿Quieres decir que te gusta que te diga que voy a estirarte y bombearte tan llena de mi semen que estarás goteando durante días?

Sus ojos se abrieron de par en par. Quizás me había pasado.

—Sí, di más. —Su exigencia fue un gemido grave que fue directo a mis testículos.

Joder. Era completamente excitante. Estaba más que listo para llenarla y explotar. Ahora, mi polla estaba incluso más dura.

—Necesitas deslizar ese coño mojado sobre mí ahora —exigí.

—Sí —gritó.

Tracé círculos alrededor de su clítoris con mi pulgar—. ¿Te gusta eso?

—Ajá. —Cada ruido que hacía era más incitante.

—Baila sobre esto. —Empujé hacia arriba dentro de ella. Ella se restregó contra mí.

—Dime qué hacer, Sterling.

Con sus paredes internas apretando y tirando de mí, apenas podía pensar. Y ella quería que le hablara sucio. Todo lo que podía pensar era «sí, haz eso, más», y nada... mi mente era papilla mientras ella me arrastraba dentro de ella.

Agarré sus caderas y la sujeté mientras empujaba dentro de ella —. Estás tan jodidamente mojada. Como una especie de diosa flotando sobre mí.

No tenía ni idea de si las palabras que salían de mi boca eran coherentes o no.

—Voy a necesitar que te corras para mí, nena. Grita para mí.

Cecelia estaba demasiado perdida para poder responder—. Eso es, aprieta mi polla. Joder.

La sentí contraerse y tensarse a mi alrededor antes de que su orgasmo comenzara a revolotear y pulsar en fuertes contracciones.

Intenté decir algo así como chúpamela, pero el ruido que hice al liberarme fue algo más como «arrggghhhh», un balbuceo incomprensible mientras me quedaba sin respiración. Y se sintió como si los cielos se abrieran y me ducharan con algodón de azúcar y mi vodka favorito. Era dulce y brillante y algo salido de un sueño febril. El cuerpo de Cecelia me hizo sentir todas mis cosas favoritas de cada momento de mi vida, todo a la vez. Ella era la emoción de un salto de puenting y la exaltación de ganar un campeonato de Lacrosse en la universidad. Era la tienda de dulces para mi niño interior, y su cuerpo era mejor que el chocolate y los gusanitos de goma a los que solía ser adicto. Ella era cada cosa buena que me había pasado, todo a la vez.

Derramarme dentro de ella no fue el pináculo de algún acto físico de disfrutar de su cuerpo. Era todo a la vez. Y por primera vez en mucho tiempo, tuve miedo de lo que significaba.

.

28

CECELIA

Con un estiramiento que me hizo impulsarme desde la pared y colgar mis pies por el borde del colchón, solté un gruñido feliz y saciado. Rodé con un golpe seco y me desplomé sobre el pecho de Sterling. Todavía estaba caliente con vestigios de sudor adheridos a su pecho, entre sus pectorales.

Perezosamente, recorrí con mi dedo entre su vello pectoral. Un suspiro de felicidad placentera se me escapó. Estaba sin fuerzas.

Una de sus manos descansaba en mi trasero, la otra enredada en mi pelo.

—Suenas como el gato que se comió al canario —dijo.

—Mmm, no. Las plumas son demasiado trabajo. Soy la gata que consiguió nata caliente. Mmm. Mucha nata caliente.

Sterling se atragantó mientras reía. —Cecelia, tienes una vena perversa. Pareces toda dulce e inocente, pero por debajo, eres una diablilla.

—¿Eso te molesta?

Seguía tocándome, así que supuse que no. Todo su pecho vibraba con su risa. —En absoluto.

Me estiré lánguidamente y me froté contra su piel. —¿Qué puedo decir? Me inspiras.

Me hizo rodar hacia un lado y luego se sentó antes de darme un beso casi casto en los labios. —Mientras sea algo que guardes como un capricho solo para mí, no me molestará en absoluto.

Quedé lánguida cuando saltó de la cama. —¿Adónde vas?

—Voy a asearme, y luego tengo que volver. Le dije a la niñera que no iba a estar fuera hasta muy tarde. Ya son las diez.

—Ojalá pudieras quedarte —me quejé.

—Quizás cuando todo esto esté resuelto —dijo antes de salir de la habitación.

Me quedé en la cama, con los ojos cerrados, disfrutando de las vibraciones persistentes que aún hormigueaban en mi piel y por todo mi centro. El tacto de Sterling era magistral, memorable. Me di la vuelta y apoyé la barbilla en mis manos, observándolo vestirse cuando regresó.

—¿Cuándo te veré otra vez? —preguntó.

—¿Estamos hablando de esto o quieres que te ayude con la bebé?

—Esa es una pregunta ridícula, Cecelia. Ambas cosas.

—Necesitamos coordinar cuándo está programado que Peggy esté en tu casa, y cuándo estará la niñera, para que nuestros horarios no se solapen.

La cama se hundió bajo él mientras se sentaba. Pasó su mano por mi cadera y trasero. Un suave murmullo sonó en su garganta. —No tengo ninguna duda de que lo resolverás. Tienes unas habilidades de coordinación excepcionales.

Gateé hasta su regazo, a horcajadas sobre él. Tiré de su cuello de camisa y comencé a abrocharle los botones. La tela de su ropa raspaba contra mi piel desnuda. Mientras vestía a Sterling, sus manos se deslizaban por mi espalda y sobre mis muslos.

—Eres demasiado tentadora haciendo esto. —Sus dedos se clavaron en mis piernas mientras su boca reclamaba la mía. El beso reavivó una necesidad desesperada en lo más profundo de mi ser. Deseaba tanto a este hombre.

Con un gemido que sonaba dolorido, me levantó de su regazo y me puso de pie. —Realmente tengo que irme. Sé una buena chica.

Me besó una última vez, apretándome contra él. Caí de nuevo en la cama, haciendo pucheros. No lo acompañé a la salida. No era justo. No debería tener que elegir entre él y mi trabajo. Especialmente ahora que ya no era mi cliente. ¿Acaso eso no eliminaba cualquier conflicto de intereses?

Me tumbé boca arriba mirando al techo. ¿Cómo iba a hacer esto? Todo sería mucho más fácil si se enamorara de mí y me llevara en volandas. Podría dejar mi trabajo y mudarme con él y Georgie. No necesitaría una niñera, ni alguna agencia comprobando que Georgie estuviera bien atendida, porque yo podría cuidar de ella. Podríamos ser como una pequeña familia.

Era una encantadora fantasía. Pero, ¿un hombre como Sterling Alexander se enamoraba?

Aceptaba sus responsabilidades hacia su sobrina huérfana, pero eso no era lo mismo. Eso era una obligación. Yo no era su responsabilidad, así que ¿por qué me mantendría a su lado?

Era un buen rato en la cama. Al menos esperaba serlo. Lo intentaba. Sus habilidades en la cama eran extraordinarias, y yo luchaba por mantenerme a la altura, cualquier cosa para mantener su interés. No, un hombre como Sterling Alexander no iba a enamorarse de mí y llevarme a vivir a su apartamento para ayudarle a criar a su pupila.

Estaría interesado en mí como una distracción y una ayuda útil cuando se tratara de Georgie. Y si eso era lo mejor que podía conseguir de él, pues bien, a eso me iba a aferrar.

Con un gemido de ilusiones destrozadas y la realidad filtrándose, me levanté de la cama y me metí en la ducha. No quería lavarme su olor de la piel, pero necesitaba recobrar el control. Estaba tan perdidamente enamorada de ese hombre que no me importaba ser solo útil para él. Útil en la cama, útil en la vida.

Si eso era lo que hacía falta, iba a ser tan útil que se daría cuenta de que no podía prescindir de mí, y eso era algo parecido al amor. ¿Verdad? No teníamos que estar enamorados para que esto funcionara, ¿no? Un lado emoción, el otro practicidad. Mientras pudiera vivir con eso, podría hacer esto, ¿verdad?

Me vestí y me pasé una toalla por el pelo. No es como si estuviera en posición económica de dejar mi trabajo así sin más. Pero si conseguía otro, la agencia no podría impedirnos vernos. Si conseguía otro, ¿seguiría Sterling interesado en mí? Claro, seguiría teniendo las mismas habilidades, pero ¿acaso el hecho de que no debiéramos estar involucrados formaba parte de su atracción hacia mí?

No quería pensar en eso, no quería pensar en todas las razones que podrían interponerse. Necesitaba centrarme en todas las formas de hacer que esto funcionara. Saqué un bloc de notas de mi bolso de trabajo y puse agua a hervir para una taza de té.

Conseguir un nuevo trabajo, aunque era una opción, no era buena. Mi trabajo estaba bien, y no quería pensar en lo difícil que sería para la familia de Héctor si yo dejaba de trabajar en su caso. Mi trabajo no era tan malo, pero encontrar uno nuevo sería horrible. Me había llevado más de un año conseguir finalmente este. No quería volver a ser cajera en la tienda de manualidades.

Me gustaba saber que iba a tener suficiente en mi nómina para cubrir el alquiler y tener dinero para la compra. Si volviera a tener horarios inciertos y un calendario irregular, tendría que hacer algo desesperado, como vender el bolso que Sterling me regaló, solo para asegurarme de tener un lugar donde vivir.

No estaba dispuesta a hacer eso. Ese bolso era más que un simple bolso caro. Él había puesto empeño en el regalo. Sabía que lo necesitaba. Miré la escultura de gorila hecha con chanclas. Tampoco iba a deshacerme de eso. ¿Y qué si los regalos no eran particularmente románticos? No eran joyas, pero tenían significado para nosotros, para mí.

Empecé una lista. Necesitaba conocer los horarios, el mío, el de la niñera, y cuándo planeaba Peggy pasarse a ver a Sterling y Georgie. ¿Cuándo esperaba Sterling volver a su trabajo? No iba a estar de baja para siempre. ¿Cómo afectaba eso a la forma en que íbamos a hacer que esto funcionase?

¿Se esperaba que yo fuera solo una niñera glorificada? ¿O quería verdaderas lecciones de crianza? Oh, podríamos tomar clases comunitarias juntos. La agencia no podría decir ni pío sobre eso.

Querían que tomara cursos de desarrollo profesional, y él necesitaba formación práctica como padre. Añadí la idea a mi lista y seguí pensando.

Tenía más preguntas que respuestas, pero cada pregunta me llevaba hacia ideas y estrategias que no tenía antes. Mi té se enfrió, y seguí escribiendo. En algún momento, mi estómago rugió, y tenía hambre de un tentempié. La pizza sonaba bien. Siempre era una favorita para las noches largas.

Cuando hice el pedido para que me la trajeran a domicilio con mi móvil, me di cuenta de que era mucho más tarde de lo que había pensado. Había estado escribiendo y pensando durante horas. No me había parecido que hubiera estado trabajando tanto tiempo. Todavía no tenía respuestas, pero sentía que estaba más cerca de una solución de lo que estaba horas antes.

No fue hasta después de que me entregaran la pizza y tuviera una porción de delicia de pepperoni con queso en la boca que pensé que podría tener una solución. El queso siempre me ayudaba a pensar. Garabateé frenéticamente mis ideas antes de que se me escaparan.

Pensé en llamar a Sterling con mi brillantez pero recordé la hora. Era básicamente un padre soltero con un bebé. Estaría dormido. Y si no lo estaba, debería estarlo. Guardaría mis buenas noticias para la mañana. Eh, por la mañana. Todavía tenía que ir a trabajar por la mañana.

De repente, toda la adrenalina que quedaba del experto acto amoroso de Sterling y el frenesí por encontrar una solución me abandonó. Estaba agotada. Me arrastré hasta la cama y caí en un sueño dichoso.

29

STERLING

Mi teléfono vibró. Era más temprano de lo que esperaba recibir noticias de Cecelia. Pensaba que aún estaría dormida.

—Estás despierta muy temprano —refunfuñé. Mi voz no estaba lista para estar despierta y funcional.

—Lo siento, pensé que ya estarías levantado con Georgie.

—Lo estoy, pero ella está casi durmiéndose otra vez.

—Me desperté, y estoy completamente despejada ahora mismo —sonaba demasiado entusiasmada para esta hora del día.

—Te acostaste temprano —comenté.

—Para nada. Después de que te fueras, estuve despierta durante horas intentando aclarar todo esto.

—¿Te acostaste en algún momento? —pregunté.

—Sí. Y dormí realmente, realmente bien. Creo que tuviste algo que ver con eso.

Estaba demasiado cansado para reírme. Conseguí soltar una ligera risita. —Encantado de haber sido de ayuda.

—Puedes ayudarme cuando quieras —ronroneó.

—No empieces a hablar sucio. Todavía estoy bajo la influencia del sueño y soy susceptible a tus encantos.

—¿Ah, tengo encantos?

—Tienes que dejar de coquetear conmigo tan temprano por la mañana. Hay una niña presente —la reprendí suavemente—. Me gusta que me hayas llamado lo primero, pero tengo curiosidad por saber por qué.

Casi pude escuchar su sonrojo mientras dejaba escapar una risita nerviosa.

—Tengo un plan que creo que funcionará. Estaba realmente preocupada de que tendríamos que esperar hasta que se resolviera la situación de custodia de Georgie, pero... en fin, quería ver cómo estaba el horario para más tarde hoy. ¿Tienes una cita con Peggy? ¿Qué hay de la niñera?

—¿Me estás preguntando si es seguro venir?

—Eso es exactamente lo que estoy preguntando.

Cerré los ojos y pensé por un momento. Georgie se retorció y se movió. Abrí los ojos para asegurarme de que estaba bien. Su pequeña cabeza estaba inclinada hacia atrás, y su boca quedó abierta con el biberón deslizándose lentamente hacia el espacio entre nosotros.

—Espera, deja que lleve a la niña a su cama. No te vayas —refunfuñé antes de dejar el teléfono.

Levanté a Georgie en el hueco de mi brazo. Se estaba haciendo más grande. Pronto, no podría cargarla fácilmente con un solo brazo. Después de acostarla en su cuna, me arrastré de vuelta a mi propia cama.

—He vuelto —dije con un bostezo—. ¿Cuándo quieres venir?

—En serio, ahora mismo.

Puede que haya gruñido.

—Sé que no puedo, Sterling. Solo estoy ansiosa por compartir mis ideas contigo. Y por verte otra vez.

—Stanholt y la niñera tienen previsto estar aquí a media mañana. No habrá nadie si vienes a cenar.

—¿Cenar?

Hice un gruñido afirmativo.

—Si vengo a cenar, ¿cuánto tiempo puedo quedarme?

—Puedes quedarte todo el tiempo que quieras, pero quizás planea irte a las seis.

—¿Las seis? ¡Ni siquiera habré llegado para las seis! —se quejó.

—Me refería a las seis de la mañana.

Jadeó, y esta vez, supe que se estaba sonrojando.

—Quiero escuchar ese plan tuyo. —Estaba interesado en cómo pensaba que funcionaría. Supuse que mientras viniera fuera de horario laboral, no había razón para que alguien en su agencia supiera que estaba aquí. Y solo teníamos que escondernos durante unos meses. Tendría que solicitar al estado o algo así la custodia, pero después de que todo eso se finalizara, Cecelia y yo finalmente podríamos hacer pública nuestra relación.

Me gustaba que fuera organizada y tuviera un plan. Y que su plan no fuera simplemente cuidar de ella, aunque no era una mala idea. Era demasiado independiente para renunciar a su carrera y cuidar de mí y de Georgie. Con carácter fuerte y obstinada. Hmm, y guapa.

—Ven a cenar. Quédate a dormir —exigí.

—No hace falta que me lo digas dos veces. Vuelve a dormir. Siento haberte hecho hablar conmigo estando adormilado.

—No seas tonta, Cecelia. Te veré esta noche. —Terminé la llamada y me deslicé de nuevo en la cama. Hubo un tiempo, no hace mucho, antes de Georgie, en que habría aprovechado el estar despierto tan temprano para ir al gimnasio. Gemí y me preparé mentalmente para dejarme caer boca arriba y sentirme culpable para levantarme. En su lugar, aparté esa estúpida idea a un lado. El sueño me llamaba, y regresé a él.

La segunda vez que me desperté, casi pensé que hablar con Cecelia había sido un sueño. Pero Georgie estaba en su cuna, y su biberón seguía en mi mesita de noche. Si esas cosas habían sucedido como recordaba, entonces acepté que también había hablado con Cecelia.

Me mantuve al margen, sin participar en la conversación entre la nueva niñera, la señora Fletcher —que insistía en que la llamaran Nanny Fletcher como algún personaje de una novela de Jane Austen — y la señora Stanholt. Discutieron sobre los hitos de crecimiento y las expectativas de nivel de cuidado respecto a Georgie. En ningún

momento se solicitó mi opinión o mi participación en la conversación.

—Sigo siendo su tutor, aquí —dije en un momento.

—Bueno, por supuesto que lo es. Y tiene sus mejores intereses en mente. Eso es todo lo que estamos discutiendo —dijo la señora Stanholt. Había sido sumariamente descartado. Solo que se esperaba que todavía pareciera como si estuviera participando en su discusión.

Me quedó claro que los escenarios que estaban ideando respecto a la crianza de Georgie me dejaban fuera de la ecuación pero pagando la factura. Eso no iba a suceder. Me irrité, y Georgie captó mi estado de ánimo y se volvió irritable y gruñona.

—Voy a acostarla para una siesta —anuncié.

Cuando ninguna de las dos mujeres dijo algo que implicara que yo debía estar allí, cogí a Georgie. Me dirigí a la cocina primero.

—¿Quieres un tentempié?

Georgie chasqueó los labios, haciendo gestos de comer. Cogí una compota de manzana del armario y despegué la tapa de aluminio del envase individual. No me molesté en sentar a Georgie en su trona. Le di de comer con la cuchara mientras la llevaba de vuelta a los dormitorios. Se me estaba dando bastante bien esto.

No nos llevó mucho terminar el tentempié entre los dos.

Georgie bostezó y se frotó los ojos. Me balanceé sobre mis pies durante un rato, tranquilizándola hasta que otro bostezo dividió su rostro. No opuso resistencia cuando la acosté en su cuna. Le di palmaditas en la espalda durante unos minutos más hasta que estuve seguro de que estaba dormida antes de volver al salón.

La señora Stanholt me miró como si hubiera hecho algo malo. Empezaba a darme cuenta de que era así prácticamente todo el tiempo. —No puedes simplemente irte con la niña así —dijo.

—Sí, puedo. Es mi sobrina, y esta es mi casa. Y aunque entiendo que a vuestra agencia le preocupe que esté bien atendida, sigo siendo yo quien se ocupa de ella.

—Por eso está aquí la Niñera Fletcher. —La señora Stanholt frunció los labios y abrió mucho los ojos mirándome, como para dejar clara su postura.

—Recuerde que solo estoy a tiempo parcial hasta que el señor Alexander vuelva a su trabajo. Entonces estaré a tiempo completo.

La Niñera Fletcher me lanzó una mirada rápida y un guiño antes de volver a prestar toda su atención a la señora Stanholt y a la conversación sobre los alimentos adecuados que Georgie debería comer y cuándo.

Peggy Stanholt probablemente tendría un ataque de nervios si supiera que más de la mitad del tiempo, Georgie comía los mismos alimentos que yo, y no papillas de bebé.

Pareció una eternidad antes de que la señora Stanholt anunciara que habíamos terminado por hoy, como una profesora excesivamente estricta despidiendo la clase. La miré durante un buen rato antes de que se levantara para marcharse. Creo que había olvidado que este no era su despacho. Dejé que la Niñera Fletcher la acompañara hasta el ascensor. Después de todo, era bastante evidente para mí que la mujer Stanholt ya no creía que yo estuviera a cargo del bienestar de Georgie.

La Niñera Fletcher volvió al salón y se sentó. No pude descifrar su sonrisa. ¿Estaba disculpándose? ¿Pensaba que yo era tan inútil como creía la otra mujer?

—¿Puedo hablar con franqueza? —preguntó mientras cruzaba las manos sobre su regazo.

Asentí. Esto iba a ser interesante.

—Esa mujer es insoportable.

Solté una carcajada. La tensión se alivió en mis hombros. Qué alivio. No era el único que lo pensaba. —Sí, sí que lo es. Pensé por un momento que ibas a pasarte a su forma de pensar.

—Realmente no cree que tengas ninguna habilidad o intención de criar a tu sobrina, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—La agencia para la que trabaja envió originalmente a alguien que proporcionó algún tipo de formación. Bueno, me dijo qué hacer y qué comprar. Esta gestora de casos, gestiona el caso, no las personas involucradas. A veces, creo que olvida que Georgie es una persona real y no un nombre en un trozo de papel —admití.

—Creo que podrías tener razón —dijo la Niñera Fletcher—. Bueno, siento no poder quedarme más, pero vuelvo mañana por la tarde.

Acompañé a la Niñera Fletcher hasta el ascensor. Era bueno saber que estaba más inclinada a ponerse de mi lado. Necesitaba el apoyo y la asistencia para criar a Georgie. Y yo *iba* a criar a Georgie.

30

CECELIA

Un extraño sonido se infiltró en mis sueños. Era un graznido, como un águila gigante chillando, o al menos eso pensé al principio. Estaba siendo sacudida por la corriente descendente de unas grandes y oscuras alas. El pájaro gigante de mi sueño cambió, y en algún momento, se produjo la transición del sueño a la soñolienta realidad y el graznido era el intercomunicador del bebé, y el movimiento era Sterling entrando y saliendo de la cama.

—¿Qué? —pregunté aturdida.

—Shhh —me tranquilizó Sterling mientras volvía a la cama con Georgie en brazos.

No sabía si nos estaba haciendo callar a mí o a ella. Se acurrucó entre las almohadas entre nosotros. Envolvió su pequeña mano en mi pelo, sus grandes y expresivos ojos fijos en los míos. Alternó su mirada varias veces entre Sterling y yo.

Soltó el biberón que estaba chupando y mostró la sonrisa de bebé con la boca más abierta que creo haberle visto jamás. Ya no interesada en relajarse y posiblemente volver a dormirse, se puso de pie y comenzó a trepar por la cama entre nosotros.

Se rio y agarró mi cara, plantando su versión de besos en mí. Solo fruncía los labios si alguien hacía primero la misma expresión

facial. De lo contrario, besaba con el mismo entusiasmo devorador con el que se acercaba a un cupcake. Agarrar, morder, amar.

—¿Siempre es así? ¿Qué hora es? —gemí.

Sterling se rio entre dientes.

—Me recuerda a ti.

—¿Qué? ¿Cómo? Es una hora indecentemente temprana. Nunca estoy despierta tan temprano —dije.

—Ayer lo estabas —me recordó.

—Esa era yo en el pasado. Yo en el presente querría estar dormida.

—Solo está feliz de tenerte en la cama con nosotros. Sé cómo se siente. —Era guapísimo y sexy, y mis entrañas dieron un pequeño vuelco. Me encantaba cómo su pelo estaba hecho un desastre, y la barba incipiente en su barbilla era un poco más espesa y densa. Y su voz por la mañana era profunda y ronca.

—Sí, pero tú no estás saltando sobre mí y mordiéndome la cara.

—No, eso fue anoche. Y nunca con público presente. —Su maliciosa sonrisa tiraba de la comisura de su boca, y realmente quería besarle. Pero tenía razón, no con Georgie en la cama.

Suspiré y quise volver al mundo de los sueños, pero Georgie estaba demasiado entusiasmada. Necesitaba levantarme e irme a casa para prepararme para el trabajo. Muy a propósito no había traído ropa de trabajo conmigo para verme obligada a abandonar la cama de Sterling de manera puntual.

Con gran esfuerzo, me obligué a girarme de lado, dándole la espalda a Georgie. Ella pensó que esto era muy divertido y me usó como una especie de trampolín. Al menos eso es lo que parecía.

—Te pillé —dijo Sterling. Y Georgie se rio.

Me senté y me giré para mirarlos. Mi corazón se encogió ante este momento. Este maravilloso y precioso momento de los tres, somnolientos, juntos. Se sentía como familia. Se sentía como hogar. Parpadee porque sabía cómo se veía el amor. Esto era.

No quería irme y acudir al trabajo. Mis prioridades parecían completamente equivocadas. Realmente necesitaba replantearme este trabajo. No era justo que tuviera que elegir entre el trabajo y el amor, o que tuviera que ser engañosa para poder tener ambas

cosas. La noche anterior, le había explicado todo a Sterling: cómo podíamos asegurarnos de que yo nunca estuviera aquí cerca de mis horas de trabajo para evitar posibles encuentros con mis colegas, y en las noches de cita, él vendría a mi casa, así no habría coincidencia con la niñera. Y los fines de semana, podríamos irnos fuera.

Era posible escondernos. Y cuando Georgie estuviera bajo su custodia total y la agencia ya no tuviera ningún interés o responsabilidad sobre ella, podríamos dejar de escondernos. Podríamos estar juntos abiertamente. A Sterling pareció gustarle tanto el plan que me llevó a la cama para celebrarlo.

Parte de mi gran plan era que cuando pasara la noche, nunca saldría hacia el trabajo desde su casa. Y eso significaba esta mañana. Sabía que nuestro tiempo era limitado. Él tendría que volver al trabajo pronto. No hablamos de ello, pero la baja por asuntos familiares estándar era de doce semanas como máximo. Solo le quedaban unas tres semanas.

En ese momento, yo no pasaría las noches laborables con él. Sabía que este era un momento único por muchas razones, y quería aferrarme a él.

—¿Te vas? —preguntó.

Asentí. Un nudo en la garganta me dificultaba hablar sin llorar. No quería llorar delante de Sterling en ese momento.

Me levanté y me vestí. Regresé a su lado de la cama para darle a él y a Georgie, que finalmente se había calmado y parecía somnolienta, besos de despedida.

—¿Vendrás esta noche? —me preguntó.

Me encogí de hombros.

—No he dormido mucho las últimas noches. Creo que voy a ir a casa después del trabajo y acostarme temprano —admití.

—Llámame —dijo antes de rodear mi cuello con su mano y atraerme de nuevo para otro beso.

Ir a casa y prepararme para el trabajo se sentía como una tarea pesada. No quería ir. Quizás mi actitud habría sido diferente si no me dirigiera a la oficina a primera hora. Me gustaba ayudar a mis clientes. No me gustaba la anticuada situación de oficina.

Me puse mi pequeño traje gris y recogí mi pelo en un moño. Sentía como si me estuviera poniendo una armadura. No esperaba que el trabajo fuera particularmente desafiante. Simplemente no quería estar allí. Una vez allí, mi mala actitud me hizo sentir peor porque sabía que todo era mental. Estaba jugando juegos mentales conmigo misma. Si podía convencerme a mí misma de que trabajaba para los malos, también podía convencerme de que trabajaba para los buenos.

Guardé mis cosas en mi escritorio, saqué un bloc de notas y me dirigí a la sala de la fotocopiadora que también servía como sala de descanso. Necesitaba café y los formularios de informes.

—Vaya, ¿qué es esto? —pregunté sin dirigirme a nadie en particular cuando llegué y vi un montón de formularios nuevos en el casillero. Eran prácticamente elegantes y de alta gama comparados con los que habíamos estado usando. Los formularios ya venían por triplicado. La hoja superior era blanca, y las dos páginas siguientes eran amarilla y rosa.

Hacía mucho tiempo que no veía formularios como estos. Funcionaban mejor con máquinas de escribir, algo que no teníamos, y no funcionaban en impresoras, lo cual estaba bien, ya que todavía no me habían proporcionado un portátil.

Estaba prácticamente eufórica. No podía estar segura si realmente estaba contenta con los formularios o simplemente me estaba volviendo un poco loca porque tenía un formulario autocopiativo pero ninguna tecnología real para realizar mi trabajo. Cogí mi café y algunas copias del formulario y regresé a mi escritorio.

Greta estaba apoyada en mi escritorio con aspecto aburrido cuando regresé.

Levanté los formularios. —Nos estamos volviendo elegantes. ¿Alguna novedad sobre el sistema informático?

—Tenemos que hablar —dijo, ignorando completamente mi pregunta. Se levantó y comenzó a alejarse.

Esa era mi señal para seguirla. Así que lo hice. Su oficina estaba sospechosamente limpia. La superficie de su escritorio estaba vacía de las pilas de archivos que estaba acostumbrada a ver. En lugar de

carpetas, en el centro de su escritorio había una camisa doblada. Era mía.

Extendí la mano y toqué la camisa. —¿Cómo conseguiste mi camisa? Llevo semanas sin encontrarla. —La cogí y la desdoblé, colocándola sobre mi brazo.

Greta se sentó y tomó una respiración larga y profunda. —Peggy me la trajo.

—¿Eh? —Mi ceño se arrugó con confusión—. ¿Cómo consiguió mi ropa?

Greta frunció los labios y pareció afligida. —La encontró en la residencia Alexander.

Todo mi cuerpo se quedó frío, y luego el sudor empezó a perlarme la espalda. Mierda, no me había dado cuenta de que había dejado ropa en casa de Sterling. Y entonces recordé algo. Sonreí.

—Eso debió ser en los primeros días cuando le estaba enseñando cómo alimentar al bebé. Llevé ropa de repuesto porque no quería ensuciar mi buena ropa de trabajo. —Señalé mi traje.

Greta negó con la cabeza. —No creo que sea así, Cecelia.

Mantuve mi postura perfecta y no dejé que mi expresión cambiara. No iba a permitir que el husmeo de Peggy en las cosas de Sterling me hiciera perder el trabajo.

—Dijo que no estaba allí una semana, y a la siguiente sí —continuó Greta.

Hice algunos cálculos mentales. Peggy debía haber estado guardando la camisa durante al menos dos buenas semanas.

—Sabemos que has continuado viendo al Sr. Alexander y a la niña.

—Pensaba que como gestores de casos, se suponía que debíamos asegurarnos de que nuestros clientes tuvieran las herramientas y suministros que necesitaban, no husmear entre sus pertenencias —fue mi única respuesta.

31

STERLING

Con Georgie dormida, decidí coger el monitor de bebé e ir a correr en la cinta. Había dejado que el hábito de entrenar se desvaneciera a medida que cuidar de Georgie se había vuelto algo que lo abarcaba todo. ¿Cómo demonios lo hacían las mujeres?

Cuidaban de los niños, trabajaban, atendían a sus familias y tenían que lidiar con las presiones de la sociedad para volver a estar en buena forma física. Yo tenía ayuda y aun así no había logrado hacer ejercicio con regularidad en semanas.

Un paso a la vez. Necesitaba apuntarme a algunas de esas clases para padres. Quizás allí era donde se revelaban los secretos para poder gestionar todo más un bebé.

Las luces parpadearon. Levanté la vista de mis pensamientos y vi a Wayne esperando a que lo reconociera. Asentí y me bajé de la cinta, dejando que los rodillos continuaran.

—La señorita Cecelia viene de camino —anunció Wayne.

—¿De verdad? No la esperaba hoy. —Apagué la cinta y cogí el monitor del bebé antes de seguir a Wayne escaleras arriba.

Era media tarde. Demasiado temprano para que viniera. Ella fue quien decidió que nunca estaría aquí cuando hubiera la más mínima posibilidad de que alguien de su oficina pudiera estar, o la niñera. Había sido muy específica sobre eso, incluso sobre cómo su nombre

no debería aparecer como contacto en mi teléfono, sino que en su lugar debería usar un código o un apodo para ella.

Había sido muy específica sobre cubrir sus huellas y no ser descubierta.

Atravesé la cocina y revisé mi teléfono, que había dejado enchufado y cargándose, para ver si me había llamado o enviado un mensaje y si me lo había perdido. Algo tenía que estar mal. Mi estómago se retorció. Sintiendo que las cosas no iban bien, fui a comprobar cómo estaba Georgie, para ver si estaba bien. Estaba profundamente dormida. No había razón para asumir que algo estaba mal. Simplemente sentía la necesidad de tranquilizarme.

Cecelia salió como un vendaval del ascensor y estaba mirando alrededor cuando me acerqué. Me lanzó una camiseta arrugada.

—¡Ha estado hurgando entre tus cosas! —Parecía que había estado llorando.

Miré la camiseta que tenía en la mano.

—¿Quién ha estado hurgando entre mis cosas?

Me llevé la camiseta a la nariz. Olía a limpio, al suavizante que usaba Wayne. No entendía.

—Peggy Stanholt le dio mi camiseta, que encontró aquí, a mi jefe. Le dije que probablemente la dejé aquí cuando era tu asistente social, pero no me creyó. Dijo que sabían que he estado viéndote. Ni una sola vez admití nada. Pero tenían información. Creo que me han estado siguiendo o algo así.

Un gruñido escapó de mi garganta. No me gustaba la idea de que alguien en quien se suponía que debía confiar me espiara activamente. Y se suponía que debía confiar en la agencia. Después de todo, querían lo mejor para Georgie. Aunque eso no significaba que confiara en ellos.

—¿Por qué harían eso?

Cecelia se enfureció y agitó las manos mientras caminaba en un círculo estrecho.

—Ojalá lo supiera. Quiero decir, vale, creen que hay algo entre nosotros, pues que me despidan ya. Pero no entiendo el punto de quitarme el caso y luego espiarte.

—¿Me están investigando? —pregunté.

—No que yo sepa, pero hay algo más ocurriendo de lo que no estoy al tanto. Pensé que simplemente no querían que me encariñara demasiado.

Empecé a reírme, pero una mirada a su cara y el sonido murió en mi garganta. Cecelia no encontraba humor en la ironía de eso.

—¿Me estás escuchando? —Se detuvo y me miró fijamente.

—Te estoy escuchando.

—Entonces, ¿por qué no dices nada? —preguntó.

Estaba tan angustiada que no tenía sentido. ¿Cómo se suponía que debía escuchar y aun así decir algo? La había escuchado. La mujer Stanholt estaba husmeando entre mis pertenencias. Ya tenía una lista formándose en mi cabeza de lo que hacer a continuación. Llamaría a la agencia y solicitaría su documentación sobre una verificación de antecedentes y cualquier seguro de fianza que tuvieran sobre ella. Solicitaría que se realizara una investigación interna sobre la eliminación de cualquier otra pertenencia de mi casa.

Sonreí ligeramente, no por el trabajo innecesario extra que esta situación me suponía, sino por la influencia de Cecelia en mi vida. Estaba haciendo listas. Incluso podía visualizar cada paso con su letra enredada en una hoja de papel.

Señalar que se estaba poniendo histérica no iba a favorecer a nadie.

—Estaba pensando en lo que dijiste. Te estoy escuchando, y esto nos pone en desventaja.

—¿Desventaja? Sterling, me están trasladando al otro lado del estado.

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunté.

Apretó los labios y respiró por la nariz como un toro resoplando listo para cargar.

—Aparentemente, es un traslado temporal, al menos por ahora. Ni siquiera les importa que tenga clientes aquí que estarán en desventaja por mi ausencia.

La miré fijamente, todavía asimilando lo que me estaba contando. Nos estaban espiando, a nosotros.

—Vale, ¿cuán temporal?

Me miró y me observó duramente.

—¡Me están enviando lejos!

—Te he oído. ¿Por qué? ¿Adónde? —Necesitaba más respuestas de las que estaba recibiendo.

—No pareces muy disgustado. —Las palabras de Cecelia fueron muy tajantes. Ajustó los hombros y se irguió más.

—Todavía estoy tratando de entender lo que me estás diciendo. No, no me gustan ninguna de las palabras que has dicho hasta ahora, pero no tengo suficiente información para estar disgustado aún. Confía en mí, llegaré a ese punto. —Era difícil mantener la irritación fuera de mi voz. Cecelia estaba frenética, y yo no la seguía porque no me estaba dando todos los detalles pertinentes.

—No tengo elección. Si quiero conservar mi trabajo, tengo que estar allí la semana que viene. Y luego podrían decidir hacerlo permanente.

No pregunté, solo levanté las manos en un gesto de desesperación.

—¿Dónde?

—¡Me envían a Amarillo! —gimió.

Y entonces el monitor del bebé comenzó a gimotear. Estaba rodeado por las sirenas de mujeres angustiadas. Georgie chilló. Me sobresalté.

—Deja que vaya por ella —empecé a girarme para ir a por la niña.

—¿Eso es todo lo que vas a decir?

—Cecelia, tengo que ir a por la niña —dije con calma.

—Oh, mierda. ¿Por qué me molesto siquiera? —Continuó mirándome con furia mientras entraba en el ascensor y pulsaba los botones.

Me debatía entre ir a por Georgie y seguir a Cecelia. Georgie no gritaba así. Tenía que ver qué pasaba. Me sorprendió que Cecelia no me siguiera. Me giré para verla entrar en el ascensor.

—Cecelia, no es lo que... quería decir —Pero ella no me oyó cuando las puertas se cerraron sobre mis palabras. Me quedé allí, inmóvil, sin saber exactamente cómo responder.

Georgie aulló de nuevo y corrí por el pasillo.

—¿Qué? —ladré mientras irrumpía en su habitación.

Su cara estaba roja y surcada de lágrimas, y mi grito provocó otro chillido agudo. Intentó alejarse de mí cuando me acerqué a la cuna. Estaba sudorosa y alterada, y yo había entrado como un monstruo.

—Oh, pequeña, lo siento. Lo siento mucho —Levanté a Georgie en mis brazos. Estaba empapada. No era de extrañar que estuviera tan mal.

Mi enfoque cambió. Era muy consciente de que necesitaba llamar a Cecelia y explicarme, pero ahora mismo, Georgie me necesitaba, y Georgie era mi prioridad.

Le quité la ropa mojada y la limpié con toallitas para bebés. Realmente necesitaba un baño. Podía imaginar que sería un desastre. Ya estaba infeliz y alterada. Meterla en la ducha no la haría sentirse más segura. La vestí con algo limpio y seco antes de llevarla a la cocina y calentar un biberón.

Le llevó mucho tiempo calmarse. Lo que fuera que había soñado la había asustado. O tal vez despertar cubierta de orina era realmente tan perturbador. No quería que la soltara.

Con Georgie aferrada a mí como un koala bebé, encontré mi teléfono donde lo había dejado en la cocina e intenté llamar a Cecelia. Fue directamente al buzón de voz. Sospechaba que ni siquiera había encendido el teléfono durante el día, y dudaba que estuviera en casa.

Estaba cabreada conmigo y con el mundo. Necesitaba calmarse antes de que yo sintiera que podía hablar razonablemente con ella. Mudarse a Amarillo no era una mala idea, pero solo porque allí nadie sabría quién era yo.

Podría visitarla siempre que tuviera tiempo o quisiera, y no tendríamos que escondernos. Pero no había dicho eso. No había respondido de la manera que Cecelia había querido, había necesitado que respondiera. Y luego fui y le ladré al bebé.

Besé a Georgie en la cabeza.

—Lo siento —murmuré. No había tratado muy bien a ninguna de mis chicas especiales.

32

CECELIA

Estaba entumecida. Las puertas del ascensor se cerraron, y me quedé sola. No sentía nada. Todo lo que creía saber era falso. Una extraña y fragmentada calma se apoderó de mí.

A Sterling no le importaba. Yo había estado dispuesta a arriesgar mi trabajo, mi carrera por él, y a cambio, simplemente me miró como si no estuviera hablando en su idioma. Quería enfadarme, quería gritar de rabia y patalear. Pero no sentía nada. Tenía un poco de hambre. Eso era todo.

Paré en un local de sushi para llevar, cogí mi rollo de cangrejo favorito y un tazón de sopa miso. No quisieron venderme una cerveza para llevar, así que paré y compré un par de botellas de Sapporo en la tienda de conveniencia de camino a casa.

Preparé mi pequeña cena. La última vez que había comprado sushi fue para celebrar que conseguí el trabajo. ¿Era esto una celebración de mi traslado? ¿O estaba celebrando alguna otra cosa?

Mis entrañas se retorcieron. Ahí estaba, el arrepentimiento, la tristeza. Di un sorbo de cerveza, y mis entrañas se calmaron. No, eso no era angustia emocional. Mi cuerpo tenía hambre y me estaba diciendo que me diera prisa y lo alimentara.

El sushi estaba bueno, la sopa aún caliente, y las cervezas frías lo complementaban todo de maravilla. Me sentía realizada. Me sentía

grande y al mando pero sin motivación alguna. Examiné mi apartamento. Dejando escapar un profundo suspiro, me levanté de la mesa y empecé a limpiar.

Me iba a Amarillo para una colocación temporal. Eso significaba que aún necesitaba mantener este lugar, al menos hasta que me comunicaran que estaba siendo trasladada permanentemente. Supuse que eso llegaría en una o dos semanas. Bueno, si iba a estar ausente durante unas semanas, quería asegurarme de regresar a un apartamento limpio.

Limpiaría primero, y luego haría el equipaje. Tenía esta noche y mañana, y después conduciría hacia allá. Necesitaba estar en la oficina a primera hora del lunes. No se me dio la oportunidad de resumir mis notas sobre el caso de Hector. Tuve que entregar los archivos inmediatamente.

Greta se había sentado en su silla en su despacho y me dijo que le llevara todo inmediatamente. Todavía tenía esa estúpida camisa en las manos cuando salí de su despacho. Me movía como un zombi, o quizás una marioneta sería una mejor descripción. Estaba haciendo lo que me decían y no tomando decisiones por mi propia voluntad.

—No he tenido oportunidad de anotar la actualización de hoy —dije cuando regresé a su despacho, con la carpeta del archivo apretada entre mis brazos.

—Eso tendrá que estar bien —dijo. Levantó un trozo de papel—. Este es el número del administrador de la propiedad y la dirección del apartamento propiedad de la empresa donde te alojarás.

Dejé la carpeta y cogí el papel.

—¿Apartamento corporativo?

—Sí, te necesitamos allí durante la semana. Si decidimos trasladarte, por supuesto, en ese momento, se esperará que seas responsable de tu propio alojamiento.

—Tengo un contrato de alquiler. No puedo permitirme romperlo —señalé.

—Los servicios de reubicación negociarán sacarte de eso si es necesario. Y cubrirán el gasto como coste de la mudanza. Se te dará una asignación para la mudanza.

El shock me invadió en ese momento. —¿Pero y si no quiero mudarme a Amarillo?

—¿Quieres conservar tu trabajo, no es así?

—Sí, señora. —Y de repente, yo era la niña traviesa, y este era mi castigo. Y era el peor de todos los resultados posibles. En ese momento, sentí el peso abrumador de cada error que había cometido en toda mi vida.

En modo de dolor y pánico total, instintivamente acudí a Sterling. Su rechazo fue un shock más profundo, y ya no podía sentir ni preocuparme por nada. Ahora, horas después, era un esfuerzo encogerme de hombros y pensar en algo más significativo que *lo que sea*.

Usé mi cepillo de dientes para limpiar profundamente la lechada entre los azulejos alrededor de la bañera. No es como si fuera a mudarme con un cepillo de dientes viejo. Estaba más interesada en los resultados de fregar la bañera y el inodoro de mi baño que en lo que estaba pasando en mi vida.

Era tarde cuando finalmente sentí que el apartamento estaba adecuadamente limpio. Me paré en medio de la sala de estar y miré alrededor. ¿Qué se suponía que debía hacer ahora? No quería sentarme y estropear la organización de los cojines decorativos que había hecho.

Mi estómago volvió a gruñir. Pasé la mano sobre él, esperando que se calmara. ¿Tal vez tenía hambre? Miré la hora. Era tarde. Decidiendo que ir a la cama era lo que debía hacer, ya podría decidir qué hacer con la comida del frigorífico por la mañana.

Las acciones que tomé fueron pasos lógicos. Me sentía completamente desconectada de cualquiera de las decisiones que tomaba. No soñé, y me desperté sintiéndome funcional unas nueve horas después. Ya estaba en problemas con el trabajo. ¿Qué iban a hacer? ¿Despedirme? Quería despedirme de Lucille y Hector. También era una forma de vaciar mi frigorífico. Apenas dos horas después, estaba de pie en el porche de Lucille con una caja con todo lo del frigorífico y una buena parte de las conservas de mi despensa.

—¿Cecelia? ¿Qué haces aquí esta mañana? No tenemos una cita.

—Sí, siento ocupar tu tiempo. Quería informarte de que me trasladan y ya no seré tu gestora de caso. No sé a quién han puesto en mi lugar. Espero que esté bien, pero pensé en ti cuando me di cuenta de que necesitaba vaciar mi congelador. Sé que has estado luchando, sintiéndote como si siempre estuvieras retrasada, y que la compra ha sido un desafío.

—Pasa. —Lucille retrocedió, y entré, llevando mi caja a la cocina.

—También quería despedirme de Héctor. Quería decírselo yo misma. No quería que pensara que les estaba abandonando —las palabras sonaron más emotivas de lo que me sentía.

—Nos llamaron ayer. Pero gracias por venir personalmente. Esto significará mucho para Héctor.

La seguí hasta su habitación. Me arrodillé junto a su cama y hablé en voz baja. Le apreté la mano, y él parecía triste. Me sentí mal por herir sus sentimientos. Y me sentí confundida cuando Lucille me abrazó justo antes de irme. Quizás si tuviera alguna pizca de emoción, yo también me habría sentido triste. Tal como estaban las cosas, actué mecánicamente. Devolví el abrazo a Lucille, revolví el pelo de Héctor. Parecía que me importaba.

No me importaba nada. Estaba funcionando por inercia. De camino a casa, me detuve para cambiar el aceite y revisar los neumáticos. Tenía un largo viaje por delante.

Hice las maletas, dejando atrás los regalos de Sterling que de todos modos no serían apropiados. Mi coche estaba listo. Me acosté temprano y me desperté al amanecer. Amarillo estaba solo a unas seis horas de viaje, pero necesitaba llegar puntualmente para que me dejaran entrar al apartamento.



No era plenamente consciente de todo lo que hacía, y entonces, me encontré de pie en medio de un apartamento sin alma con un viejo sofá de Naugahyde del siglo pasado. Fue como si despertara, o como si se disipara una niebla. Tomé conciencia de todo. Me dolía la piel. Mi pelo habría estado gritando si pudiera. Mi estómago se

revolvía y me costaba respirar. El dolor y la pérdida de todos eran tan agudos y recientes. Mi propia alma se sentía acuchillada y sangrante.

Mis sollozos eran profundos, desgarradores, que arrastraban la angustia desde la punta de mis pies. Me desplomé sobre mí misma y me hice un ovillo en medio de aquel miserable apartamento en un edificio sórdido en una zona cuestionable de la ciudad.

No quería estar allí. No quería estar sola. ¿Por qué todos me habían dado la espalda? ¿Mi trabajo, Sterling?

Sentía como si Lucille, mi clienta, hubiera sido mi única amiga y yo no había sentido nada mientras la dejaba a ella y a su pequeño hijo roto con una palmadita distraída en la espalda de "ya pasará".

Lloré hasta que necesité vomitar. Y luego lloré aún más. Conseguí arrastrarme hasta el dormitorio. Había que hacer la cama. El colchón estaba dentro de una bolsa de plástico con cremallera. Los colchones en bolsas de plástico nunca eran buena señal. Pero eso no me impidió acurrucarme en medio de él y llorar hasta quedarme dormida.

Me desperté rígida y sintiéndome enferma. Era lunes por la mañana y me esperaban en la oficina local. Me arrastré a través de todas las tareas para prepararme para el trabajo.

Busqué café en la cocina y decidí que no iba a utilizar nada de allí hasta que tuviera tiempo de hacer una limpieza desinfectante de arriba abajo. Todo en el apartamento parecía necesitar una limpieza a fondo. No sabía si tendría fuerzas para hacerlo o no. Maldije mientras cerraba de golpe las puertas de los armarios durante mi búsqueda de productos de limpieza. Iba a necesitar hacer una lista de todo lo que necesitaba. Mirando la hora, gemí. No es que quisiera ir a trabajar o limpiar este lugar, pero tenía que estar en la oficina pronto, y no sabía cómo sería el tráfico en la ciudad un lunes por la mañana.

33

STERLING

Una semana después...

—¡Joder! —Lancé el teléfono al otro lado de la habitación. Me pasé la mano por el pelo y me apreté las sienes. Esta última semana no había ido bien. Estaba discutiendo con la agencia que supuestamente me ayudaba a averiguar cómo cuidar de una niña. Su gestora de casos había cruzado una línea, y ahora amenazaban con quitarme a Georgie.

Y la única persona que pensaba que estaba de mi lado desde el principio, al menos había actuado como si lo estuviera, no me devolvía las llamadas. Estaba bastante seguro de que había estropeado las cosas con ella. Así que, no era una buena semana, y no era un buen momento para escuchar posiblemente la peor noticia de mi vida transmitida con una voz estirada y moralista.

Wayne cruzó el lado opuesto del salón y recogió mi teléfono. Me lo ofreció mientras se acercaba hacia mí.

—¿Malas noticias?

Gruñí.

—Muy malas. Era el director de la agencia. Están esperando confirmación, pero parece que han encontrado al padre de Georgie.

—¿No era ese siempre el objetivo? —preguntó.

Solté una risa sardónica.

—Ese no ha sido el objetivo desde hace tiempo. No quiero que encuentren a su padre. Quiero quedarme con ella.

—No es un cachorro que te haya seguido a casa y ahora aparezca su legítimo dueño...

—No, no lo es. Es la hija de Argene. —Apreté los dientes y sentí que el músculo de la mandíbula se tensaba y pulsaba. No iba a explicárselo. Intenté explicárselo a la siguiente trabajadora social que me enviaron después de negarme a dejar entrar a Peggy Stanholt en mi casa; había violado mi confianza. No era bienvenida. Les dije que enviaran a otra persona. Lo hicieron. Casi había esperado que me enviaran a Cecelia de nuevo.

¡Joder!

La única persona que parecía entender mi necesidad de proteger a Georgie cuando fallé a su madre era Cecelia. No había devuelto ni una sola llamada en toda la semana. Sabía que se había trasladado a Amarillo para una transferencia temporal. Pero, ¿no se había llevado el teléfono que le compré?

Cogí el teléfono de Wayne. Me quedé mirándolo. ¿Qué debía hacer ahora? ¿A quién debía llamar primero? No estaba acostumbrado a encontrarme en una posición de incertidumbre. Tomaba decisiones ejecutivas que hacían ganar mucho dinero a la gente, especialmente a mí. Georgie no era un mercado fluctuante o un proceso tecnológico antiguo que necesitara ser modernizado.

Marqué el número del tipo que tenía buscando al padre de Georgie.

Respondió al primer tono.

—Eso es una chorrada —dijo cuando le informé que el otro grupo afirmaba haberlo localizado—. Si este tipo existiera, yo ya lo habría encontrado. He rastreado todos los contactos de tu hermana. He perseguido a todas las personas que aparecían en las fotos que publicó en sus redes sociales durante un periodo de cuatro meses alrededor de lo que habría sido el momento de la concepción. La mitad de esas personas que ella llamaba amigos ni siquiera la recuerdan. Y los que sí la recordaban no tenían ni idea de que se había quedado embarazada. Puedo decirte que iba y venía entre Miami y las islas. Tu hermana era de las que salían de fiesta. Soy

bueno, pero ni siquiera yo puedo rastrear a cada persona que estuvo en las mismas fiestas que ella durante ese tiempo.

¿Por qué demonios había hecho Argene esa petición? ¿Por qué no concederme simplemente la custodia? ¿Por qué jugar a este juego de que había un padre ahí fuera que podría querer a su hija?

—Te diré lo que voy a hacer. Pondré una solicitud de rastreo en los registros genéticos de la niña. Así, me saltará una alerta si aparece alguien con algún tipo de coincidencia cercana.

—¿Y si no están usando la misma base de datos? —refunfuñé.

El detective privado soltó una carcajada.

—Es todo la misma base de datos. Si consiguen una coincidencia, me enteraré. Mientras tanto, asegúrate de que no estén intentando engañarte de alguna manera.

—¿Engañarme?

—Sí, ya sabes, decirte que tienen al padre y hacerte firmar documentos de custodia. Luego dan a la niña en adopción por mucho dinero. Especialmente una tan mona como la que tienes.

Un escalofrío como cubitos de hielo me recorrió la columna vertebral.

—Mantenme informado.

Terminé la llamada e inmediatamente llamé a mi abogado. Me llevó varios minutos estar en espera y ser transferido, y en espera de nuevo, antes de llegar a mi abogado, Paul Chávez.

—¿Puedes conseguir una citación o una orden judicial o lo que sea para que la agencia tenga que revelar quiénes son sus investigadores y qué han encontrado?

—¿Quieres que me presente ante un juez para solicitar que se divulguen sus registros?

—Sí, eso es exactamente lo que quiero —dije.

—No va a salir barato —dijo Chávez.

—Me lo puedo permitir. Mira, dicen que podrían tener una pista sobre el padre de Georgie. No quieren compartir sus hallazgos con mi hombre, y cuando consulté con él, me dijo que suena sospechoso. —A medida que continuaba compartiendo con Chávez lo que me había dicho el detective privado, sonaba paranoico. Pero

estaba hablando de Georgie. No iba a dejar de sospechar hasta que se me otorgara la custodia completa.

—Normalmente, diría que se lo está inventando, pero ha habido casos similares en el pasado. Niños que se «pierden» en el sistema, solo para descubrir que alguien en Servicios Sociales se embolsó muchas tarifas de adopción. Y mencionaste la semana pasada que estaban husmeando en tu colada y tus pertenencias. ¿Confías en tu niñera? ¿No va a entregar a la niña si esta gente aparece diciendo que tienen a su padre en algún momento cuando tú no estés?

No me gustaba cómo sonaba eso.

—Sí, eso creo. No es una de los suyos.

—¿Eh?

—Intentaron que contratara a alguien de una agencia de niñeras que ellos recomendaban. No me gustaron sus recomendaciones. Encontré a la mía por mi cuenta —admití.

—Yo me sentaría con tu niñera y se lo explicaría todo. Cuéntale tus preocupaciones y dile que bajo ninguna circunstancia debe entregar a la bebé a nadie que no seas tú, incluso si el padre de la niña aparece milagrosamente en tu puerta llorando sobre cómo la ha estado buscando durante meses.

Nada de esto sería motivo de preocupación si hubieran dejado que Cecelia siguiera como mi trabajadora social. No había forma de que ella se hubiera visto involucrada en una trama para alejar a Georgie de mí.

El monitor de bebé sonó con los balbuceos de Georgie al despertarse de su siesta. No estaba llorando ni angustiada, así que la dejé estar mientras terminaba mi llamada con Chávez.

No me sentía relajado ni seguro después de ninguna de las llamadas. Marqué el número de Cecelia. Saltó directamente al buzón de voz. —Tendrás tus razones. Intento entenderlo. Ha surgido algo preocupante con tus empleadores y Georgie. Creo que te han quitado de en medio. Dame tu dirección. Quiero ir a verte.

Abrí la foto de Cecelia, Georgie y yo. Había sido el día en que supe que ella pertenecía conmigo, ambas. Estaba sonriente, y su top amarillo hacía juego con el vestido y el sombrero amarillos de

Georgie. Ni siquiera me había dado cuenta de que yo me había vestido a juego con ellas.

Georgie estaba sentada jugando en su cuna, un alivio bienvenido frente a las veces que se despertaba aterrorizada, miserable y gritando. Cuando me vio, se incorporó, se agarró a los barrotes y dijo "Papá" varias veces.

Mientras la cogía, mi teléfono se cayó dentro de la cuna. Georgie consiguió agarrarlo. Miró la foto y dijo: —Mamá, Papá —y luego lo llenó de babas en su estilo de beso.

Mi corazón, lo que quedaba de él y su capacidad para albergar emociones más allá del deber y la responsabilidad, se hizo añicos. Georgie echaba de menos a Cecelia tanto como yo. Tenía que aceptar que no era dueño de Cecelia. La consideraba mía porque la amaba, la necesitaba.

Por la misma razón no quería que encontraran al padre de Georgie. La amaba. Sí, tenía un sentido del deber impulsado por la culpa para protegerla. Pero quería tenerla cerca y ver qué tipo de niña se convertiría porque la amaba. Cogí a la pequeña a la que quería ser un padre y la abracé hasta que se removió inquieta.

—Tú verás —me reí.

Georgie balbuceaba en su lenguaje de bebé. La cambié y luego la llevé a la cocina para tomar algo. La abroché en su trona antes de empezar a hurgar en los armarios.

—¿Necesita algo, señor Sterling? —preguntó Wayne.

—Un tentempié. Georgie necesita algo, y yo también tengo un poco de hambre. Y todavía tengo que llamar y hablar con la niñera Fletcher sobre la seguridad de Georgie. Y quiero encontrar a Cecelia —dije.

—Puedo ayudar con el tentempié. ¿A qué se refiere con lo de la seguridad de Georgie? —preguntó.

—El detective privado, y Chávez está de acuerdo, dice que la gente de la agencia está actuando de forma sospechosa. Probablemente estoy siendo paranoico, pero necesito asegurarme de que nadie aparezca en la puerta diciendo que es el padre de Georgie y espere que cualquiera de aquí se la entregue sin más. Si encuentran al hombre, habrá abogados y confirmaciones de ADN.

Wayne sacó una caja de porciones de compota de manzana. La abrió y me dio dos compotas. Se giró y sacó un par de cucharas del cajón.

—Puede contar conmigo para garantizar su seguridad. En cuanto a encontrar a la señorita Cecelia, ¿por qué no le pide al investigador privado que está trabajando para localizar al padre de Georgie? Al menos con la señorita Cecelia, usted conoce su nombre, su paradero y su empleador.

34

CECELIA

Tres semanas después...

El traslado temporal a la oficina de Amarillo se estaba alargando demasiado. No parecían decidir si era un traslado permanente o simplemente una medida disciplinaria. Y todo era peor porque, aunque vivía en el apartamento corporativo, seguía pagando el alquiler en Dallas.

Mi vida estaba en suspenso. No tenía intimidad. Como vivía en su apartamento, significaba que tenía que compartirlo cuando otras personas venían a visitar esta sucursal de la oficina. Tenía mi propia habitación, pero el baño era compartido, al igual que la cocina. La gente era desordenada y dejaba el lugar hecho un desastre, como si fuera una especie de hotel. Estaba cansada de limpiar después de los demás, especialmente después de lo mucho que había trabajado para dejar el lugar lo suficientemente limpio como para que yo estuviera dispuesta a quedarme.

La oficina de Amarillo era algo mejor en cuanto al trabajo. No me asignaban ningún caso. En cambio, me daban montones de archivos con notas manuscritas y me decían que hiciera la entrada de datos. Vale. En realidad, es lo que pensaba que iba a hacer cuando me contrataron. Tenía un cubículo con paredes que me proporcionaban

un mínimo de privacidad. Eso era una mejora respecto a la oficina de Dallas.

Y tenía un ordenador. No el portátil que inicialmente me habían dicho que tendría, pero ya no era gestora de casos, así que tenía sentido. No necesitaba un portátil si todo mi trabajo podía hacerse desde un escritorio. Pero no me gustaba el trabajo, y parecía que todo el mundo sabía por qué estaba allí. Me trataban como a una paria, como a alguien no deseado, de quien no se fiaban.

Me dolían los dedos y había empezado a usar muñequeras. Todo el trabajo de transcripción no estaba siendo amable con mis muñecas. Diez minutos después de las cinco, me desconecté del servidor y apagué el ordenador. Si me desconectaba del servidor cinco minutos antes, alguien aparecería en mi cubículo al día siguiente para decirme lo mucho que necesitaban que fuera una jugadora de equipo. No me llevó mucho tiempo darme cuenta de que «jugadora de equipo» era un código para trabajar más tiempo del que corresponde a tu jornada laboral. Fichar cinco minutos antes, no tomarse una hora completa para comer y quedarse al menos diez minutos más.

De acuerdo. Podía jugar a ese juego. Querían unos veinte minutos extra de trabajo al día de mi parte. Eso sumaba casi dos horas gratis a la semana. A lo largo de un año, eso afectaba mucho a mis ingresos. Recuperé mi tiempo. No me desconectaba del servidor para tomar café o ir al baño. A estas alturas, si me despedían, les daría las gracias.

Después del trabajo, me dirigí a la biblioteca local. No tenía un ordenador para trabajar en el apartamento, y aunque lo tuviera, sería un equipo de la empresa. No quería usar sus equipos para buscar un nuevo trabajo. Y no quería hacerlo mientras otro lacayo de la empresa se alojaba en el apartamento.

Hasta ahora, yo era la única que se quedaba más de una semana seguida. Empezaba a preguntarme si mis tres compañeras de piso hasta el momento realmente solo estaban trabajando en la oficina local por razones temporales, o en la ciudad para reuniones, o si veían lo que estaba pasando y se iban. No sentía que pudiera irme sin un plan de escape.

Quería volver a Dallas. Pero necesitaba un trabajo.

Compré tacos en un food truck local. La comida era buena, y comía allí más de lo que cocinaba. Había mejores tacos en Dallas, pero si iba a echar de menos algo de mi tiempo en Amarillo, iba a ser ese food truck.

Comí en mi coche en el aparcamiento de la biblioteca. Mi estómago se quejó. Lo había estado haciendo cada vez más. Rebusqué y saqué el frasco de Tums que había empezado a llevar en mi bolso. Lo veía como una especie de símbolo de estatus de en qué se había convertido mi vida. Estaba tan estresada que tenía que llevar antiácidos conmigo.

Mi estómago dio otra sacudida, y esta vez, salí del coche apresuradamente hacia una papelera. Perdí la cena. Eso también había estado sucediendo cada vez más. Necesitaba cambiar algo pronto, o el estrés me iba a poner tan enferma que no tendría elección.

Regresé a mi coche, agradecida de que todo siguiera allí, aunque había dejado la puerta completamente abierta. Abrí el maletero y saqué una botella de agua tibia. La usé para enjuagarme la boca antes de tomar los antiácidos pastosos. Mi estómago se quejó, pero esta vez no vomité.

Cerré el coche y entré. Gemí con derrota. Todos los ordenadores de la biblioteca estaban ocupados. Cogí una novela romántica de un expositor y encontré una silla cercana donde poder vigilar los ordenadores. Estuve allí cerca de una hora, y el libro se estaba poniendo interesante cuando un ordenador quedó libre y pude registrarme.

Mantuve la novela a mi lado para recordar llevármela prestada antes de irme. En el libro, la protagonista descarada y peculiar dirigía su propio negocio y, por supuesto, el jardinero guapo y sin camiseta que trabajaba en la casa de su vecina anciana resultaba ser el guapo nieto de la vecina y el competidor directo de negocios de la protagonista descarada.

No podía esperar a ver cómo resolvían las cosas y se daban cuenta de que tendrían aún más éxito fusionando los negocios. Si solo la vida real funcionara tan fácilmente. Yo no dirigía un negocio,

y tenía un título que estaba básicamente orientado a trabajar en el sector público. Pero quería poder pagar el alquiler y las cuotas de mi coche. Así es como acabé en una agencia privada. Simplemente pagaban mejor.

Los mismos tres trabajos a los que había solicitado la semana anterior me fueron recomendados de nuevo. Esto era frustrante. O iba a tener que buscar un trabajo fuera de mi formación e intereses, o iba a tener que considerar ubicaciones distintas a Dallas.

Había pasado toda mi vida esperando mudarme a Dallas cuando fuera mayor. Quería estar en Dallas por encima de cualquier otra ciudad de Texas. No quería estar en ningún otro sitio. No quería estar en Amarillo. Y realmente no quería trasladarme a Houston.

Pasé todo el tiempo que pude en el ordenador hasta que mi estómago decidió traicionarme una vez más. Acepté la derrota, saqué el libro en préstamo y regresé al apartamento. Había una mujer allí que no estaba antes. Otra nueva compañera de piso.

Salió de mi habitación. —¿No te importaría cambiar de habitación conmigo? Esta es...

—¿Qué haces en mi habitación? —exigí.

—Solo estaba mirando. Me dijeron que otra temporal se estaba quedando aquí. Pero me gusta más esta habitación —dijo, señalando hacia mi dormitorio.

Solté un largo suspiro.

—Esa es mi habitación. No voy a cambiar.

—No eres muy hospitalaria —se quejó.

Pasé junto a ella y entré en mi habitación. —Tienes razón, no lo soy. Quéjate a quien necesites, pero esta es mi habitación. Yo llegué primero y seguiré aquí después de que te vayas. —Cerré la puerta tras de mí.

Ni siquiera supe su nombre esa primera noche. Veía la televisión con el volumen demasiado alto, pero me vengué. Los tacos que cené organizaron otra revuelta, y pasé la mayor parte de la noche vomitando. Sé que me oyó porque se quejó de ello.

Por la mañana, envié un mensaje a mi jefe para explicarle por qué llegaría tarde. Intoxicación alimentaria. Esperé a que mi compañera de piso se marchara para ducharme y prepararme para ir

al trabajo. Había dejado el baño hecho un desastre. Su maquillaje y productos de higiene femenina estaban por todas partes. Seguramente nunca había vivido con una compañera de piso antes.

Hasta ahora, era una pesadilla, y ni siquiera sabía su nombre.

Intenté apartar sus cosas con cuidado para poder usar el lavabo. No quería que me culpara si su maquillaje se estropeaba. Cogí la caja de tampones y me detuve. Tampones. ¿Cómo es que no había necesitado comprar ninguno desde que estaba en Amarillo?

Intenté calcular cuándo había tenido mi periodo. No podía recordar el mes pasado. Pensé que me tocaba la semana en que me mudé. Pero... No, solo era el estrés alterando mi cuerpo.

Pero había estado vomitando de vez en cuando durante al menos dos semanas. No era posible que siguiera teniendo intoxicaciones alimentarias por el camión de tacos. Su comida era demasiado buena. Si fuera mala, no la desearía tanto.

Dejé la caja en el mostrador.

Tenía antojos.

Oh, mierda. Iba a tener que llegar aún más tarde al trabajo. Tenía que ir a comprar un test de embarazo y cruzar los dedos para suspenderlo.

35

STERLING

Una semana después...

—Este sitio es un antro —dije mientras entraba en el complejo de apartamentos donde vivía Cecelia. Aparqué el SUV en una plaza para visitantes y comprobé la dirección que el investigador privado me había enviado por mensaje.

Era el lugar correcto. Apartamento 3A, planta baja, al fondo. El complejo era de esos formados por varios edificios alargados de dos plantas dispuestos en forma de U. Había dos grupos de estos, formando dos patios públicos. Los apartamentos se alineaban en el lado interior de la U, y algunos estaban ubicados a lo largo del exterior. Los pasillos y escaleras estaban a lo largo del exterior de su edificio.

Conduje el coche alrededor del lado del edificio donde debería estar su apartamento. Reconocí su coche y aparqué junto a él. Desabroché la silla de Georgie y la llevé conmigo. Estaba dormida. Había sido un viaje largo.

Pasé la mayor parte del tiempo hablando con ella, contándole lo que estábamos haciendo. Continué hablando, mayormente conmigo mismo pero en voz alta, incluso después de saber que se había quedado dormida.

Encontré el apartamento 3A y llamé. Di un paso atrás para que, si Cecelia miraba por la ventana o por la mirilla de la puerta, pudiera verme claramente. Unos nervios que no había esperado ni experimentado en mucho tiempo me tenían inquieto.

La puerta se abrió. Una mujer con un bolso colgado del hombro respondió. Iba vestida para salir de fiesta con un vestido corto ajustado y tacones altísimos. Llevaba el pelo engominado hacia atrás y joyas de gran tamaño. Se sobresaltó cuando me vio, luego me escaneó de arriba abajo como si me estuviera evaluando. —¿Quién eres? —Se apoyó contra el marco de la puerta abierta.

—Me dijeron que Cecelia Harrison vive aquí.

Di un paso atrás, dando espacio a esta desconocida cuando ella dio un paso hacia mí. Meneó las caderas de lado a lado y agitó su mano sobre su hombro. Puso los ojos en blanco. —¿Ella? Sí, está ahí dentro.

Se alejó contoneándose, dejando la puerta abierta.

—¡No dejes la puerta abierta! Joder, ¿quién demonios es? —oí que Cecelia gritaba desde dentro del apartamento—. Odio este maldito sitio.

—¿Cecelia? —llamé antes de entrar.

El apartamento estaba oscuro, solo iluminado por el parpadeo del televisor. Mis ojos tardaron un momento en adaptarse.

—¿Sterling? —preguntó mientras se desenredaba de un montón de mantas en el sofá.

—Cecelia. —Después de cerrar la puerta principal, dejé la silla de Georgie en el suelo y fui hacia ella con los brazos extendidos.

Vino hacia mí, y entonces la tuve en mis brazos. Me abrazó con desesperación.

Le llené el pelo de besos y pasé mi mano por su cabeza y hombros. Ella temblaba en mis brazos. Sabía que estaba llorando.

—Te tengo, ahora te tengo. Todo irá bien. —Cecelia me agarró los brazos y me miró a la cara. La suya estaba surcada de lágrimas.

—¿Qué haces aquí?

—Vine a buscarte. Te fuiste sin más —dije.

—Pensé que no te importaba. Tenía que irme. Me obligaron a venir aquí por el trabajo. —Tomó una respiración temblorosa.

Guiándola de vuelta al sofá, la hice sentarse conmigo para poder seguir abrazándola. Se acomodó contra mi pecho. La sostuve durante un largo y silencioso momento. Mi corazón se tranquilizó, finalmente en paz al tenerla de vuelta donde pertenecía.

Y entonces ella me pegó. No fue un golpe fuerte, pero dio una palmada contra mi pecho. —Me hiciste creer que estaba loca y que querías romper conmigo. ¿Por qué no dijiste nada? Simplemente me dejaste marchar. —Se incorporó y se secó las lágrimas de las mejillas.

Extendí la mano para limpiar sus lágrimas, y ella la apartó de un manotazo como un gato enfadado.

—Lo siento por eso. —Cerré los ojos y busqué las palabras adecuadas—. Lo estropeé. Estabas disgustada, y luego Georgie estaba gritando. No sabía qué hacer. Iba a hacer el movimiento equivocado sin importar lo que hiciera. Al no hacer nada, seguí tomando la decisión equivocada. Estabas herida y enfadada. Y me soltaste un par de bombas. Pensabas que Peggy Stanholt me espiaba, nos espiaba. Y te mudabas. Mi cerebro se quedó enganchado en tu mudanza cuando Georgie empezó a gritar.

Cecelia se limpió la cara otra vez y se levantó del sofá. Cruzó la pequeña sala de estar y se agachó para mirar a Georgie.

—Te he echado de menos, pequeña —dijo Cecelia en voz baja. Me miró—. A ti también te he echado de menos.

—He estado miserable —admití—. ¿Has estado aquí todo este tiempo? ¿Volviste a Dallas en algún momento?

Ella negó con la cabeza. —Cerré mi apartamento, esperando tener que empacar y mudarme. Pero me siguen dando largas. Y mientras me proporcionen un lugar para vivir, supongo que esto es lo que haré por ahora.

—No quieres estar aquí —dije.

Se encogió de hombros. —No tengo muchas opciones ahora mismo. Y no, no quiero. Pero las ofertas de trabajo escasean, y necesito un trabajo con prestaciones en este momento. No puedo volver a ser simplemente cajera.

—¿Por qué?

Me miró fijamente.

—No, perdona, pregunta estúpida. Sí, el seguro es importante. Supongo que dejaste tu teléfono en Dallas, ¿entonces?

Cecelia asintió. —Y mi bolso. Al principio, pensé que había sido una estupidez. Es un buen bolso. Pero con la compañera de piso que he tenido esta semana, me alegro de no haber traído nada de valor. No me fío de ella. Pero sí. El teléfono y todo eso están en mi casa de Dallas. ¿Por qué?

—Solo te he dejado como un millón de mensajes de voz. La cagué, Cecelia. No me llevó mucho tiempo darme cuenta. Pero nunca devolviste ninguna de mis llamadas. Todo lo que sabía es que estabas en Amarillo. No es como si el director de tu oficina me fuera a decir adónde habías ido.

—¿Cómo me encontraste? —preguntó.

—El investigador privado que tengo buscando al padre de Georgie. Le llevó unos tres días desde que lo llamé. Pero luego tuve que quedarme por unos días más. En resumen, estoy demandando a la agencia por falta de transparencia. Sospecho que están jugando a juegos que pondrán en peligro a Georgie.

Su cabeza se levantó de golpe. —¿Qué?

—Después de que te fuiste, me quejé de que Peggy Stanholt se había extralimitado en su posición como gestora de casos. No tenía derecho a husmear entre mis pertenencias. Violó mi confianza, y probablemente algunas leyes. Tengo a mi abogado ocupándose de eso. Luego, aproximadamente una semana después de eso, me dijeron que habían encontrado al padre de Georgie.

—No —dijo Cecelia en una palabra larga y arrastrada—. No pueden haberlo hecho. Lo siento mucho. —Ella sabía lo que yo sentía por Georgie. Sabía que la aparición del padre biológico de Georgie era devastadora.

—Sí. Llamé para regañar a mi investigador. Se suponía que era uno de los mejores. Me dijo que era imposible que ellos hubieran encontrado al padre cuando él no pudo. Y entonces me planteó una idea que al principio me pareció paranoica. Pero después de mencionársela a mi abogado, ya no estoy tan seguro de que fuera paranoia. Inmediatamente empezamos a tomar precauciones. Eso llevó algo de tiempo.

—¿Qué significa eso? —Cecelia se sentó en el suelo junto al portabebés. Georgie seguía dormida.

—Significa que solo quiero personas en las que pueda confiar cerca de Georgie.

—No puedo ser tu trabajadora social, Sterling.

—No quiero que seas mi trabajadora social. Te quiero a ti. Estoy aquí por lo que está pasando, pero no por lo que piensas. Cuando comprendí que alguien podría querer quitarme a Georgie, también me di cuenta de que te estaban alejando de mí. Te habían apartado de mí.

Cecelia tragó saliva, y las lágrimas volvieron a correr por sus mejillas.

—Te quiero de vuelta, Cecelia. Te echo de menos. Georgie te echa de menos.

Ella miró a la bebé. —Ella no sabe que me he ido.

Me puse de pie y me cernía sobre ellas. —Sí lo sabe. Mira tu foto y... —Tomé una respiración profunda.

Cecelia parpadeó mirándome. Sus ojos brillaban con los restos de lágrimas. Puso su mano en mi pierna.

Mi cuerpo reaccionó intensamente. Su mano contra mí tensó mi estómago. Mi pulso estaba lejos de calmarse.

Me agaché para estar cerca de ella. Aparté un mechón rebelde de su frente.

—Georgie mira tus fotos, porque yo se las muestro. Les da besos babeantes de bebé, y te llama Mamá.

Cecelia ahogó un grito y se cubrió la boca. Miró de mí a la bebé y de vuelta.

—Oh, cariño. ¿Sterling? —Extendió la mano hacia mí.

La atraje hacia mí. —Vuelve con nosotros, conmigo. Perteneces a nuestro lado.

Su respuesta fue un beso.

36

CECELIA

Sterling vino a por mí. Sus labios eran mi hogar y sus brazos mi refugio seguro. Me había sentido tan perdida y sola, y ahora él estaba aquí.

—No podía ni pensar después de creer que estabas rompiendo conmigo. Me dolía completamente. Me duele todos los días —confesé cuando sus labios dejaron los míos.

—Shh, Cecelia, shh. Estoy aquí. Estamos juntos. Todo saldrá bien, te lo prometo. Ven, quédate conmigo y con Georgie esta noche. Estaremos todos juntos como debe ser —enganchó su dedo bajo mi barbilla y me miró profundamente a los ojos.

Había echado de menos su expresión profunda y sincera cuando se mostraba cariñoso y atento. Le había extrañado tanto.

Asentí. No había forma de que pudieran quedarse aquí, no con Reina. Llevaba una semana y la había encontrado en mi habitación más de una vez. Me alegraba mucho de haber empacado solo lo básico y de que no fuéramos de la misma talla. No me fiaba de que no cogiera mi ropa o cualquier cosa que quisiera.

—Sácame de aquí. Odio tanto este sitio —me quejé.

—Dime qué necesitas. Vamos a recoger tus cosas. Te vienes conmigo ahora mismo —dijo.

Me encantaba cuando tomaba el control. Me sentía segura con él.

—¿No volverás a Dallas esta noche, no?

Negó con la cabeza. —No con Georgie. Si fuéramos solo nosotros, quizás. Recojamos tus cosas y luego buscaremos un hotel para pasar la noche.

Señalé hacia mi habitación. —Esa es mi habitación. Coge mi ropa. Yo recogeré mis cosas del baño.

Me detuve y miré el desorden que Reina había dejado mientras se preparaba para salir. Gemí. Realmente no me caía bien.

Cogí mis cosas de la ducha. La botella nueva de acondicionador estaba sospechosamente ligera. A la mierda, estaba usando mis cosas. Lástima que no hubiera nada suyo que me gustara lo suficiente como para considerar llevarme. Pero me sentía mezquina. Dejé el champú y el acondicionador después de vaciarlos por el desagüe y poner unos dos centímetros de agua en las botellas.

Entré en mi habitación, y Sterling estaba revisando todos los cajones vacíos. —¿Esto es todo lo que empacaste? —señaló el pequeño montón de ropa sobre la cama.

—No pensaba estar aquí más de dos semanas, así que no empaqué mucho. El complejo tiene buenas instalaciones de lavandería, así que simplemente lavo y uso lo que tengo —agarré mi ropa y la metí en la pequeña bolsa en la que originalmente había empacado todo—. Lista.

Sterling encabezó la salida de la habitación. Inspeccionó el apartamento con la mirada. —¿Algo más tuyo?

Me encogí de hombros. —El desorden. Pero que Reina se encargue. He tenido que aguantar su dejadez.

Le seguí fuera del apartamento. Me detuve cuando hizo sonar la alarma para desbloquear un enorme SUV Cadillac.

—Debería haber imaginado que conducías un coche así. Este o un pequeño deportivo —dije mientras lanzaba mi bolsa al asiento trasero.

—Has visto mi coche antes —dijo.

Negué con la cabeza. —No, cada vez que he ido contigo en un coche, ha sido un servicio de coches o una limusina.

—Hay cosas mucho más interesantes que hacer que conducir. Pero sí, este es mi coche. Soy demasiado alto para la mayoría de los deportivos.

Tenía sentido. Era alto. Esos coches pequeñitos le obligarían a doblarse sobre sí mismo. No podía ser cómodo.

Suspiré y cerré los ojos mientras se alejaba del apartamento. No había dejado una nota para Reina. Era una mala compañera de piso. No me importaba. Ella era peor compañera. Sterling condujo, y unos minutos más tarde, entró en un aparcamiento de hotel. Esperé en el coche con Georgie. Estaba completamente dormida. Profundamente dormida.

Volvió a subir y me entregó una tarjeta llave. Aparcó y entramos.

La habitación era una habitación de hotel básica pero agradable. Se sentía limpia de una manera que nunca había conseguido que el apartamento se sintiera. Me dejé caer en la gran cama de matrimonio.

Unos cinco minutos después, llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —pregunté mientras me incorporaba. Empecé a quitarme los zapatos.

Un momento después, alguien entró rodando una cuna. Sterling señaló un espacio vacío para colocarla. Le dio una propina al botones, y nos quedamos solos de nuevo. Desabrochó a Georgie, y mi corazón latió con fuerza solo de ver lo cuidadoso que era con ella mientras la ponía en la cuna. Cuando le conocí, había sido insufrible con un cóctel y dejándola en el suelo, y ahora, era el mejor padre que esa niña podía tener.

Se subió a la cama y me atrajo hacia él. Nos quedamos así, simplemente abrazándonos durante mucho tiempo. Su mano acariciaba mi espalda y mi hombro.

No pude evitarlo. Tenía a Sterling en mis brazos. Dejé que mis manos recorrieran su cuerpo, sintiendo la forma de sus músculos a través de su ropa. Dejó escapar un suave gemido y me recostó sobre el colchón antes de cubrirme con su cuerpo y besarme.

Sus labios eran tiernos y cálidos, y besarlo era lo mejor que me había pasado en al menos un mes. Su mano se deslizó por mis costillas antes de cubrir uno de mis pechos.

Levanté mi pierna sobre la suya y me moví, presionando mis caderas más fuerte contra las suyas.

Con un gemido, se apartó y se levantó de la cama.

—Oye —me quejé.

—Aquí vamos —fue todo lo que dijo mientras desbloqueaba las ruedas de la cuna y la rodaba hacia el baño.

—¿Acabas de meter a Georgie en el baño? —pregunté.

—No voy a hacer el amor contigo con ella en la misma habitación. No está bien. Y no hay manera de que no vaya a hacerte el amor esta noche.

Tragué saliva ante la sinceridad y ferocidad de sus palabras. Asentí. Yo también quería que me hiciera el amor. Quería que su tacto me asegurara que todo iba a estar bien. Tiré de mi ropa de la forma más funcional posible. Quería quitármela. No me importaba montar un espectáculo. Cuanto antes pudiera sentir la piel de Sterling contra la mía, mejor.

Apartamos las mantas y nos deslizamos entre las sábanas limpias al mismo tiempo. Me acurruqué contra él. Su miembro presionaba contra mi vientre, duro y preparado. Yo también estaba lista, pero aún quería todas las caricias y las provocaciones. Los preliminares no eran solo para mi cuerpo. Hacían que todo se sintiera mucho mejor y me daban más tiempo para tocarle.

Su boca exploró, depositando besos a lo largo de mi piel hasta que encontró mi pezón. Gemí suavemente e intenté mantener el ruido al mínimo. Pero era difícil cuando él me hacía querer gritar y ser ruidosa.

Sus manos vagaban y me agarraban como si hubiera echado de menos tocarme tanto como yo a él. Le tiré del pelo hasta que levantó su boca de nuevo hacia la mía. Sus brazos me envolvieron, y sus labios reclamaron los míos. Estaba rodeada por él, su cuerpo, su calor, su olor.

Esto se sentía como estar en casa. No importaba dónde estuviéramos mientras estuviéramos juntos. Vale, y quizás no de vuelta en aquel horrible apartamento. Pero probablemente habría sido feliz de estar con él allí siempre y cuando estuviera con él.

—¿Estás bien si no uso condón? —murmuró contra mi oreja.

—Ah, sí, estoy bien —Había algo que necesitaba desesperadamente decirle, pero este no era el momento. No iba a dejarme embarazada esta noche.

Dejé escapar un largo suspiro cuando se deslizó dentro de mí. Este era el momento más perfecto. Cada vez se sentía como la perfección. Yo le pertenecía a él, y él me pertenecía a mí. Cuando nos movíamos juntos, el mundo se desvanecía, y solo quedábamos nosotros.

¿Cómo podía haber dudado de esto? El cerebro y las emociones se interponían en algo tan perfecto. Pero eso no importaba ahora. Sterling se deslizaba dentro de mí, y estaba donde debía estar. Gemí mientras mi cuerpo respondía. Su tacto lo era todo, pero de alguna manera no era suficiente. Necesitaba más de él, más de su cuerpo.

—Más —gemí.

Gruñó en voz baja desde su garganta. —Exigente.

—Más —supliqué. Agarré su piel, aferrándolo a mí. Levanté mis caderas para encontrarme con las suyas—. ¡Más!

Su boca sobre la mía detuvo mis exigencias. Pero mi cuerpo respondió, y me moví contra él. Sus embestidas se volvieron más contundentes, y recibí todo lo que me dio. Todo se tensó. Mi respiración se volvió más superficial. Estaba luchando mientras todo rodaba y se estrellaba y me llevaba al borde. El orgasmo no me golpeó de repente, creció y se construyó y se volvió más intenso con cada caricia, cada movimiento. Se hizo notar y luego se volvió cada vez más intenso.

Grité porque no había manera de contener lo que había en mi cuerpo. Y entonces me deshice. Era polvo de estrellas, era brillo. Era magia. Y luego era yo, en los brazos de Sterling. Y era feliz.

Presionó con fuerza contra mí, agarrando mi pierna para mantenerla sobre su cadera. Embistió unas cuantas veces más antes de caer de lado. Me rodeó con sus brazos y me mantuvo apretada en su abrazo.

—Nunca dudes que te necesito —su voz era áspera y profunda mientras jadeaba las palabras.

Quería decirle que le amaba, pero creo que nuestros cuerpos lo habían transmitido bastante bien.

37

STERLING

Cecelia tenía la piel suave y cálida. Me encantaba tocarla, pero no me saciaba de ella. No sé si dormí o si simplemente acaricié su piel toda la noche mientras ella descansaba en mis brazos.

Georgie empezó a despertarse. No necesitaba un intercomunicador para bebés para oírla. Estaba a menos de dos metros del pie de la cama. Me deslicé de entre las cálidas sábanas y me puse los pantalones de estar por casa. Me incliné de nuevo y desperté con suavidad a Cecelia.

—Georgie está a punto de despertarse y unirse a nosotros. Vístete.

—¿Hmm? —Se dio la vuelta y un mechón de pelo le cubrió la cara. Se lo apartó y apenas abrió los ojos para mirarme. Estaba sonriendo. Yo también sonreía. Era bueno tenerla de vuelta—. Ah, claro, la niña. Todavía está dormida.

—Lo sé, pero no lo estará por mucho tiempo. Ponte algo y puedes volver a la cama.

Se levantó de la cama y cogió su bolsa antes de desaparecer en el baño. Era una delicia observarla. Todas esas curvas, y eran mías.

Mientras Cecelia se cambiaba en el baño, preparé el biberón de Georgie y, mientras todavía dormía, la cambié con cuidado. Durante las últimas semanas, descubrí que si me despertaba antes que ella y

podía ponerla cómoda antes de que se despertara del todo, se mantenía dormida. Seguía perdiendo algo de sueño, pero no tanto como si Georgie se despertara por completo.

La había vuelto a colocar en la cuna y le daba suaves palmaditas en la espalda. Ni siquiera había necesitado el biberón. Levanté el dedo a mis labios cuando Cecelia salió con una camiseta y unos pantalones cortos. Asintió y volvió a meterse en la cama. Cuando estuve convencido de que Georgie estaba realmente dormida de nuevo, puse el biberón en la mini-nevera y me metí en la cama para acurrucarme con Cecelia.

—¿Qué, no hay bebé? —preguntó.

—Se está haciendo más grande, duerme más tiempo.

Cecelia murmuró algo, pero creo que ya estaba dormida de nuevo. Me acurruqué y la abracé, como una pequeña cucharita a mi gran cuchara mientras me enroscaba a su alrededor.

Me desperté varias horas después con las risitas de Georgie. Me froté los ojos para quitarme el sueño y me incorporé. Mi movimiento hizo que Georgie cayera sobre su trasero y luego de lado. Se rió aún más.

—Papá está despierto —anunció Cecelia y aplaudió.

Georgie luchó por enderezarse y luego gateó hacia mí. Trepó por mi brazo, agarrándose a mi camisa como apoyo.

—¿Está bien eso? ¿Que te llame papá? —preguntó Cecelia.

Asentí y senté a Georgie en mi regazo. Le di un beso sonoro en la coronilla—. Sí, me he acostumbrado. Me he acostumbrado a ella —levanté la mirada y mis ojos se encontraron con los de Cecelia. Extendí la mano para tocarla y agarré el borde de la manga de su camiseta—. Y a ti también.

Ella se inclinó y llevó mi mano a su cara—. Te eché muchísimo de menos. Y estoy tan feliz de verte. Pero no sé qué hacer —sonaba estresada.

Tiré de su manga y me acomodé contra el cabecero para poder rodearla con un brazo y seguir sujetando a Georgie.

Cecelia se acomodó a mi lado y comenzó a jugar con los pies de Georgie.

No creía que fuera a cansarme nunca de esto, los tres acurrucados juntos en la cama. Este era un momento mucho más familiar que cualquier cosa que pudiera recordar de mi infancia. Desde luego, nunca se me había permitido entrar en la habitación de mis padres, y mucho menos meterme en la cama con ellos al mismo tiempo. Nunca vi a mi madre en ropa de dormir ni a mi padre en pijama hasta los últimos meses de su vida, cuando estaba demasiado enfermo para quejarse del decoro.

—Háblame, Cecelia. ¿Qué pasa?

—Lo mismo de siempre. Mi estúpido trabajo. No hay forma de que Reina no le diga a todo el mundo que apareció un tipo con un bebé buscándome o que no estuve allí toda la noche. Si descubren que vuelvo a verte, se acabó mi trabajo.

—¿Reina realmente te delataría?

Cecelia se encogió de hombros—. Es difícil saberlo. Es egocéntrica y super engreída. Quizás ni siquiera se dio cuenta. No, se habría dado cuenta lo suficiente como para quedarse con mi habitación. Ya puedo oírla decir: "Pero pensé que te habías ido", cuando vuelva y pregunte por qué está en mi habitación.

—No vuelvas allí —dije.

Cecelia suspiró—. Me despedirán si no lo hago. Llevo semanas buscando otro trabajo en Dallas, y no he recibido ni una sola respuesta a ninguna de las solicitudes que he enviado.

—Deja que te despidan.

—¿Qué?

—Déjalos. No, mejor aún, dimite. No necesitas ese trabajo.

—Sterling, puede que no necesite *ese* trabajo, pero necesito un trabajo. Tengo facturas y alquiler. Quizás te sorprenda, pero a diferencia de ti, no soy una niña de papá.

Me reí de su sentido del humor.

—¿Y si no tuviéramos que escondernos? —pregunté.

Cecelia se apoyó en mi pecho con un profundo suspiro—. Eso sería maravilloso.

—¿Intuyo que viene un pero? —la animé.

Era su turno de reír—. Es un pero muy grande.

—Me gusta tu trasero grande —gruñí y me incliné para darle un beso en el lateral del cuello.

Ella se encogió con una risita, replegándose sobre sí misma para que no pudiera alcanzar bien su cuello—. Sterling.

Le di el beso y uno segundo.

Se apartó de mí retorciéndose y se deslizó fuera de la cama—. Tengo que prepararme para el trabajo.

Acomodé a Georgie y rodé, intentando agarrar a Cecelia. La perdí mientras se escabullía. Georgie se rió, así que rodé otra vez, quedando boca arriba. Levanté a Georgie por encima de mí. Ella pensó que esto era muy divertido y siguió riéndose y pasándolo bien.

La ducha empezó, y perdí mi momento con Cecelia. Me di la vuelta y coloqué a Georgie en la cuna mientras sacaba un envase de compota para darle de comer. No estaban. Miré en la basura. Sí, parecía que Cecelia había alimentado a la bebé. Maldita sea, amaba a esa mujer.

Miré fijamente la puerta del baño y luego al bebé. Si entraba mientras Cecelia se duchaba, me metería con ella y le haría el amor.

Georgie protestó y sacudió los laterales de la cuna.

—Lo sé, pequeña, lo sé. No mientras estés despierta.

Me vestí y jugué con la bebé mientras esperaba a que Cecelia saliera del baño.

Salió del baño, vestida con la falda del pequeño traje gris en el que la había visto tantas veces. Su blusa era rosa, y llevaba el pelo envuelto en una toalla a modo de turbante, y estaba más hermosa que nunca porque estaba aquí conmigo.

—Probablemente deberías llevarme de vuelta al apartamento para que pueda ir con mi coche —dijo.

—Puedo llevarte.

Ella negó con la cabeza. —Te verán, ellos...

—Que nos vean, Cecelia. Mejor aún, entraré contigo y les dirás que renuncias.

Abrió la boca para protestar. Crucé el pequeño espacio y la atraje hacia mí. —Deja el trabajo. Cuida de mí y de Georgie.

—No soy una niñera, Sterling.

—No quiero una niñera, Cecelia. Te quiero en mi vida. Cuando dijiste que venías aquí a Amarillo, pensé que podríamos hacerlo funcionar. Largos fines de semana juntos, encontrándonos a medio camino donde nadie nos conociera. Ahora veo que no funcionará. No es justo para ti. Si significa que no trabajes para ellos, entonces no lo hagas.

Su sonrisa flaqueó.

—Sé que quieres un trabajo y poder mantenerte. Pero déjame cuidar de ti. Puedes encontrar otro trabajo.

—Mi apartamento. Tengo que pagar el alquiler.

Negué con la cabeza. —Si no quieres mudarte con nosotros, entonces te ayudaré hasta que encuentres otro trabajo.

—Espera, para. ¿Qué has dicho? —preguntó.

—Déjame cuidar de ti —repetí.

—No, la parte de mudarme contigo. ¿Quieres que me mude contigo? —Parecía tan asustada.

Sonreí y asentí. —Sí, Cecelia. Quiero que vivas conmigo. Conmigo y con Georgie. Y antes de que se te ocurran más excusas, te incluiré en mi seguro, te añadiré a mi plan de móvil. Te quiero conmigo. Somos una familia. Pertenecemos juntos.

Tragó saliva y una lágrima rodó por su mejilla.

—Te necesito —confesé.

Georgie gateó por la cama e intentó ponerse de pie. Se tambaleó y cayó sentada. Levantó los brazos hacia Cecelia, pidiendo que la cogiera. —Mamá.

—Te necesitamos.

Cecelia levantó a Georgie y la acunó contra sí. Rodeé a ambas con mis brazos. —Georgie necesita una madre. Te necesita a ti.

38

CECELIA

Las emociones me abrumaron y lloré. Estaba tan feliz y estaba llorando. Debería haber estado riendo y bailando. En lugar de eso, era un desastre de mocos. Seguramente mi piel estaba manchada y necesitaba desesperadamente un pañuelo.

Me aferré a Georgie y me apoyé en Sterling. Estos dos lo eran todo para mí. Iba a tener una familia de verdad.

—Vamos, salgamos de aquí. Vayamos a casa —dijo Sterling.

Me quité la toalla que tenía envuelta en el pelo y me limpié la cara.

—Todavía tengo que dejar mi trabajo.

—Llámalos desde el coche —dijo Sterling. Era una opción lógica.

—Debería devolverles las llaves.

—¿Llaves?

Asentí.

—Del apartamento. Si tú y Georgie queréis...

—No, nos quedaremos contigo.

—Pero necesito llevar mi coche de vuelta. No hay razón para que me esperéis —dije.

—¿Crees que voy a dejarte fuera de mi vista ahora que te he recuperado? —Deslizó sus nudillos por un lado de mi cara—. Podemos ir a desayunar. Te llevaré a la oficina. Te esperaré si no

quieres que esté a tu lado cuando entregues las llaves, y a regañadientes te llevaré de vuelta a tu coche para poder seguirte hasta Dallas.

Suspiré. Sí, de vuelta a Dallas.

—¿Y qué pasa entonces?

La frente de Sterling se arrugó y negó rápidamente con la cabeza.

—Vamos a casa. Mi casa, nuestra casa.

—¿Crees que podría pasar por mi apartamento para recoger algo más de ropa? Estoy harta de llevar los mismos conjuntos día tras día. —Y esta ropa empezaba a resultarme incómoda. No apretada ni ajustada, pero tenía una sensación de plenitud en la parte baja del estómago que hacía que ciertas prendas no me sentaran muy bien.

Necesitaba contárselo a Sterling.

—Todo eso suena bien.

—Vámonos de aquí.

No nos llevó mucho tiempo recoger nuestras cosas y salir del hotel una vez que terminé de prepararme. No me molesté en secarme el pelo. Simplemente me hice una trenza y dejé que se secara al aire. Y como no iba a quedarme en el trabajo una vez que llegara a la oficina, me quité la falda y la blusa y me puse unas mallas y una túnica. Estaba mucho más cómoda.

Paramos a desayunar en un restaurante. Georgie era una bebé feliz, y yo iba a ser su madre, o su tutora, o... Mi corazón apenas podía contener las emociones que se agitaban en mí. Puede que no tuviera las palabras para definir lo que íbamos a ser, pero familia era la palabra que más acertada me parecía.

Mi teléfono sonó y miré la identificación de llamada. Me encogí de hombros y volví a comer mi tortilla. Sonó otra vez.

—¿Necesitas contestar? —preguntó Sterling.

Negué con la cabeza.

—Es el trabajo. Probablemente se preguntan dónde estoy. Si contesto, fingirán estar preocupados, pero cuando llegue, me amenazarán con... —empecé a reír—. Me amenazarán con despedirme. Es una amenaza tan estúpida. Quiero decir, es solo un trabajo, y no muy bueno, por cierto. No es de extrañar que alguien

saboteara sus servidores antes de que yo empezara a trabajar allí. Tratan a todo el mundo como una mierda.

Sterling se encogió de hombros.

—Sí, puedo verlo.

Pagó la cuenta y dejó una generosa propina para compensar el desastre que había hecho Georgie. Más comida parecía estar en el suelo que en su boca, creo.

Mis nervios estaban a flor de piel durante todo el trayecto hasta el parque de oficinas donde estaba el trabajo. Las vueltas en mi estómago eran o bien el desayuno que no me sentaba bien, o ansiedad, o...

—¡Para! —grité.

—¿Qué?

—Para, ahora. —Me convulsioné con la necesidad de vomitar. Sterling detuvo el coche, y yo salté por mi puerta y me doblé. Perdí el desayuno por completo.

—¿Cecelia? —Sterling vino al lado del coche y puso su mano en mi espalda. Me pasó unas servilletas.

—¿Tienes agua ahí dentro? —pregunté, señalando el coche.

Asintió y sacó una botella de agua de la parte trasera.

—Empecé a llevar en el coche el equivalente a un bolso de pañales lleno de todos los extras.

Abrí la tapa y me enjuagué la boca con el primer sorbo, escupiendo en el suelo. Luego tomé tragos lentos y cuidadosos.

—Este trabajo te tiene alterada. Nunca me di cuenta de lo mucho que te molestaba. Debería haber prestado más atención, debería haberte ofrecido ayuda para que pudieras dejarlo antes. —Parecía preocupado mientras deslizaba su mano arriba y abajo por mi brazo.

Me encantaba que quisiera ayudarme, me encantaba muchísimo.

—No es el trabajo. Y probablemente debería decírtelo antes de llegar allí y entrar marchando para dimitir.

—Suena serio. Vamos a meterte en el coche. —Me ayudó a subir y pasó el cinturón sobre mí, inclinándose para abrochármelo.

Pasé mi mano por su pelo y me agarré a su brazo, sin dejar que se alejara. Respiré hondo y solté el aire lentamente.

—Estoy embarazada, Sterling. Vas a ser padre.

No se movió, no dijo nada. Se quedó mirándome un momento. Justo cuando esperaba que se enfadara conmigo, una lenta sonrisa se extendió por sus labios. Empezó a reír.

—¿Hablas en serio?

Me mordí el labio y asentí.

—¿No estabas tomando anticonceptivos? —Docenas de emociones cruzaron su rostro en cuestión de segundos. Sus cejas se juntaron, luego se separaron y se levantaron. Sus ojos se entrecerraron antes de abrirse de par en par y volver a estrecharse. Y no podía dejar de sonreír.

—Lo estaba. Claramente, no es perfecto. Siento no habértelo dicho de inmediato, pero yo...

—¿Estás embarazada? ¿Voy a ser padre? —Se apartó del coche y se pasó la mano por el pelo—. ¿Georgie va a ser hermana mayor?

Asentí. No lo había pensado de esa manera, pero aún me estaba acostumbrando a la idea de que iba a ayudar a criarla. —Por supuesto, las criaremos como hermanas.

Sterling se apresuró hacia mí e intentó rodearme con sus brazos. El estúpido cinturón de seguridad estorbaba.

Logré desabrocharme, y él me sacó del coche y me estrechó entre sus brazos. Sus manos no dejaban de recorrer mi pelo y mi rostro.

—¿Vas a tener un hijo mío?

Asentí.

Se dejó caer de rodillas y puso sus manos en mis caderas, presionando cuidadosamente su rostro contra mi vientre. Me miró, y había lágrimas en sus ojos.

Extendí la mano para acariciar su mejilla, pero él capturó mi mano y presionó sus labios contra mis nudillos.

Mi corazón estaba lleno de amor por él. Esta reacción era mucho mejor de lo que podría haber imaginado.

—Esto es increíble. Tendremos que adelantar la boda —dijo.

—¿Boda? —Se me secó la boca—. ¿Boda? Sterling, ¿qué boda?

—La nuestra. Tú, yo, nos vamos a casar. ¿Qué creías que quería decir cuando dije que Georgie necesitaba una madre?

—Yo... yo... —Me encogí de hombros.

Sterling se puso de pie, acunando mi rostro. —Te quiero, Cecelia. Quiero que seas mi esposa, y vamos a formar una familia.

—Yo... yo... Sí, Sterling, sí. —Empecé a reír, y entonces él me estaba besando.

—Te quiero —dije. Por fin pude decírselo, y sentí como si pudiera volar. Era una sensación increíble—. Te quiero. —No quería dejar de decirlo.

—Te quiero —dijo él. El sonido de su voz pronunciando esas palabras hizo que se me encogieran los dedos de los pies.

Nos quedamos allí riendo y abrazándonos durante no sé cuánto tiempo antes de que Georgie empezara a llorar.

Nos separamos, y Sterling se acercó y abrió la puerta trasera. Ella no dejó de llorar hasta que la sacó de su sillita. Él rebotó mientras caminaba y la llevó hasta mí. —Mamá va a tener un bebé. Vas a ser hermana mayor.

Me la entregó, y ella se tranquilizó.

—Estaba enfadada por estar atrapada en el coche —dijo él.

—Va a estar más enfadada por estar atrapada en el coche todo el día —señalé.

Sterling asintió. —Lo hizo bastante bien durante el viaje hasta aquí. Se dormirá pronto. Venga, devolvamos esas llaves y podemos seguir con el resto de nuestras vidas.

Sonrió. Hizo que mi corazón diera un vuelco. No podía esperar a empezar mi vida con él.

~

—Oh, Cecelia, ¿dónde has estado? Marcy está de un humor de perros porque llegas tarde —dijo Brittany, la recepcionista, cuando entré.

—Bueno, puede estar tan gruñona y cabreada como quiera. No me importa. —Puse las llaves del apartamento en el mostrador frente a su escritorio—. Ya no es una amenaza para mí.

Brittany resopló. —Va a hacer que te despidan por esto.

Negué con la cabeza. —No puede despedirme. Ya no trabajo aquí. ¿Me prestas ese bolígrafo?

Dejó caer el bolígrafo sobre el alto mostrador que rodeaba su escritorio. Cogí uno de los baratos blocs de notas que estaban allí como regalo gratuito para los visitantes. Garabateé la dirección de Sterling, mi dirección. Y luego escribí, *Dimito* en la parte inferior y le entregué todo el bloc.

—Que recursos humanos envíe mi último cheque a esta dirección. —Me di la vuelta y salí.

39

STERLING

Mis nervios estaban a flor de piel, y ni siquiera era yo quien iba a entrar a esa oficina para dimitir. Me apoyé contra el todoterreno, con la puerta abierta para poder oír a Georgie y echar un vistazo si se quejaba y necesitaba verme. Sabía cómo se sentía. Quería que Cecelia saliera ya y terminase con todo esto de una vez.

Era demasiado mayor para estar emocionado como un crío, pero lo estaba. Estaba ansioso por que finalmente estuviésemos juntos como debíamos estar. Marido, mujer, hijo, una familia.

Salió por las puertas dobles de cristal que me ocultaban de su vista, y contoneaba las caderas como si se sintiera bien, en la cima del mundo. La estreché entre mis brazos. Su sonrisa era contagiosa, y era difícil besarla mientras sonreía como un idiota.

—He estado pensando —empecé.

—Eso es bueno, tu cerebro funciona. Creo que el mío ha estado en una especie de patrón de entumecimiento durante tanto tiempo que no sé si puedo pensar.

Se sentía bien, respondiendo con descaro y haciendo bromas.

—Joder, te he echado de menos —confesé.

—Te he echado muchísimo de menos, pero ahora, ya no tengo que preocuparme por ese estúpido trabajo.

—Bien, ese es un conflicto de intereses con el que ya no tenemos que lidiar —dije.

—¿Qué quieres decir con ese? ¿Hay más? Quiero decir, el que yo trabajara allí y te viera, sí, definitivamente, pero... ¿?

—Te dije que mi abogado está demandando para obtener sus registros y que divulguen la información que tienen sobre el padre biológico de Georgie. —La miré mientras arrancaba el coche y empezaba a salir del aparcamiento.

—Puede que lo mencionaras. Hemos dicho muchas palabras en las últimas doce horas, y tengo que admitir que estoy bastante centrada en dos cosas. —Soltó una risita nerviosa.

—¿Solo dos?

—Me quieres —dijo. Su sonrisa iluminó todo mi mundo.

—Sí. Sí te quiero, Cecelia.

—Y... ¡eh! ¿Adónde vas? ¡Tenemos que volver a por mi coche! —Apoyó las manos contra la puerta y el salpicadero como si necesitara frenar de golpe.

Solté un profundo suspiro. Se me había pasado por alto. La tenía conmigo, donde pertenecía. Me dirigía a casa. —¿Hay algo que realmente necesites de él ahora mismo?

—Sí, es mi coche. Lo voy a necesitar.

Negué con la cabeza. —No, no lo necesitarás. Puedes usar el servicio de coches. O puedes tomar prestado mi coche.

—¡Sterling!

—Durante unos días. ¿Hay algo que necesites de tu coche que vayas a necesitar esta semana? ¿Tienes contigo todo lo que necesitas para volver a Dallas ahora mismo?

—Sí, supongo —respondió, pero seguía sonando perpleja.

—Haré que alguien lleve tu coche de vuelta —dije.

—Sí, yo. Yo llevaré mi coche de vuelta. Es menos molestia, y no tendrás que pagar a alguien una cantidad ridícula de dinero para que venga hasta aquí solo para conducir mi coche.

—Es una molestia. Te quiero conmigo y con Georgie. —La detuve antes de que pudiera protestar adecuadamente—. Y vale lo que sea que cueste tenerte en ese asiento junto a mí durante las próximas seis o siete horas. O el tiempo que nos lleve.

—No puedo permitirme...

—Yo sí. Vas a tener que acostumbrarte a una forma diferente de pensar sobre el dinero. Es una herramienta.

—Es un bien precioso cuando no tienes mucho. Y crecí siendo consciente de mis gastos.

—Y yo crecí utilizando el dinero como herramienta para aprovechar las situaciones en mi beneficio —admití.

—¿Ves? Muy diferente. Así que no me regañes cuando piense en formas de ahorrar dinero —dijo con fiereza.

—De acuerdo. Tendré eso en cuenta si tú tienes en cuenta que el dinero es un medio para ahorrar tiempo. Quiero pasar tanto tiempo contigo como pueda, así que si eso significa que pague a alguien para que vuele a Amarillo, pase la noche en un buen hotel y luego se pase el día siguiente conduciendo tu coche de vuelta a Dallas, para mí, eso vale cada céntimo.

—¿En serio? ¿Gastarías todo eso solo para que podamos mirar la misma carretera desde el mismo coche? Sabes que estaríamos viendo la misma carretera si yo estuviera en mi coche siguiéndote hasta Dallas, y ni siquiera te costaría el precio de la gasolina.

Extendí la mano y tomé la suya. —Pero no podría tocarte, no podría mirar de reojo y ver esa pequeña sonrisa en tu cara que me dice que eres feliz. Tu sonrisa no tiene precio para mí.

Se sonrojó y bajó la mirada hacia donde nuestros dedos estaban entrelazados.

—Te estás sonrojando. ¿Qué he dicho? —pregunté. No había dicho nada que pudiera tomarse como un doble sentido o un coqueteo descarado y sexualizado. Se sonrojaba en los momentos más aleatorios.

Seguía mirándola de reojo y luego volviendo mi atención a la carretera. Quería observarla, ver cómo sus ojos se alzaban hacia mí, cómo sus párpados se movían y sus pestañas aleteaban. Pero tenía que mantener la vista en la carretera al mismo tiempo. Era una distracción. Pero sería igualmente una distracción si estuviera en su propio coche, porque constantemente querría asegurarme de que estaba bien. Y francamente, el servicio telefónico en las zonas

rurales de Texas no era lo suficientemente bueno para mantener las líneas telefónicas abiertas y poder hablar todo el tiempo.

—Eso ha sido muy romántico, eso es todo —dijo con voz baja, casi tímida.

—¿Te gustan las palabras románticas? —sonreí.

Me sorprendió una vez más. Las palabras dulces y seductoras podían hacerla sonrojar. Le gustaba hablar sucio en la cama. No estaba dispuesta a dejarme salirme con la mía simplemente porque yo lo dijera o pudiera pagar por salir de una situación. Me mantenía alerta, ofrecía pequeños desafíos para que prestara atención. Era inteligente, divertida, y tan hermosa y suave. No podría haber encontrado una mujer más perfecta aunque hubiera estado buscándola.

Se mordió el labio y asintió. —Vale, tú ganas, especialmente cuando lo dices así y me hablas con dulzura. Pero sigo teniendo razón —bromeó.

—Cariño, siempre tendrás razón, pero será mejor que te acostumbres al hecho de que siempre me salgo con la mía —retiré mi mano y seguí conduciendo.

Su mandíbula cayó y emitió un sonido ofendido.

—Estás en el coche conmigo. Y estamos dejando atrás tu coche, y te parece romántico y dulce —me reí.

Ella empezó a reírse. —Sí, es dulce. No puedo pensar en una ocasión en la que alguien hubiera estado dispuesto a renunciar a tanto dinero solo por estar en mi compañía.

—Está claro que nunca trabajaste como escort —bromeé.

Cecelia soltó mi mano y me dio un manotazo en el brazo. —¡Eres incorregible!

—Digo la verdad. Habrías ganado una fortuna como escort.

—Cállate, Sterling. No lo habría hecho. Mírame.

—Me encantaría, pero estoy conduciendo.

—No soy lo que los hombres buscarían en una cita de pago —negó con la cabeza y se cruzó de brazos.

Por lo que podía ver en mi visión periférica, parecía estar haciendo pucheros. —No dije prostituta, dije escort. Hay una gran

diferencia. Eres ingeniosa, y los hombres quieren a alguien a quien puedan llevar en público y que pueda mantener una conversación.

—Quieren a alguien que puedan exhibir, una modelo. No quieren a alguien con mi complexión —se quejó.

—Yo quiero a alguien con tu complexión. Te quiero a ti. Los hombres quieren a alguien que se vea bien y que haga girar cabezas. Tú lo haces. Tienes un cabello precioso, y tu sonrisa ilumina el mundo. Y te vistes espléndidamente. No hablo de la ropa que llevas al trabajo, sino de ese vestido que llevabas la última vez que te invité a salir —extendí la mano y recorrí con los nudillos la parte superior de sus pechos, rozando su suavidad a través de la camisa—. Estos eran excepcionales. Créeme, tienes todos los elementos adecuados. Y sé que cuando te saque y te exhiba, otros hombres envidiarán lo que tengo.

—¿De verdad piensas eso?

Asentí. —Definitivamente. Soy un hombre muy afortunado.

—Yo soy la afortunada —dijo.

Se relajó y se acomodó en su asiento. Se giró muy ligeramente para poder mirarme. —¿De verdad quieres casarte conmigo? —preguntó.

—Definitivamente.

—¿Y no lo preguntaste solo porque estoy embarazada?

Apreté el volante un poco más fuerte antes de desviar el coche hacia el lado de la carretera. El coche saltó sobre los escombros en el borde de la carretera, y la rueda delantera abandonó el pavimento antes de que nos detuviéramos por completo. Puse el coche en punto muerto y me volví para mirarla. Tomé sus manos y las sostuve contra mi pecho, contra mi corazón.

—Aparentemente no me expliqué con claridad antes cuando dije que Georgie necesitaba una madre. Eso era yo diciendo que quería casarme contigo. Debería habértelo propuesto más apropiadamente, con un anillo, y no al borde de la carretera.

—Creo que tu propuesta fue maravillosa. Solo no quería que pensaras...

Puse un dedo en sus labios para detener ese pensamiento preocupante. —Shh, te quiero. Eso es lo único que importa —

reemplacé mi dedo con mis labios—. Vamos a casa.

40

CECELIA

Seis horas atrapada en un coche con Sterling no parecieron mucho tiempo en absoluto. Coqueteamos y hablamos de nada. Fue maravilloso.

—Quiero que te mudes de inmediato —dijo Sterling.

—Vale. Mi apartamento es bastante pequeño, pero aún tengo muebles y cosas que trasladar.

—¿Realmente necesitas tus muebles?

—¿Qué se supone que significa eso? Sí, necesito un sitio donde sentarme y una mesa para comer y hacer mis proyectos de manualidades —señalé.

—Yo tengo sofás y mesas, y mi cama es infinitamente más grande y cómoda que la tuya —puntualizó—. Teniendo eso en cuenta, ¿qué necesitas conservar? ¿Algo sentimental o que te hayan regalado tus padres?

—No tengo padres —solté de golpe.

—Todo el mundo tiene padres —Sterling se rió.

—Georgie no —señalé.

—Sí los tiene. Nos tiene a nosotros. Somos sus padres. Seremos sus padres.

Parpadeé conteniendo las lágrimas. Me encantó escuchar eso. Dejé escapar un suspiro largo y lento a través de mis labios

fruncidos. —Bueno, ella tiene suerte. Yo no la tuve. Yo fui como Georgie. Mi madre biológica me tuvo siendo joven, sin tener ni idea de quién era mi padre biológico. En algún momento, se largó y me dejó con una prima.

—¿Una prima? —preguntó Sterling.

—Técnicamente, la prima de mi abuela, así que algo así como una tía, supongo. En fin, me quedé con mi familia extendida, y les molestaba tener que cargar conmigo. Se aseguraron de que supiera que era una carga cada día de mi vida. Salí por la puerta sin mirar atrás al día siguiente de mi graduación del instituto. Por eso te presioné tanto al principio. Por eso incluso sugerí que sería mejor entregarla en adopción si no podías molestarte en cuidarla de verdad.

Me limpié la cara y miré por la ventanilla lateral la vegetación baja y la tierra que pasaban rápidamente.

Sterling puso su mano en mi pierna. —No lo sabía.

—¿Cómo podrías saberlo? No es precisamente algo que vaya contando por ahí. Por eso me dediqué a los servicios sociales. Quiero ayudar a las personas. Sé que el sistema de acogida está seriamente roto. Necesita una renovación completa, pero hace algo de bien. Hay niños ahí fuera que acaban con familias permanentes que los quieren. Y hay personas como tú. Realmente no sabías lo que estabas haciendo, pero tu corazón estaba en el lugar correcto.

—Realmente estaba, no, todavía estoy totalmente perdido respecto a lo que estoy haciendo con Georgie, pero la amo y quiero ser el mejor padre posible para ella.

—Eso cuenta mucho, Sterling. Eso cuenta muchísimo.

Dos semanas después...

Las puertas del ascensor se abrieron deslizándose. Llevé la última caja de cosas de mi apartamento al ático. No sabía exactamente dónde la pondría. No era que tuviera muchas cosas —no las tenía— o que el ático fuera pequeño —no lo era—. Pero combinar dos hogares ocupaba espacio.

Casi todos mis muebles fueron donados a un refugio para mujeres.

Sterling no hacía ventas de garaje, y mis cosas apenas eran lo suficientemente buenas para eso, pero eran mejores que dejarlas como basura en la acera, así que las donamos. Él quería quedarse con el juego de comedor que yo tenía. Era viejo, de formica con sillas tapizadas en vinilo. Diseño estándar de cocina de mediados de siglo. Al parecer, Sterling tenía preferencia por los muebles de mediados de siglo. Debería haberlo adivinado mirando la decoración interior de su casa. Aunque, en realidad, no había pasado mucho de percibir lo *grande* que era y la ausencia de *muebles para bebé*.

Había aprendido mucho en las últimas dos semanas viviendo con él. Tenía preferencias de estilo y le gustaba la buena comida. Y aunque todo el exceso de mis pertenencias estaba invadiendo su gimnasio privado como espacio de almacenamiento, parecía que realmente le gustaba que yo estuviera aquí.

A mí me encantaba. Tenía una familia, una que me quería. Una a la que amaba con todo mi corazón.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Sterling. Dio unos pasos hacia mí y me quitó la caja de las manos—. Estás embarazada. ¿Por qué estás cargando cajas?

—No pesa tanto, y no son cajas, es caja, en singular. La última. Oficialmente ya me he mudado por completo. Bueno, hasta mañana cuando entregue las llaves en la oficina de alquiler.

—Deberías haberme dicho que necesitabas trasladar más cosas. Te habría conseguido un equipo de trabajo o un ayudante.

—Última caja. Son solo trastos de última hora. No necesitaba un equipo de mudanzas.

Me miró con el ceño fruncido y gruñó. —Eres mi mujer y...

—No lo seré hasta dentro de una semana. Sterling, tienes la caja bajo un brazo. No pesa nada —señalé.

La levantó, comprobando la falta de peso. —¿Dónde la quieres?

—Iba a bajarla para añadirla a mi montón en el gimnasio. Lo siento por eso. —Me sentía mal por ocupar su espacio. Él estaba haciendo hueco para mí en su casa. Tenía que recordar que no me estaba imponiendo. Él lo había pedido, literalmente.

Le seguí mientras empezaba a caminar en esa dirección.

—Está muy tranquilo por aquí. ¿Georgie está durmiendo? —Había estado fuera haciendo recados y recogiendo las últimas cosas de mi apartamento toda la mañana.

—La niñera Fletcher la ha llevado al parque. Necesito ir a la oficina, apagar algunos fuegos.

—Todavía te queda tiempo de tu permiso, ¿no? —Debería haber podido tomarse doce semanas libres según la Ley de Permiso Médico Familiar, pero no sabía cuál era la política de su empresa más allá de eso.

—Debo volver de forma regular en otra semana, pero me tomaré unas vacaciones muy necesarias inmediatamente.

—¿Vacaciones?

Colocó la caja encima de una de las muchas pilas en las que iba a tener que empezar a hurgar para encontrar sitio a todas las cosas.

—Sí, vacaciones. —Se volvió, y sus brazos rodearon mis caderas, atrayéndome hacia él. Me encantaba estar entre sus brazos—. Más bien una luna de miel.

—¿Luna de miel? ¿Me vas a llevar de luna de miel? —Abrí los ojos como platos y dejé caer la mandíbula. No habíamos hablado de ir de luna de miel. Habíamos hablado sobre los planes de boda, y ninguno de los dos veía razón para esperar más tiempo del que tardaran sus abogados en redactar un acuerdo prenupcial. Yo había insistido, para alivio del abogado de Sterling.

La boda iba a ser pequeña: un oficiante, Wayne, Georgie y la niñera Fletcher. La administración del zoo nos dijo que podíamos celebrar la ceremonia junto a la exhibición de tigres siempre que la mantuviéramos pequeña. Así que, a primera hora de la mañana en mitad de semana, cuando el zoo estuviera lleno de mamás y bebés, nos íbamos a casar.

—¿Y qué pasa con Georgie? Es demasiado pequeña para dejarla con alguien que no conoce.

Sterling sonrió ampliamente. —Ella viene con nosotros. No veía forma de dejarla. Tienes razón, es demasiado pequeña. Y legalmente no puedo sacarla del estado. No hasta que su situación de custodia se aclare y finalice. He conseguido una cabaña junto a un lago. Solo es para unos días, pero pensé que sería suficiente.

Cuando los niños sean mayores y tengamos a alguien en quien confiemos para cuidarlos durante la noche, te llevaré a Roma o París. Donde tú quieras.

—¿De verdad, donde quiera? ¿Así que si dijera que quiero ir a Oklahoma?

Su frente se arrugó. —¿Quieres ir a Oklahoma de luna de miel?

Negué con la cabeza y me reí. —En realidad no, pero ¿y si eso fuera lo que quisiera?

—Entonces, sí, te llevaré a Oklahoma si eso es lo que quieres.

—No lo es. Solo estaba tanteando el terreno, por así decirlo. ¿Dubái? ¿Tokio? ¿Mauricio?

—¿Mauricio? —Sterling se rió.

—Pájaros dodo —expliqué—. Sé que no existen, pero siempre he querido ver la tierra de los pájaros dodo.

—Haremos un viaje cada año, y tú puedes elegir el lugar —dijo —. Podemos ir a todas partes.

—¿O a ninguna? —Acaricié el lado de su cara—. ¿Cabaña junto a un lago?

Asintió. —Empecemos con ninguna y vayamos desde ahí.

Levanté mi rostro, invitándole a besarme. Me complació de inmediato. Sus labios eran suaves y cálidos. Me abrazó más fuerte, y sus músculos firmes se presionaron contra mí.

—Siempre podríamos quedarnos aquí —gruñó en mi boca.

—Es una idea divertida. ¿Cuánto falta para que la niñera Fletcher regrese con Georgie?

—Demasiado poco para hacer nada como es debido esta tarde — se quejó.

—Siempre podemos acostar a Georgie temprano —sugerí.

Sterling presionó su cara en el punto sensible de mi cuello. Me estremecí y solté una risita mientras me besaba y hacía cosquillas. —Esa parece una idea brillante. Acostemos a Georgie temprano, y podemos empezar la luna de miel esta noche.

—Creo que empezamos la luna de miel hace dos semanas —dije entre risas.

—Tanto tiempo perdido que recuperar. —Plantó un beso firme en mis labios y aflojó su agarre—. Te quiero, Cecelia Alexander. Ese

nombre suena bien. Una semana más.

—Y yo te quiero a ti. Creo que marido también suena bastante bien.

41

EPILOGO

STERLING

Un año después...

—Mami —Georgie corrió hacia Cecelia. Yo entré caminando detrás de ella.

Cecelia levantó la vista de la contemplación de la bebé, algo que parecía hacer mucho más de lo que yo hubiera podido esperar. La bebé seguía siendo tan diminuta con apenas tres meses. Para ser sincero, cuando la sostenía, yo también pasaba bastante tiempo simplemente observando su pequeña carita.

Georgie ya era pequeña cuando entró en mi vida, pero no tan diminuta como Ashley. Había algo verdaderamente intimidante en un bebé.

—Shh, Ashley acaba de dormirse —dijo Cecelia en voz baja.

Georgie se subió al sofá junto a Cecelia y se acomodó de manera que pudiera mirar a su hermanita y aún estar en el regazo de su madre sin apartar a la bebé. Todavía estaban trabajando en compartir el espacio personal de mamá.

Cecelia no tenía mucho espacio desde que nació la bebé. Ashley seguía siendo una extensión de su madre, dependiendo de ella para todo, su fuente de alimentación y consuelo. Y a veces, Georgie estaba muy celosa de Ashley.

Cecelia nunca perdía la calma. Ni una sola vez. Tampoco le mentía a Georgie. Cada vez que Georgie preguntaba si había salido de la barriga de mamá, habíamos acordado ser siempre sinceros con ella, pero no de una manera perjudicial. Así que le dijimos a Georgie que estuvo en la barriga de otra mamá, pero que también era la bebé de Cecelia.

Con el tiempo, preguntaría por esa otra mamá, y entonces conocería a su madre. Yo amaba a mi hermana y la echaba de menos. Y me di cuenta de que echaba de menos la idealización de Argene, ya que realmente no la conocía bien. Me aseguraría de que Georgie supiera lo especial que había sido su madre.

—¿Qué tal la clase? —preguntó Cecelia.

—Bailamos y jugamos con pequeños instrumentos de percusión —dije mientras levantaba un poco a Georgie para poder sentarme junto a todas mis chicas a la vez.

Georgie y yo habíamos pasado la mañana en una clase de música para papás e hijos pequeños. Era interesante ver cuántos hombres eran literalmente empujados por las madres de sus hijos al aula con el niño a cuestas. Algunos estaban allí felices y de buena gana para que sus esposas y parejas pudieran tener algo de tranquilidad en casa con el nuevo bebé. Era una dinámica interesante y un mundo completamente diferente del que yo sabía que existía hace dos años.

Besé a Georgie en la cabeza. Ella había traído todo este maravilloso cambio a mi vida.

—¿Qué tal tu mañana? —pregunté.

—Ha estado tranquila. Como ahora. Ashley estaba un poco inquieta antes, así que la he estado sosteniendo.

—¿Quieres que la coja para que puedas ir a descansar?

Cecelia negó con la cabeza, su mirada aún fija en la bebé dormida.

—Estoy bien.

—Estás mejor que bien. —Me incliné sobre Georgie, que se retorció y se quejó, para besar a Cecelia en la sien.

Me levanté y me llevé a Georgie conmigo. Ella comenzó a pelear y a protestar.

—Mamá tiene que cuidar de la bebé, así que nosotros tenemos que cuidar de mamá. Vamos a prepararle la comida.

Georgie frunció los labios en un puchero. Quise reírme de lo seria que se veía.

—Si mamá come y descansa un poco, podrá jugar con Georgie más tarde, ¿vale?

Ella asintió, sus pequeños labios aún fruncidos.

Wayne estaba en la cocina cortando algo cuando entramos.

—¿Qué tenemos bueno para comer? —pregunté.

—Con las restricciones dietéticas de la señorita Cecelia, ¿puedo sugerir una ligera ensalada de pollo? —dijo.

—Suena bien, ¿tenemos eso? —Dejé a Georgie en su silla. Todavía tenía la misma trona, solo que ahora ya no nos molestábamos en abrocharle el cinturón. Sabía cómo sentarse. Era más fácil con la bandeja justo a su nivel.

—¿Quieres unas galletas? —le pregunté a Georgie.

Ella asintió y dijo "peta pede". Galleta de pescado. Todos esos ruidos que hacía cuando era un bebé finalmente se estaban convirtiendo en palabras. Y sorprendentemente, podía entenderlo todo.

Coloqué un puñado de galletas de pescadito en la bandeja y cogí un zumo justo cuando ella empezaba a exigir "umo".

Cogió la caja y chupó la pajita antes de meterse otro par de galletas en la boca. Era una suerte que fuera tan mona. Comía de forma desordenada.

—¿Te importaría vigilar a Georgie unos minutos? —le pregunté a Wayne.

—Por supuesto que no —dijo, mirándola por encima del hombro mientras preparaba la comida.

—No dejes que toque ninguno de los cuchillos —dije mientras le daba otro beso. En algún momento, esperemos que no durante muchos, muchos años, ella se apartaría de mis besos y diría algo como: "Puaj, papá, qué asco". Hasta entonces, planeaba besar la parte superior de su cabeza tan a menudo como pudiera.

Cecelia seguía sentada en la sala de estar mirando a Ashley dormida.

—Cariño, vamos a acostarla. Estás agotada. —Me acerqué y levanté a Ashley de los brazos de mi esposa. Sosteniendo a la bebé con un brazo, ayudé a Cecelia a ponerse de pie y tomé su mano.

La casa, a la que nos mudamos unos tres meses antes de que naciera Ashley, era grande, y las habitaciones estaban más separadas de lo que habían estado en el ático. Pero la terraza, por bonita que fuera, no era un lugar seguro para que jugaran los niños pequeños. No necesitaban crecer en una torre de cristal cuando yo podía comprarles fácilmente un castillo con un parque infantil. La casa no era exactamente un castillo, pero la había llenado con mis princesas.

Subí a Ashley en brazos hasta nuestro dormitorio. Ashley todavía dormía principalmente con nosotros, pero había una cuna a un lado de la habitación para cuando echaba la siesta. La coloqué suavemente en la cuna y ajusté la manta para mantenerla recostada de lado mientras dormía.

Cecelia ya estaba sentada en el borde de nuestra cama cuando por fin pude prestarle toda mi atención. Me deslicé de rodillas frente a ella y rodeé su cintura con mis brazos, apoyando la cabeza en su regazo.

Ella me acarició suavemente el pelo.

—¿De verdad te lo pasaste bien en la clase? —preguntó en voz baja.

—Sí. Estuvo bien —respondí. Estuvo bien. Y cuando Ashley fuera mayor, también la llevaría a esas clases.

—Eres el padre más increíble, ¿lo sabías?

Me reí entre dientes. —No habrías dicho eso hace un año.

Cecelia siseó. —Hace un año fue duro. Pero mira lo lejos que hemos llegado. Tenemos dos niñas preciosas. Wayne no dimitió cuando me mudé, ni cuando conseguimos este sitio.

—Ha sido un buen año. Pero sé que no siempre ha sido fácil.

Cecelia se inclinó, abrazando mi cabeza. —Lo sé. Ha sido una lucha. Pero ya casi ha terminado, ¿verdad? Otro... ¿qué, mes o dos?

Me moví, y ella se incorporó para que pudiera levantar la cabeza. Le sonreí radiante. Mi sonrisa se sentía como si fuera a romperme la

cara. Había estado guardando esta información para compartirla solo entre nosotros dos.

—¿Qué? —Empezó a sonreír en respuesta a mi sonrisa.

Metí la mano en el bolsillo trasero y saqué un paquete de papeles doblados. —Literalmente he estado sentado sobre esto durante días. Intentaba guardarlo para nuestro aniversario. Pero no puedo esperar más.

—Eso es dentro de dos días. ¿No podías esperar dos días más? —bromeó.

—Supongo que sí puedo. —Empecé a volver a meter los documentos en mi bolsillo.

Cecelia me agarró del brazo. —Oh, no, ni se te ocurra. No puedes provocarme así. ¿Qué es?

Me senté sobre los talones y extendí los papeles, desdoblándolos. Estas eran solo fotocopias. Tenía los originales guardados en una caja fuerte para documentos.

—Es nuestra. Es oficial. El juez quería hacernos esperar los cuatro meses completos por abandono parental después de que se resolviera la demanda. Pero el equipo de Chávez hizo su magia, y le mostraron al juez que hicimos la debida diligencia. Presentaron pruebas de que había dos equipos independientes intentando localizar al padre biológico de Georgie durante el tiempo que duró la demanda. Y teníamos el acuerdo de la demanda con los cargos por fraude contra la agencia. El juez aceptó que podíamos retrotraer el abandono. Es nuestra. Tenemos la custodia completa, y él siguió adelante y confirmó la adopción.

Cecelia pasó las páginas. A menos que las leyera, no tenían mucho sentido, con mucha jerga legal sobre una demanda civil sobre cómo se había gestionado mal el caso de Georgie. Pasé las esquinas hasta que encontré la que quería que Cecelia viera. La saqué y la coloqué encima del pequeño montón.

Cecelia pasó los dedos por las líneas de texto mientras leía. Las lágrimas se acumularon en sus ojos, y se tapó la boca cuando empezó a llorar. Me subí a la cama junto a ella y la rodeé con mis brazos.

Las palabras que la hicieron llorar eran nuestros nombres en los espacios que nombraban a los padres en el certificado de nacimiento modificado de Georgie.

—¿Es realmente nuestra? ¿Nadie puede quitárnosla? —Sentí las palabras de Cecelia en mi corazón. Había sido un miedo no expresado que habíamos tenido que soportar durante meses más de lo que nunca deberíamos haber tenido que soportar.

La agencia que supervisaba la custodia de Georgie para el patrimonio de Argene nos había gestionado completamente mal. Siempre estaría agradecido de que hubieran traído a Georgie y a Cecelia a mi vida, pero estaban cometiendo fraude. Nada parecido al fraude de adopción, pero habían alargado la investigación y el tiempo bajo su atenta gestión para estafar más dinero del patrimonio. Seguían diciendo que habían encontrado al padre biológico cuando realmente no lo habían hecho. Esa demanda civil había afectado a la situación de custodia, convirtiéndola en una batalla en lugar de la fácil transferencia que debería haber sido.

—Te quiero. Feliz aniversario. —Besé a mi esposa en la sien.

Ella levantó su rostro surcado de lágrimas hacia mí, y la besé en los labios.

—Este es el regalo más increíble de todos. Te quiero, Sterling. ¿Quizás deberíamos acostar a las niñas temprano esta noche?

Besé a mi esposa de nuevo. —Me encanta cómo piensas.